

*Walter Benjamin*

## Diario de Moscú

OTRAS OBRAS DE WALTER BENJAMIN

publicadas por

TAURUS EDICIONES

- *Discursos interrumpidos I* (Col. «Ensayistas», n.º 91).
- *Haschich* (Col. «Ensayistas», n.º 120).
- *Walter Benjamin/Gershom Scholem, Correspondencia 1933-1940* (Col. «Ensayistas», n.º 281).
- *Imaginación y sociedad* (Iluminaciones 1). (Col. «Persiles», n.º 47).
- *Poesía y capitalismo* (Iluminaciones 2). (Col. «Persiles», n.º 51).
- *Tentativas sobre Brecht* (Iluminaciones 3). (Col. «Persiles» Serie Teoría y Crítica Literaria, n.º 83).



Taurus Humanidades

WALTER BENJAMIN

# DIARIO DE MOSCÚ

*Editado a partir del texto*  
manuscrito y acompañado de notas de  
GARY SMITH

Prólogo de  
GERSHOM SCHOLEM

Versión castellana de  
MARISA DELGADO



De esta edición:  
© 1990, Aguilar, Altea, Taurus,  
Alfaguara, S. A. de ediciones  
Beazley 3860, 1437 Buenos Aires  
ISBN: 950-511-084-7  
Impreso en la Argentina  
Hecho el depósito que indica la ley 11.723  
Primera edición: Abril 1990

## PRÓLOGO

*El Diario de Moscú, de Walter Benjamin, que recoge su estancia de dos meses en Moscú, del 6 de diciembre de 1926 hasta finales de enero de 1927, en la medida en que me lo permite el conocimiento que tengo de sus escritos, puede considerarse algo completamente único en su obra. Indiscutiblemente es, con mucho, el documento más personal y de la franqueza más absoluta y despiadada que poseemos de un período muy importante de su vida. Ninguno de sus intentos conocidos de realizar apuntes a modo de diario, que se interrumpen siempre al cabo de algunas páginas, puede compararse con éste; ni siquiera aquellas confidencias de carácter tan personal hechas por él en 1932, cuando pensaba en el suicidio.*

*Con esta obra poseemos, pues, un todo acabado acerca de un período de su vida muy importante para él que se nos presenta completamente libre de censura, o, dicho más precisamente: libre de autocensura. Todas las cartas que conocemos y conservamos, escritas por él a otras personas, tienen siempre una orientación determinada, incluso podría decirse que una tendencia en función del o de los destinatarios. Todas ellas carecen de esa dimensión exclusivamente inherente a un debate interno franco y sincero, y al autoexamen de conciencia que se inicia con él. Sólo aquí se habla de cosas que, por lo demás, no han tenido una sedimentación explícita en sus escritos. Es cierto que, de vez en cuando —en alusiones aforísticas ocasionales, por ejemplo—, encontramos en su obra referencias a tales cosas, pero siempre en un tono cauteloso, «aséptico», filtradas por la autocensura. Aquí, en cambio, aparecen de forma detallada en todo su contexto original, del que las pocas cartas conservadas escritas por él desde Moscú —una a mí y otra a Julia Radt—, nada permiten adivinar.*

*Tres son las circunstancias que determinan el viaje de Benjamin a Moscú. En primer lugar, su pasión por Asia Lacis; luego, también, su deseo de calibrar más de cerca la situación rusa e, incluso, de establecer quizá, de algún modo, una vinculación con ella y, en este sentido también; tomar una decisión respecto a su posible ingreso en el Partido Comunista de Alemania, que él venía considerando desde hacía ya más de dos años. Finalmente, es bien sabido el papel que desempeña también a este respecto su atención a los compromisos literarios adquiridos con anterioridad al inicio del viaje, que le ofrecían la ocasión de formarse una idea cabal de la ciudad y de la vida en ella; de la «fisonomía», pues, de Moscú. La financiación de su estancia la habían hecho posible, entre otras cosas, los anticipos obtenidos por algunas páginas de trabajos relacionados con este viaje que habría de entregar posteriormente. Resultado directo de tales compromisos son cuatro publicaciones de comienzos de 1927, principalmente el extenso artículo «Moscú», acordado con Buber para la revista Die Kreatur<sup>1</sup>. Este artículo constituye una reelaboración, a menudo muy amplia, de los primeros apuntes del diario, siendo asombrosa su increíble precisión, en la que se conjugan la observación y la imaginación con una intensidad poco frecuente.*

*Las vivas descripciones de sus tentativas, finalmente frustradas, de establecer un contacto fructífero para sí mismo con los representantes de la vida literaria y artística, y con los funcionarios que desempeñaban un papel importante en ella, ocupan aquí gran extensión. Su intención de conseguir tales vinculaciones, con carácter sólido, como corresponsal en publicaciones rusas sobre literatura y pensamiento alemanes resultó fracasada. Con ello corren paralelas sus reflexiones (que sólo aquí aparecen expuestas en detalle) acerca de su ingreso en el KPD \* que, con sus pros y sus contras, le habrían de conducir, finalmente, a renunciar a ello de manera definitiva. El pudo ver claramente los límites que no estaba dispuesto a traspasar.*

*Existe una gran diferencia entre las expectativas optimistas abrigadas por Benjamin al inicio del viaje en lo relativo a la configuración de sus relaciones con el medio literario de Moscú y las duras decepciones que luego sufriría al encontrarse con la*

<sup>1</sup> En *Gesammelte Schriften*, de Benjamin, IV, pp. 316-348, así como la observación del editor de este volumen, Tillmann Rexroth, *op. cit.*, pp. 987-990.

\* KPD: *Kommunistische Partei Deutschlands* (Partido Comunista de Alemania). [N. de la T.]

realidad. Algo muy característico de su optimismo es la carta, hasta el momento sin publicar, que me escribiera el 10 de diciembre de 1926, tan sólo cuatro días después de su llegada, y que he ofrecido para su inclusión en este volumen: la única carta que me escribió desde Moscú. Ahora, su diario nos permite conocer, con todos los pormenores del proceso, qué se hizo de tales expectativas. Poco a poco, aunque el hecho no resultase por ello menos deprimente para él, fue perdiendo todas las ilusiones concebidas.

La valoración de sus experiencias en Moscú podemos apreciarla, por otro lado, de una manera muy precisa en la carta escrita por Benjamin a Martin Buber (el 23 de febrero de 1927), sólo tres semanas después de su regreso, y en la cual le anunciaba la inminente conclusión de su artículo «Moscú» para la revista de Buber *Die Kreatur*. El resumen de Benjamin en esta carta merece, en mi opinión, ser dado a conocer. Escribe: «En mi exposición evitaré toda clase de teoría. Y con ello justamente espero lograr que sea lo humano lo que hable: en la medida, por supuesto, en que me ha sido posible comprender y retener esta lengua, tan nueva y extraña, que resuena en la máscara vibrante de un entorno totalmente transformado. Quiero dar en este momento una visión de la ciudad de Moscú en la que “todo lo fáctico [es] ya teoría” y que, con ello, se substrahe a toda clase de abstracciones deductivas, a toda clase de pronóstico e incluso, con ciertos límites, a toda clase de juicios, que —y ésta es mi convicción irrefutable— no pueden darse conjuntamente en este caso a partir de “datos” intelectuales, sino únicamente a partir de hechos económicos de los que en la propia Rusia sólo los menos poseen una visión general lo bastante amplia. Moscú, tal como se nos presenta ahora, en este momento, permite conocer, abreviadas de forma esquemática, todas las posibilidades: principalmente las del fracaso y el éxito de la revolución. Pero en ambos casos habrá algo imprevisible cuya imagen será muy distinta de todas las fantasías programáticas, y esto se destaca hoy, cruda y claramente, en las personas y en su entorno»<sup>2</sup>.

Para el lector de 1980, a esto se añade también la evidencia intensificada, que en el diario sólo aparece en estado embrionario, de que casi todas las personas con las que fue capaz de establecer algún tipo de relación —que, por otro lado e independien-

<sup>2</sup> Walter BENJAMIN, *Cartas*, editadas y comentadas por Gershom Scholem y heodor W. Adorno, Frankfurt am Main, 1966, pp. 442-443.

temente de que él lo supiese o no, eran judías casi sin excepción— pertenecían a la oposición, la política o la artística, que por entonces aún podían ambas mantenerse más o menos diferenciadas. Aquéllas, en la medida en que he podido rastrear su destino, habrían de convertirse, tarde o temprano, acusadas de trostkistas o por otros indicios, en víctimas del dominio ya incipiente de Stalin, bajo el cual habría de pasar luego muchos años en un campo de concentración, en el curso de las «depuraciones», hasta su propia amiga Asia Lacis. Benjamin tampoco pudo escapar del oportunismo —observado por él cada vez con mayor intensidad, y determinado por el miedo o el cinismo— de algunos de sus interlocutores más importantes, que, finalmente, le llevó a violentos estallidos, incluso frente a Asia Lacis.

En estos pasos dados por él tuvo una gran importancia su relación, no exenta, por otra parte, de tensiones, con el inteligente director de teatro Bernhard Reich (del *Deutsches Theater* de Berlín en otro tiempo), compañero de Asia Lacis (y, finalmente, en sus últimos años, marido suyo) y más interesante también para su situación espiritual que la mantenida con su amiga, que no disponía de los contactos que, como prueba el diario, poseía Reich. Pero también con Reich se habría de producir ya en enero de 1927 una ruptura interior difícil de ocultar.

Ahora bien, el corazón de este diario lo constituye sin duda —como es manifiesto— la relación, siempre problemática, con Asia Lacis (1891-1979), quien hace algunos años publicó sus memorias: *Revolutionär im Beruf\**, en las que dedica un capítulo a Walter Benjamin. Para el lector de este capítulo, el presente documento constituirá una deprimente y amarga sorpresa.

Benjamin conoció a Asia Lacis en Capri, en mayo de 1924. En las cartas que me envió desde Capri hablaba de ella, sin mencionar su nombre, como de «una letona bolchevique de Riga», y, en el contexto de un «examen intenso de la actualidad de un comunismo radical», como de una «revolucionaria rusa de Riga, una de las mujeres más extraordinarias que he conocido». No hay duda de que, desde entonces hasta por lo menos 1930, ella desempeñó un papel decisivo en su vida. Todavía estaría con ella en Berlín, en 1924, y en Riga, en 1925, e incluso, quizá, otra vez en Berlín antes del viaje a Moscú, motivado sobre todo por ella, que, después de Dora Kellner y de Julia Cohn, fue la tercera mujer de capital importancia para él. Su vinculación erótica a

\* De profesión: revolucionario. [N de la T]

ella iba unida a la fuerte influencia intelectual que ésta ejerció sobre él, a juzgar por la dedicatoria de su libro *Einbahnstrasse* \*: «Esta calle se llama calle de Asia Lacis por la que, cual ingeniero, ella abrió en el autor». Pero es justamente sobre este aspecto intelectual de la mujer amada por él sobre el que el diario nos deja completamente a oscuras. Como historia de un galanteo, frustrado casi hasta el final de su estancia, el diario resulta de una insistencia poco menos que desesperada. Asia, en efecto, está enferma e internada en un sanatorio cuando él llega a Moscú, y casi hasta el momento de su partida; aunque nada se nos diga acerca de la naturaleza de su enfermedad. Y así, la mayoría de las veces sus encuentros tienen lugar en la habitación del sanatorio; sólo en unas cuantas ocasiones va ella a visitarle al hotel. Su hija, de una relación anterior, y calculo que de ocho o nueve años de edad, se encuentra asimismo enferma en un hospital infantil fuera de Moscú. Asia Lacis no aparece, pues, como coparticipé activa de sus empresas, sino que se limita a ser la receptora de sus noticias, el objetivo, casi siempre malogrado, de su asedio amoroso y, por último, y no pocas veces, su interlocutora en agrias e, incluso, desafortunadas discusiones. Su esperarla en vano, el eterno rechazo y, finalmente, incluso un grado no pequeño de cinismo erótico, todo ello, anotado en la crónica con desesperada exactitud, hace doblemente enigmática la ausencia de todo posible perfil intelectual convincente. Concuere da con ello el hecho de que todas las personas que vieron juntos a Benjamin y a Asia Lacis, y me han comentado su impresión, convienen en expresar su asombro frente a la pareja, que constantemente se estaba peleando. ¡Y todo ello en los años 1929 y 1930, cuando ella fue a Berlín y Francfort, y Benjamin se divorció por causa suya! Nos encontramos, pues, frente a un residuo de hechos inexplicables que tienen perfecta cabida en una existencia como la de Walter Benjamin.

GERSHOM SCHOLEM

Jerusalén, 1 de febrero de 1980

\* Calle de dirección única. [N. de la T]

9 DE DICIEMBRE <sup>1</sup>

Llegué el día 6. En el tren, por si acaso no había nadie en la estación, me había grabado en la memoria el nombre de un hotel con su dirección. (Arguyendo que no quedaba segunda clase, en la frontera me habían hecho pagar suplemento de primera.) Me agradó que nadie me viese bajar del coche-cama. Pero en la barrera tampoco había nadie. Yo no estaba demasiado nervioso. Al salir de la estación de Bielorrusia, me sale al encuentro Reich <sup>2</sup>. El tren no había tenido ni un segundo de retraso. Nos acoplamos, con las dos maletas, en un trineo. Era un día de deshielo y no hacía frío. Tan sólo habíamos avanzado unos minutos por la amplia Tverskaya, brillante de nieve y de suciedad, cuando ya Asia <sup>3</sup> nos saludó desde la calle. Reich se bajó e hizo a pie los

<sup>1</sup> Benjamin escribió primeramente *Diario de Moscú*, como puede leerse, a pesar de la tachadura. La cuestión de si el posterior cambio de título, efectuado quizá años más tarde, por *Viaje a España* se debió a motivos de seguridad, personal o política, o se trata de una caracterización metafórica de las experiencias realizadas en Moscú, o bien de una alusión literaria o de una combinación de todos estos y otros motivos imaginables, tal cuestión, sujeta a interpretaciones, es algo que sólo puede plantearse, pero a lo que no es posible dar una respuesta con pretensiones de validez.

<sup>2</sup> Bernhard Reich (1880-1972), dramaturgo, director y crítico teatral. Benjamin le conoció en Berlín en 1924, cuando Reich ejercía su actividad en el Deutsches Theater de esta ciudad. En 1925, Benjamin y Reich escribieron conjuntamente el artículo «Revue oder Theater» (publicado actualmente en: *Gesammelte Schriften* IV, 796-802). A partir de 1926, Reich vivió en la Unión Soviética.

<sup>3</sup> Asia Lacis (1891-1979), actriz y directora de teatro letona, fue la compañera sentimental de Bernhard Reich. «Una letona bolchevique de Riga —le escribía

pocos pasos que faltaban hasta el hotel; nosotros seguimos en el vehículo. Asia no estaba bella; el gorro ruso de piel le daba un aire agreste, y tenía el rostro algo ensanchado debido a su larga permanencia en cama. En el hotel no nos quedamos mucho tiempo, y estuvimos tomando té en uno de esos sitios a los que aquí llaman «café», cerca del sanatorio<sup>4</sup>. Les hablé de Brecht. Asia, que se había marchado durante la hora de descanso para pasar inadvertida, se fue luego al sanatorio, entrando por una puerta lateral; Reich y yo subimos por la escalera principal. Aquí, por segunda vez, nos hacemos a la costumbre de quitarse las galochas. La primera vez había sido en el hotel, donde, por cierto, sólo se hicieron cargo de las maletas, prometiéndonos una habitación para la noche. A la compañera de habitación de Asia, una obrera textil ancha de proporciones, no la vi hasta el día siguiente, aún no había llegado. Aquí nos quedamos, por primera vez, algunos minutos a solas bajo el mismo techo. Asia me miró muy afectuosamente. Alusión a la decisiva conversación de Riga. Reich me acompañó después al hotel; comimos algo en mi habitación y luego nos fuimos al Teatro Meyerhold<sup>5</sup>. Era el primer ensayo general del *Revisor*<sup>6</sup>. No pudieron conseguirme entrada, a pesar de la tentativa de Asia. Estuve, pues, andando todavía media hora por la Tverskaya, subiendo en dirección al Kremlin y otra vez de vuelta, deletreando con cuidado, al pasar, los rótulos de las tiendas y avanzando sobre el hielo. Llegué a mi habitación muy cansado (y, probablemente, triste).

El 7 por la mañana vino a buscarme Reich. Recorrido: Petrovka (a inscribirme en la policía), Instituto de la Kameneva<sup>7</sup>

---

Benjamin a Scholem después de conocerla en Capri, en 1924— es la más interesante [...] He estado hablando con la bolchevique hasta las doce y media» (*Briefe*, 347-348). Según las memorias de Lacis, ésta se vio varias veces con Benjamin en Berlín en el otoño de 1924 (ver: A. L., *Revolutionär im Beruf*, Múnich, 1971). Un año más tarde, él la visitó en Riga, donde ella dirigía un teatro ilegal de agitación. Durante la estancia de Lacis en Berlín entre 1928 y 1930, Benjamin vivió con ella cerca de dos meses.

<sup>4</sup> Después de una depresión nerviosa, padecida en septiembre de 1926, Lacis estuvo viviendo en el Sanatorio Rott, próximo a la calle Gorkij.

<sup>5</sup> En 1923 se puso a disposición del actor, realizador y director teatral Vsevolod Emilievich Meyerhold (1874-1942) un teatro propio, el «Teatri meni Meyerholda» (TIM).

<sup>6</sup> El montaje de Meyerhold de la obra de Nicolai Gogol *El revisor*, escrita en 1836, duró año y medio. Ver sobre el tema: Vsevolod MEYERHOLD, *Theaterarbeit 1917-1930*, editado por Rosemarie Tietze, Múnich, 1974.

<sup>7</sup> Se trata de la VOKS (Vsesyuznoe obschestvo kult'urnoj svjazi s zaganicej

(para una plaza de 1,50 rublos en el Instituto de Investigadores; allí estuve hablando también con el encargado de alemán, un verdadero asno), luego por la *ulitsa* Gerzena, hacia el Kremlin, pasando por el Mausoleo de Lenin, un completo fracaso, hasta divisar la Catedral de San Isaac. Vuelta por la Tverskaya, entrando en el bulevar Tverskoi en dirección al Dom Gerzena<sup>8</sup>, sede de la organización de escritores proletarios Vap<sup>9</sup>. Buena comida, de la que la fatiga causada por andar con tanto frío me permitió disfrutar poco. Me presentaron a Kogan<sup>10</sup>, que me dio una conferencia sobre su gramática rumana y su diccionario ruso-rumano. Las informaciones de Reich, que, con frecuencia, durante los largos paseos, sólo puedo seguir a medias debido al cansancio, son increíblemente vivas, llenas de testimonios y anécdotas, agudas y simpáticas. Historias de un funcionario de Hacienda que en Pascua se toma unas vacaciones y dice misa en su pueblo, oficiando de pope. Así como las sentencias contra la modista que mató a su marido, alcohólico, y contra el *hooligan* que atacó en la calle a dos estudiantes, un chico y una chica. Y también la historia de la obra de Stanislavski sobre la Guardia Blanca<sup>11</sup>: de cómo llega a manos de la censura, donde sólo uno toma nota de ella, desarrollándola con la observación de que habría que introducir algunos cambios. Meses más tarde, una vez hechos tales cambios, representación, finalmente, ante la censura. Prohibición. Stanislavski va a ver a Stalin: le dice que está arruinado, pues ha invertido en la obra todo su capital. Y a Stalin se le ocurre que «no es peligrosa». Estreno, con la oposición de comunistas que son desalojados por la milicia. Historia

---

[1925-1958] = Unión de Sociedades Soviéticas de Amistad y Relaciones Culturales con Otros Países), dirigida, desde su fundación en 1923 hasta 1929, por Ol'ga Kameneva (1883-1941), hermana de Trotskii.

<sup>8</sup> Dom (Casa) Gercena, llamada así por el escritor Aleksandr Gercen (1812-1870), era en este tiempo, entre otras cosas, el centro de reunión de la VAPP.

<sup>9</sup> Vap = VAPP: Vserossijskaja asociaciija proletarskich pisatelej = Asociación Soviética de Escritores Proletarios (fundada en 1920).

<sup>10</sup> Petr Semenovich Kogan (1872-1932). Historiador y crítico literario, catedrático de Filología Alemana y Románica en las Universidades de San Petersburgo y Moscú; presidente de la Academia de Ciencias Artísticas desde su fundación en 1921. (Dado que Benjamin escribe a menudo la «o» atona del ruso como «a», en ocasiones aparece también «Kagan».)

<sup>11</sup> Se refiere a la obra puesta en escena por Konstantin Stanislavski (1863-1938) *Los días de los Turbin* (*Dni Turbinich*), versión teatral de la novela *La Guardia Blanca* (1924), de Mijail Bulgakov (1891-1940). Ver: GS II, 746: «Dni Turbini... halten würde».

de la novela corta en clave que trata del «caso Frunse»<sup>12-13</sup>, operado, al parecer contra su voluntad, por orden de Stalin... luego la información política: alejamiento de la oposición de los puestos rectores. Idéntico a: alejamiento de numerosos judíos, sobre todo de los cargos medios. Antisemitismo en Ucrânia. Desde la Vap, completamente agotado, me dirijo, solo por el momento, a ver a Asia. La habitación no tarda en llenarse de gente. Llega una letona, que se sienta en la cama junto a ella; Shestakoff<sup>14</sup> y su mujer; entre estos últimos, por un lado, y Asia y Reich, por el otro, surge, en ruso, una disputa violentísima sobre la representación del *Revisor* de Meyerhold. La disputa se centra en la utilización de terciopelo y seda: catorce trajes para su mujer<sup>15</sup>; la representación, por cierto, dura 5 horas y media<sup>16</sup>. Después de comer viene a verme Asia; Reich también está en mi habitación. Antes de marcharse, Asia cuenta la historia de su enfermedad. Reich la acompaña al sanatorio y luego regresa. Yo estoy en la cama; él quiere trabajar. Pero muy pronto se interrumpe y hablamos de la situación de los intelectuales —aquí y en Alemania—, así como de la técnica literaria actualmente al uso en ambos países. Y también acerca de las dudas de Reich respecto a su ingreso en el Partido. Su tema permanente es el giro reaccionario del Partido desde el punto de vista cultural. A los movimientos de izquierda, utilizados en los tiempos del comunismo de guerra, se les da completamente de lado. Hace muy poco que se ha reconocido oficialmente como tales (con la oposición de Trotski) a los escritores proletarios, aunque haciéndoles ver, al mismo tiempo, que en ningún caso han de contar con recibir ayuda estatal. Luego, el caso Lélevich<sup>17</sup>, la actuación contra el frente cultural de izquier-

<sup>12</sup> Mijail Vasilievich Frunze (1885-1925), general y funcionario destacado del Partido: fue finalmente Comisario del Pueblo de Guerra y Marina.

<sup>13</sup> Ver: *GS* IV, 326: «Aneinem hohen... letzten Jahren».

<sup>14</sup> Viktor A. Shestakov (1898-1957), escenógrafo principal entre 1922 y 1927 del Teatro de la Revolución, y luego en el Teatro Meyerhold (hasta su clausura en 1937).

<sup>15</sup> Zinaida Raich (1894-1945), ex-esposa de Sergei Esenin, interpretó frecuentemente uno de los papeles principales en montajes de Meyerhold.

<sup>16</sup> La duración de la representación se debió, sobre todo, a la adición de escenas de otras obras de Gogol.

<sup>17</sup> Grigori Lelevich (1901-1945), pseudónimo de Labori Gilevich Kalmanson. Lelevich fue poeta, crítico y uno de los editores de la revista *Na postu* (*En guardia*), así como co-fundador del grupo del mismo nombre nacido en 1923. En 1926 se produjeron cambios entre las altas jerarquías a raíz de los cuales Lelevich perdió su posición dominante. En 1928 fue expulsado del Partido: murió en un campo de concentración en 1946. Ver: *GS* II, 744.

das. Lélevich ha realizado un trabajo sobre el método de crítica literaria marxista. En Rusia se da muchísima importancia a una toma de postura política rigurosamente matizada. En Alemania bastará, tal vez, con un fondo político vago y general que, no obstante, también allí [debería] exigirse como algo indispensable. El método para escribir en Rusia<sup>18</sup> consiste en: una exposición amplia de material y, en lo posible, nada más. El nivel de formación del público es tan bajo, que necesariamente constituye un obstáculo para la comprensión de algunas formulaciones. En Alemania, en cambio, lo único que se pide es esto: resultados. Y a nadie le interesa saber cómo se ha llegado a ellos. Esto guarda también relación con el hecho de que los periódicos alemanes sólo pongan un espacio insignificante a disposición del articulista, en tanto que aquí los artículos de 500 y 600 líneas no son una excepción. Esta conversación se prolongó largo rato. Mi habitación está bien caldeada y es espaciosa; la estancia en ella, agradable.

8 DE DICIEMBRE

Por la mañana vino a verme Asia. Le di regalos, le mostré fugazmente mi libro con la dedicatoria<sup>19</sup>. Aquella noche, ella no había dormido bien por causa de las palpitaciones. También le enseñé (y regalé) la cubierta del libro, hecha por Stone<sup>20</sup>. Le gustó mucho. Luego llegó Reich. Después fui con él a cambiar dinero al Banco Estatal. Allí hablamos un momento con el padre de Neumann. 10 de diciembre. Luego, atravesando un pasaje de

<sup>18</sup> *El método para escribir en Rusia... en ella, agradable*: Estas frases se encuentran entre los 39 pasajes de Benjamín marcados con lápiz, la mayoría de los cuales —en parte, casi literalmente; en parte, muy modificados, y en parte, modificados también en cuanto al contenido— se incluyeron más tarde en el ensayo *Moskau* (*GS* IV, 316-348) y en otras obras. En estas publicaciones surgidas del viaje a Moscú se han incluido, no obstante, los pasajes del diario que no aparecen señalados de manera particular en el manuscrito.

[En las notas sucesivas, los pasajes del manuscrito del diario subrayados con lápiz se podrán reconocer, respectivamente, por la cita de las primeras y de las últimas palabras, así como por la abreviatura (marc.)= marcado].

<sup>19</sup> *Einhahnstrasse* (Berlín, 1928). La dedicatoria reza: «Esta calle se llama "calle de Asia Lácis" por la que, cual ingeniero, ella abrió en el autor.»

<sup>20</sup> El conocido fotógrafo Sasha Stone fotografió la *Cabeza* de Benjamín modelada por Jula Radt; a él se debe también la foto de la cubierta de *Einhahnstrasse*.

construcción reciente, entramos en la Petrovka. En el pasaje hay una exposición de la fábrica de porcelanas. Pero Reich no se detiene en ningún sitio. En la calle donde se encuentra el Hotel Liverpool veo, por segunda vez, los cafés. (Aquí referiré la historia de la estancia de Toller<sup>21</sup> en Moscú que me contaron el primer día. Fue recibido con increíbles preparativos. Por toda la ciudad hay carteles anunciando su llegada. Ponen a su disposición a todo un equipo de personal, traductoras, secretarias, mujeres guapas. Se anuncian conferencias suyas. Pero en ese momento se está celebrando en Moscú un congreso de la Komintern. Entre los representantes alemanes se encuentra Werner, el enemigo mortal de Toller<sup>22</sup>. Éste manda escribir, o escribe él mismo, un artículo en *Pravda*: Toller ha traicionado a la revolución, es el culpable del fracaso de una república soviética alemana. La redacción de *Pravda* añade, a continuación, brevemente: lo sentimos; no lo sabíamos. Después de esto, la estancia de Toller en Moscú es inaceptable. Se dirige a un lugar de reunión para pronunciar una conferencia anunciada con mucho bombo, pero el edificio está cerrado. El Instituto de la Kameneva le comunica: lo sentimos; ha sido imposible conseguir la sala para hoy. Se han olvidado de avisarle por teléfono.) Al mediodía, otra vez en la Vap. La botella de agua mineral cuesta un rublo. A continuación, Reich y yo vamos a ver a Asia. Pensamos en su salud, Reich organiza, contra su voluntad y contra la mía, una partida de dominó entre ella y yo en la sala de juegos del sanatorio. Sentado junto a ella, me veo a mí mismo como un personaje de las novelas de Jacobsen. Reich juega al ajedrez con un viejo comunista conocido, un hombre que perdió un ojo en la guerra, o en la guerra civil, y que está completamente acabado y gastado, como muchos de los mejores comunistas de esa época, si no se han muerto ya. Cuando aún no hace mucho que Asia y yo hemos vuelto a su habitación, Reich viene a buscarme para ir con-

<sup>21</sup> Ernst Toller (1893-1939) estuvo en Moscú entre marzo y mayo de 1926. Sus obras de teatro fueron representadas frecuentemente en escenarios rusos durante los años veinte.

<sup>22</sup> Paul Werner es el pseudónimo de Paul Fröhlich (1884-1953). Su invectiva «Pravda ob Ernst Tollere» («La verdad sobre Ernst Toller») en el *Pravda* del 20 de marzo de 1926 fue contestada por Toller seis días después: «Pis'mo v redakciju» («Carta a la redacción»). La réplica crítica de Werner «Naš otvet Tolleru» («Nuestra respuesta a Toller»), impresa en la misma página, concluye, en tono reconciliador, con la enumeración de las aportaciones de Toller a la causa revolucionaria.

migo a casa de Granovski<sup>23</sup>. Asia nos acompaña un trecho bajando por la Tverskaya. Le compro *halva* \* en una confitería y luego se vuelve. Granovski es un judío letón, de Riga. Su obra consiste en un teatro bufo muy exagerado y antirreligioso, y, a primera vista, un tanto antisemita, producto de una hiperbolización de la opereta costumbrista. Produce una impresión totalmente occidental; se muestra hasta cierto punto escéptico frente al bolchevismo, y nuestra conversación gira principalmente en torno al teatro y a cuestiones relativas a los honorarios. Tocamos el tema de la vivienda, que aquí se paga por metro cuadrado. El precio del metro cuadrado se determina en razón del sueldo del inquilino. Por otra parte, el precio asciende al triple, tanto en lo que se refiere al alquiler como a la calefacción, siempre que se excedan los 13 m<sup>2</sup> por persona. Ya no nos esperaban y, en vez de una gran comida, nos ofrecieron una cena fría improvisada. Conversación con Reich en mi habitación sobre la Enciclopedia<sup>24</sup>.

#### 9 DE DICIEMBRE

Asia vino de nuevo por la mañana. Le di algunas cosas; nos fuimos en seguida a pasear. Asia habló sobre mí. Al llegar al «Liverpool» nos dimos la vuelta. Me fui entonces a casa, donde ya estaba Reich. Estuvimos trabajando una hora: yo, en la redacción del artículo sobre Goethe. A continuación, al Instituto de la Kameneva a solicitar una reducción del precio del hotel. Luego, a comer. En esta ocasión, no a la Vap. La comida fue estupenda, especialmente una sopa de remolacha. Luego, al «Liverpool»,

<sup>23</sup> Aleksandr Granovski (1890-1935), director del teatro académico judío de Moscú. Producto de un posterior encuentro de Benjamin con Granovski es el informe «Granovski erzählt», donde, refiriéndose al encuentro en Moscú, escribe: «Todavía hoy sigue irradiando esa calma tan seductora que me cautivó hace año y medio en su casa de Moscú. Pero entonces yo aún no había visto ninguno de sus montajes teatrales, y su interés por las primeras impresiones que Moscú había producido sobre su invitado posiblemente fuese más preciso que el mío por un teatro en yiddish que, por entonces, no era para mí sino una idea un tanto vaga.» (*Literarische Welt*, 27-4-1928; actualmente en *GS IV*, 518-522).

\* *Halva*: dulce de azúcar y semillas tostadas de sésamo y girasol. [N. de la T.]

<sup>24</sup> Antes de su viaje a Moscú, Benjamin había recibido —posiblemente por mediación de Reich— el encargo de redactar un artículo sobre Goethe para la nueva *Gran Enciclopedia Soviética* (*Bolshaja sovetskaja enciklopedija*). Ver también: *GS II*, 1465-1475.



con su amable propietario, un letón. Estábamos a unos 12 grados. Después de comer estaba bastante agotado y ya no me sentí capaz de ir a pie a ver a Lélevich, tal como había sido mi intención. Tuvimos<sup>25</sup> que hacer un corto trecho en coche. En seguida se llega a un gran jardín, o parque, que hay que atravesar y por todo el cual se alzan complejos de viviendas. Al fondo del todo, una hermosa casa de madera blanca y negra en cuya primera planta se encuentra el piso de Lélevich. Al entrar en la casa nos encontramos con Besmensky<sup>26</sup>, que sale en ese momento. Una escalera empinada de madera y, tras una puerta, primero la cocina, con chimenea. Luego, un vestíbulo muy sencillo, lleno de abrigos; atravesando un cuarto, al parecer una alçoba, se llega al despacho de Lélevich. Su aspecto es difícil de describir. Bastante alto, lleva un blusón ruso azul, se mueve poco (la propia habitación, muy pequeña y llena de gente, le retiene en la silla de delante del escritorio). Lo curioso en él es su cara, larga y aparentemente inarticulada, con amplias superficies. Tiene una barbilla muy larga, como no la he visto en ningún otro hombre a excepción del enfermo Grommer<sup>27</sup>, y apenas hendida. Da la impresión de ser una persona muy tranquila, pero se percibe en él toda esa actitud taciturna en la que se consume el fanático. Le pregunté a Reich repetidas veces por mí. Enfrente, sobre la cama, hay dos personas sentadas, una de ellas, con blusón negro, joven y de gran belleza. Aquí sólo se hallan congregados representantes de la oposición literaria que han venido a pasar con él la última hora antes de su partida. Lo deportan. Al principio, la orden lo destinaba a Novosibirsk. «Usted», le dijeron, «no necesita una ciudad, cuyo círculo de influencia es, al fin y al cabo, limitado, sino toda una provincia». Pero él consiguió disuadirles y ahora le envían, para ponerse «a disposición del Partido», a Saratov, a veinticuatro horas de Moscú, sin que él sepa todavía en qué se

<sup>25</sup> Tuvimos... algunas palabras amables por medio de Reich (marc.): en relación con este pasaje, ver la explicación acerca de *Na postu*, de Lelevich, en «Die politische Gruppierung der russischen Schriftsteller», *GS* II, 744.

<sup>26</sup> Aleksandr Ilich Bezymenski (1898-1973), poeta lírico y funcionario. En 1926 pertenecía, dentro de la VAPP, a la misma fracción literaria que Lelevich. Ver: Walter Benjamin, «Die politische Gruppierung der russischen Schriftsteller», *GS* II, 744.

<sup>27</sup> Jakob Grommer, nacido en Rusia en 1879; después de estudiar Matemáticas en Alemania fue, temporalmente, ayudante de Albert Einstein. El extraño aspecto de su rostro (del que también da testimonio Scholem) se debía a una enfermedad, probablemente acromegalia.

convertirá allí, si en redactor, en vendedor de alguna cooperativa de producción estatal o en qué otra cosa. En el cuarto de al lado, rodeada de otros visitantes, permanece casi todo el tiempo su mujer, una persona de expresión sumamente enérgica, a la vez que armónica, de estatura pequeña y exponente del tipo ruso meridional. Le acompañará los tres primeros días. Lélevich posee el optimismo del fanático: lamenta no poder escuchar el discurso que habrá de pronunciar Trotski al día siguiente ante la Komintern en favor de Sinovieff<sup>28</sup>; opina que el Partido se halla ante un profundo cambio. Al despedirnos en el pasillo le digo algunas palabras amables por medio de Reich. Luego vamos a ver a Asia. Tal vez fuese en esta ocasión cuando estuvimos jugando al dominó. Por la noche querían venir a verme Reich y Asia. Pero sólo vino Asia. Le di los regalos: la blusa, el pantalón. Hablamos. Noto que, en el fondo, ella no olvida nada de lo que nos atañe. (Por la tarde me dijo que a ella le parece que yo me encuentro bien. Que no es cierto que esté pasando una crisis.) Antes de marcharse le leo el pasaje de las arrugas de la *Einbahnstrasse*<sup>29</sup>. Luego la ayudo a ponerse las galochas. Reich llegó

<sup>28</sup> Trotski (1879-1940), Grigori Zinoviev (1883-1936) y Lev Kameniev (1883-1936) constituían en aquel momento la cúspide de la «oposición» contra Stalin.

<sup>29</sup> Este pasaje reza: Wer liebt, der hängt nicht nur an «Fehlern» der Geliebten, nicht nur an Ticks und Schwächen einer Frau, ihn binden Runzeln im Gesicht und Leberflecken, vernutzte Kleider und ein schiefer Gang viel dauernder und unerbittlicher als alle Schönheit. Man hat das längst erfahren. Und warum? Wenn eine Lehre wahr ist, welche sagt, dass die Empfindungen nicht im Kopfe nistet, dass wir ein Fenster, eine Wolke, einen Baum nicht im Gehirn, vielmehr an jenem Ort, wo wir sie sehen, empfinden, so sind wir auch im Blick auf die Geliebte ausser uns. Hier aber qualvoll angespannt und hingerissen. Geblendet flattert die Empfindung wie ein Schwarm von Vögeln in dem Glanz der Frau. Und wie Vögel Schutz in den laubigen Verstecken des Baumes suchen, so flüchten die Empfindungen in die schattigen Runzeln, die anmutlosen Gesten und unscheinbaren Makel des geliebten Leibs, wo sie gesichert im Versteck sich ducken. Und kein Vorübergehender errät, dass gerade hier, im Mangelhaften, Tadelnswerten die pfeilgeschwinde Liebesregung des Verehrers nistet.» (*GS*, IV, 92).

[El que ama, no sólo siente apego por los «defectos» de la amada, por las manías y las flaquezas de una mujer, sino que las arrugas de su rostro y los lunares, sus vestidos gastados y su andar ladeado, le atan a ella de una forma más duradera e inexorable que toda su posible belleza. Es algo más que sabido. ¿Y por qué? Si es cierta la teoría que dice que las sensaciones no anidan en la cabeza, que la impresión de una ventana, de una nube, de un árbol, no se siente en el cerebro, sino, antes bien, en el lugar donde la percibimos; en tal caso, también en lo que se refiere a nuestra visión de la amada nos encontramos fuera de nosotros mismos. Si bien, en este caso, dolorosamente atentos y maravillados. La sensación revolote-

cuando ya estaba durmiendo, cerca de medianoche, a informarme para que, a la mañana siguiente, yo pudiese tranquilizar a Asia. Había hecho los preparativos para su mudanza. Pues vive con un loco y los asuntos relativos a la vivienda, de por sí ya difíciles, se complican por ello de modo insoportable.

10 DE DICIEMBRE

Por la mañana vamos a ver a Asia. Como las visitas por la mañana temprano no están permitidas, hablamos un minuto con ella en el vestíbulo. Se encuentra [fatigada] después del baño de ácido carbónico que ha tomado por primera vez y que le ha sentado muy bien. A continuación, nuevamente al Instituto de la Kameneva. El papel por el que se me concede la reducción en los hoteles debería estar listo, pero no lo está. En la antesala de costumbre mantenemos, en cambio, una dilatada conversación sobre cuestiones de teatro con el señor desocupado y con la señorita. Al día siguiente me recibirá la Kameneva, y para la noche tratamos de conseguir entradas para el teatro. Por desgracia no quedan ya para la opereta. Reich me deja en la Vap; yo me quedo allí dos horas y media con mi gramática de ruso; vuelve a aparecer con Kogan para ir a comer. Por la tarde, sólo estoy un momento con Asia. Tiene una discusión con Reich por cuestiones relativas a la vivienda y me dice que me vaya. Permanezco en mi habitación leyendo a Proust y devorando mazapán. Por la noche voy al sanatorio; en la entrada me encuentro con Reich, que había salido a comprar cigarrillos. Esperamos unos minutos en el pasillo; luego llega Asia. Reich nos deja en el tranvía y nosotros nos dirigimos al estudio musical. Nos recibe el administrador. Nos muestra un escrito de reconocimiento, en francés, de Casella<sup>30</sup>; nos lleva por todas las salas (en el vestíbulo se ha congregado ya numeroso público mucho antes del comienzo; es gente que ha ido al teatro directamente desde sus centros de trabajo);

tea, deslumbrada, como una bandada de pájaros, en el resplandor de la mujer. Y del mismo modo que los pájaros buscan cobijo en los frondosos escondrijos del árbol, también las sensaciones se refugian en las sombrías arrugas, en los gestos torpes y en los defectos insignificantes del cuerpo amado, donde encuentran un escondrijo seguro. Y nadie, al pasar, podrá adivinar que es justamente aquí, en lo imperfecto y reprochable, donde anida la arrebatada emoción amorosa del amante.]

<sup>30</sup> Alfredo Casella (1883-1947). Músico y compositor italiano.

también nos enseña la sala de conciertos. En el vestíbulo hay una alfombra extraordinariamente llamativa y no muy bonita. Probablemente una «Aubusson» de mucho valor. En las paredes hay cuadros antiguos auténticos (uno, sin enmarcar). Al igual que en la sala oficial de recepciones del Instituto de Relaciones Culturales con el Extranjero, también aquí se ven muebles muy valiosos. Nuestras localidades se encuentran en la segunda fila. Dan *La novia del zar*, de Rimski-Korsakoff, la primera ópera puesta en escena recientemente por Stanislavski. Conversación sobre Toller: de cómo Asia le llevó por todas partes y él le quiso hacer un regalo, y ella eligió el cinturón más barato, y de las necias observaciones de éste. En uno de los descansos salimos al vestíbulo. Pero hay tres. Son demasiado largos y Asia se fatiga. Conversación sobre el chal italiano de color ocre que ella lleva. Yo le doy mi opinión; ella se muestra avergonzada conmigo. En el último descanso se nos acerca el administrador. Asia habla con él. Me invita a la siguiente reposición (*Eugenio Oneguín*). Al final nos resulta muy difícil recuperar los abrigos. Dos empleados del teatro forman un cordón en mitad de la escalera a fin de regular la afluencia de la gente a las diminutas dependencias del guardarropa. Vuelvo a casa como fui al teatro: en el pequeño tranvía sin calefacción y con las ventanas heladas.

11 DE DICIEMBRE

Algo sobre las características de Moscú. En los primeros días, lo que más me condiciona es la dificultad de acostumbrarse a andar por calles completamente heladas. He de prestar tanta atención a los pasos que doy, que apenas puedo ver lo que me rodea. La cosa ha mejorado desde que, ayer por la mañana (escribo esto el día 12), Asia me comprara unas galochas. No fue tan difícil como había creído Reich. El estilo arquitectónico de la ciudad se caracteriza por las numerosas casas de una y de dos plantas. Le dan la apariencia de una ciudad de hotelitos veraniegos, y al contemplarla se siente doblemente el frío. A menudo se encuentran pinceladas de colores tenues: rojo, sobre todo; aun- que también hay azul, amarillo y (como dice también Reich) verde. Las aceras son sorprendentemente estrechas; son tan tacaños con el suelo como derrochadores con el espacio aéreo. A ello se añade el hecho de que el hielo queda tan pegado al borde de las casas, que hace inutilizable una parte de la acera. Ésta, por

otra parte, rara vez se diferencia claramente de la calzada: la nieve y el hielo nivelan las distintas capas de la calle. Con gran frecuencia se ven cordones delante de las tiendas estatales; para comprar mantequilla y otros artículos importantes hay que hacer cola. Hay un sinnúmero de tiendas y aún más vendedores que no ofrecen otra cosa que un canasto de la ropa con manzanas, mandarinas o cacahuetes. Para proteger la mercancía del frío, la cubren con un paño de lana sobre el cual se pueden ver dos o tres ejemplares de muestra. Abundancia de panes y de otras clases de bollos: panecillos de todos los tamaños, rosquillas y, en los cafés, tartas suntuosas. Con baño de azúcar hacen construcciones o flores fantásticas<sup>31</sup>. Ayer por la tarde estuve con Asia en un café. Allí tienen vasos de nata montada. Ella cogió un vaso de merengue; yo, café. Nos sentamos en una mesita en medio de la sala, uno frente al otro. Asia recordó mi intención de escribir contra la psicología y una vez más hube de constatar hasta qué punto depende del contacto con ella mi posibilidad de abordar tales temas. Pero la hora en el café no la pudimos dilatar tanto como habíamos esperado. No había llegado del sanatorio a las cuatro, sino a las cinco. Reich quería que le esperásemos; no sabía con seguridad si tendría reunión o no. Finalmente nos fuimos. En la Petrovka estuvimos mirando escaparates. Me llamó la atención una tienda maravillosa de artículos de madera. En ella, y a petición mía, Asia me compró una pipa muy pequeña. Más adelante compraré allí juguetes para Stefan y Daga<sup>32</sup>. Tienen esos huevos rusos de varias capas, cajitas que se introducen unas en otras, animales tallados de una hermosa y blanca madera. En otro escaparate podían verse encajes rusos y paños bordados en los que, según me dijo Asia, las campesinas reproducen las rosetas de escarcha de las ventanas. Esto ya fue el día de nuestro segundo paseo. Asia había venido por la mañana; había escrito primero a Daga y luego, con un tiempo muy bueno, anduvimos algunos pasos por la Tverskaya. A la vuelta nos detuvimos frente a una tienda donde había velas navideñas. Asia habló de ello. Después, con Reich, nuevamente en el Instituto de la Kameneva. Por fin me conceden la reducción para el hotel. Por la noche me querían

<sup>31</sup> Algo sobre... flores fantásticas (marc.): Ver: GS IV, 317: «(gleichzeitig also zu bewegen)»; «an den der schmale... gewöhnt hat», 318: «Ein buntes... liegen obenauf».

<sup>32</sup> Stefan (1919-1972) era el nombre del hijo de Benjamin; Daga es la hija de Asia Lacis.

mandar desde allí a ver *El cemento*<sup>33</sup>. A Reich le pareció luego mejor una obra de Granovski, pues Asia quería ir al teatro y *El cemento* habría sido demasiado emocionante para ella. Pero cuando todo estaba arreglado, Asia no se encontró lo bastante bien, de modo que fui yo solo mientras Reich y ella se iban a mi habitación. Eran tres piezas de un solo acto, las dos primeras de las cuales eran algo espantoso; la tercera, una asamblea de rabinos, una especie de comedia corística sobre melodías judías, parecía ser mucho mejor, pero yo no entendí el asunto, y estaba tan cansado del día y de aquellos interminables descansos, que me dormí en algunas partes. Reich durmió esa noche en mi habitación. Mi pelo tiene aquí mucha electricidad.

## 12 DE DICIEMBRE

Por la mañana, Reich fue a pasear con Asia. Luego vinieron a verme; yo no había acabado aún de vestirme. Asia se sentó en la cama. Me produjo una gran alegría que deshiciera y ordenara mis maletas, quedándose con un par de corbatas que le gustaron. Luego estuvo hablando de cómo había devorado literatura barata cuando era niña. Escondía los libritos bajo los libros escolares para que no los viera su madre, pero una vez le dieron una novela larga, *Laura*, que cayó en manos de su madre. En otra ocasión salió de casa en plena noche para ir a buscar a casa de una amiga la continuación de una novela por entregas. El padre abrió muy sobresaltado y le preguntó qué deseaba, y ella, al darse cuenta de la que había organizado, le respondió que ni ella misma lo sabía. Al mediodía, con Reich, en la tabernita. La tarde en el desolado sanatorio fue un suplicio. Con Asia, nuevamente, constante alternancia entre el «tú» y el «usted». No se sentía bien. Después estuvimos paseando por la Tverskaya. Más tarde, cuando ya nos habíamos sentado en un café, se produjo una gran discusión entre Reich y Asia en la que se puso de manifiesto la esperanza de Reich de concentrarse exclusivamente en objetivos rusos con la consiguiente pérdida de los vínculos con Alemania. Por la noche, con Reich en mi habitación, solos: yo estuve estudiando la guía, y él escribiendo notas para una recensión del

<sup>33</sup> *El cemento*: novela escrita en 1925 por Fedor Gladkov (1883-1958). En junio de 1927 apareció el comentario de Benjamin a la traducción de esta novela (GS III, 61-63). Ver también: «Neue Dichtung in Russland», GS II, 762.

*Revisor*. En Moscú no hay camiones ni coches de reparto, etc. Tanto las compras más insignificantes como los envíos más importantes se han de despachar, por medio de los *istvoschik*<sup>34</sup>, en los diminutos trineos.

13 DE DICIEMBRE

Por la mañana mejoré mi orientación en la ciudad dando un largo paseo por los bulevares interiores en dirección a la central de Correos y volviendo por la Plaza Liubianka hacia el Dom Gerzena. Descubrí<sup>35</sup> el misterio del vendedor con el tablón de letras: éstas se ponen en las galochas para evitar que se confundan con las de otra persona. Durante el paseo me volvieron a llamar la atención aquí las numerosas tiendas de adornos navideños que ya había visto también por toda la Yamskaya Tverskaya, una hora antes, a lo largo de un breve paseo con Asia. Detrás de las lunas de los escaparates, a veces parecen más brillantes aún que en el árbol. En ese paseo por la Yamskaya Tverskaya nos encontramos a un grupo de *komsomolzen*<sup>36</sup> marchando con música. Ésta parece estar compuesta, de manera semejante a la de las tropas soviéticas, de una combinación de silbidos y canto. Asia habló de Reich. Me encargó que le llevase el último número de *Pravda*. Por la tarde, Reich nos leyó en la habitación de Asia su conferencia preliminar sobre el montaje de Meyerhold del *Revisor*. Es muy buena. Mientras él (antes de esto) se dormía en la silla, en la habitación de Asia, yo le estuve leyendo a ella un poco de *Einbahnstrasse*.

Durante<sup>37</sup> mi largo recorrido de la mañana observé también a las vendedoras del mercado, campesinas con un cesto de mercancías al lado (a veces se trata de un trineo de esos que en invierno sirven aquí de cochecito de bebé). Los cestos contienen manzanas, caramelos, nueces, figuritas de azúcar, semiocultos bajo el paño. Uno se pone a pensar en una abuela cariñosa que,

<sup>34</sup> «Carretero», «cochero».

<sup>35</sup> Descubrí... en el árbol: Ver: GS IV, 320: «Länge war... Galoschen befestigte».

<sup>36</sup> Miembros del Komsomol (Kommunisticheskij Soyuz Molodezhi), organización juvenil del Partido Bolchevique de la URSS.

<sup>37</sup> Durante mi... para descansar un poco: Ver: GS IV, 318: «Sie haben ... Strasse stehen».

antes de salir, ha buscado por la casa todo lo que podría sorprender a su nieto. Y, después de haberlo empaquetado, ahora, de camino, se para en la calle a descansar un poco. Volví a ver a los chinos<sup>38</sup> que venden flores artificiales de papel como las que le compré a Stefan en Marsella. Aunque aquí parecen ser aún más frecuentes los animales de papel en forma de exóticos peces abisales. Hay también hombres con cestos llenos de juguetes de madera, de coches y de palas; los coches son amarillos y rojos; amarillos o rojas, las palas infantiles. Otros van de un lado para otro llevando sobre los hombros haces de molinillos de colores. Y todo ello trabajado de una manera más sólida y sencilla que en Alemania, siendo bien visible su procedencia rústica. En una esquina encontré a una mujer que vendía adornos para el árbol de Navidad. Las bolas de cristal, amarillas y rojas, brillaban al sol; era como un cesto de manzanas encantado en donde el rojo y el amarillo se han introducido en los diferentes frutos. La relación de madera y color también aquí es más inmediata que en otros sitios. Y eso se ve tanto en los juguetes más primitivos como en los esmaltados más artísticos. Junto al muro<sup>39</sup> de Kitai Gorod<sup>40</sup> hay mongoles. En su tierra, el invierno no es, probablemente, menos riguroso, ni sus andrajosas pieles peores que las de la gente de aquí. No obstante, son los únicos que aquí despiertan una compasión espontánea por el clima. Se encuentran a no más de cinco pasos de distancia los unos de los otros, y venden carpetas de cuero; todos ofrecen la misma mercancía. Deben de estar respaldados por alguna organización, pues hacerse así, unos a otros, tan inútil competencia sería cosa de broma. Aquí<sup>41</sup>, al igual que en Riga, los letreros de las tiendas están pintados en un estilo primitivo muy bonito. Zapatos cayendo de un cesto; un lulú que huye con una sandalia en la boca. Delante de un restaurante turco hay dos letreros que hacen juego y que representan a unos caballeros con fez, adornado con la media luna, ante una mesa dispuesta para comer. Asia tiene razón al decir que es algo característico el hecho de que, en todas partes, incluso tratándose

<sup>38</sup> Volví a ver... esmaltados más artísticos (marc.): Ver: GS IV, 319-320: «Chinesen verkaufen - deutlich sichtbar»; 332 «Es ist... als ein Bild».

<sup>39</sup> Junto al muro... cosa de broma: Ver: GS IV, 325: «Ein paar... Mitleid hat».

<sup>40</sup> Literalmente «Ciudad China»; viejo barrio de Moscú que circunda la Plaza Roja y el Kremlin.

<sup>41</sup> Aquí... al igual... una mesa dispuesta para comer: Ver GS IV, 340: «Auch finden... einem Tischchen».

de anuncios, el pueblo desee ver representada alguna actividad real. Por la noche, con Reich en casa de Ilesh<sup>42</sup>. Luego se nos unió también el director del Teatro de la Revolución<sup>43</sup>, que el 30 de diciembre ofrecerá el estreno de la obra de Ilesh. Este director es un antiguo general rojo que participó decisivamente en el aniquilamiento de Wrangel<sup>44</sup>, siendo mencionado dos veces en la orden del día del ejército de Trotski. Más tarde cometió una torpeza política que paralizó su carrera, y, como en otro tiempo había sido literato, le dieron este puesto directivo en el teatro, en el que, sin embargo, no debe de rendir gran cosa. Parece bastante tonto. La conversación no estuvo especialmente animada. Por indicación de Reich, yo me mostré, por otro lado, muy cauteloso con mis palabras. Se estuvo hablando sobre la teoría del arte de Plejanoff. En la habitación sólo hay unos cuantos muebles, y lo que más llama la atención es una cuna destartada y una bañera. Cuando nosotros llegamos, el niño aún estaba despierto; más tarde se lo llevan a la cama llorando, pero no se duerme en todo el rato que nosotros permanecemos allí.

14 DE DICIEMBRE (escrito el 15)

Hoy no veré a Asia. La situación en el sanatorio se agrava: ayer por la noche sólo le permitieron salir después de parlamentar durante largo rato, y hoy por la mañana no ha venido a buscarme, tal como habíamos acordado. Queríamos comprar tela para su vestido. Sólo hace una semana que llegué y ya he de contar con dificultades cada vez mayores para verla, por no hablar de verla a solas. Ayer por la mañana vino a verme con mucha prisa, nerviosa, trastornando más que trastornada, como tantas veces, y como si tuviese miedo de permanecer un solo minuto en mi habitación. La acompañé a la sede de una comisión ante la que había sido citada. Le conté lo que había averiguado la noche anterior: que Reich tiene en perspectiva un nuevo puesto como crítico teatral en una revista muy importante.

<sup>42</sup> Béla Illés (1895-1974), escritor húngaro.

<sup>43</sup> V. S. Staruchin.

<sup>44</sup> *Aniquilamiento de Wrangel*: Barón Piotr Wrangel (1878-1928), general ruso que apoyó la tentativa de Kornilov de derrocar al Soviet de Petrogrado. Fue vencido en 1920, por Trotski y Stalin, en la última batalla importante de la revolución.

Anduvimos por la Sadovaya. En total hablé muy poco; ella me habló muy excitada de su trabajo con los niños en la guardería. Escuché, por segunda vez, la historia de un niño de su guardería al que otro le abrió el cráneo. Curiosamente, hasta ahora no había comprendido esa historia tan simple (que para Asia podría haber tenido consecuencias negativas; pero los médicos pensaron que el niño podría salvarse). Es algo que me ocurre con frecuencia: la miro de una forma tan intensa, que apenas oigo lo que dice. Ella expuso sus ideas acerca de la necesidad de dividir a los niños en grupos, pues en ningún caso es posible entretener a los más revoltosos —a los que ella llama «los más dotados»— juntándolos con los demás. Les aburren cosas que llenan por completo a los niños normales. Y es evidente que Asia, como ella dice, consigue los mayores éxitos con los niños más revoltosos. También habló Asia de las cosas que está escribiendo: tres artículos en el periódico comunista letón que se publica en Moscú y que llega a Riga por vías ilegales; ser leída allí, en ese periódico, es muy útil para ella. El edificio de la comisión estaba en la plaza donde convergen el bulevar Strasnoi y la Petrovka, por la que yo estuve caminando más de media hora mientras la esperaba. Cuando por fin salió, nos dirigimos al Gosbank<sup>45</sup>, donde yo tenía que cambiar dinero. Esta mañana me sentía con muchas fuerzas, y así logré hablar franca y sosegadamente de mi estancia en Moscú y de sus escasísimas posibilidades. Eso le impresionó. Contó que el médico que la ha tratado y salvado le había prohibido terminantemente quedarse en la ciudad, ordenándole que fuese a un sanatorio en el bosque. Pero ella se había quedado por temor a la triste soledad del bosque y porque yo llegaba. Nos detuvimos frente a una tienda de pieles en la que Asia se había parado ya en nuestro primer paseo por la Petrovka. Colgado en la pared había un maravilloso traje de piel, adornado con perlas de colores. Entramos a preguntar el precio y así averiguamos que se trataba de una labor tungús (no era, pues, un traje «esquimal», como había creído Asia). Costaba doscientos cincuenta rublos, Asia quería comprarlo. Yo le dije: «Si te lo compro, tendré que marcharme inmediatamente.» Pero me hizo prometerle que algún día, más adelante, le haría un gran regalo que pudiera conservar toda la vida. Al Gosbank se llega desde la Petrovka atravesando un pasaje en el que hay un gran comercio comisionista de

<sup>45</sup> Banco estatal (Gos = abreviatura de *gosudarstvennyj*).

antigüedades. En el escaparate había un armario de estilo Imperio singularmente bello, un trabajo de marquetería. Más adelante estaban empaquetando, o desempaquetando, porcelana al lado de estanterías de exposición de madera. Mientras regresábamos a la parada del autobús, unos minutos muy buenos. A continuación, mi audiencia con la Kameneva. Por la tarde ando vagando por la ciudad; no puedo ir a ver a Asia; está con Knorin <sup>46</sup>, un comunista letón muy importante, miembro del organismo superior de censura. (Y hoy, lo mismo; mientras escribo esto, Reich está solo con ella.) La tarde acaba en el café francés que hay en Staleshnikov, frente a una taza de café. Acerca de la ciudad: la iglesia bizantina no parece haber desarrollado una forma propia de ventana. Una impresión mágica y poco familiar; las ventanas, profanas y sencillas, de las torres y rotondas de las iglesias de estilo bizantino que dan a la calle producen la impresión de que éstas están habitadas. El sacerdote ortodoxo vive en ellas como un bonzo en su pagoda. La parte inferior de la Catedral de San Basilio podría ser muy bien la planta baja de una magnífica casa de boyardos <sup>47</sup>. Pero las cruces de las cúpulas frecuentemente parecen pendientes colgados del cielo <sup>48</sup>. Lujo arraigado en esta depauperada y doliente ciudad como el sarro en una boca enferma; la tienda de chocolates de N. Kraft; el elegante almacén de modas de la Petrovka, donde se ven, entre las pieles, grandes jarrones de porcelana, fríos y espantosos. La mendicidad <sup>49</sup> no es agresiva como en el sur, donde la insistencia del andrajoso sigue poniendo de manifiesto un resto de vitalidad. Aquí constituyen una corporación de moribundos. Las esquinas de las calles, por lo menos las de los barrios donde realizan sus negocios los extranjeros, aparecen cubiertas de hatillos de trapos viejos, a modo de camas, dentro del gran lazareto al aire libre llamado «Moscú». La mendicidad <sup>50</sup> en los tranvías está organizada de manera distinta. Ciertas líneas circulares tienen largas paradas durante el

<sup>46</sup> Wilgelm (Vilis) Knorin (1890-1938), alto funcionario estatal y del Partido; director de departamento de propaganda política del Comité Central del Partido entre 1926 y 1927.

<sup>47</sup> Miembros de la alta nobleza de la antigua Rusia.

<sup>48</sup> La iglesia bizantina... pendientes colgados del cielo (marc.): Ver: GS IV, 345 «Byzanz scheint... feuriger Sonnen».

<sup>49</sup> La mendicidad... al aire libre: Ver: GS IV, 324: «Der Bettel... Himmel da liegt».

<sup>50</sup> La mendicidad... el trayecto (marc. desde «Dann schieben»): Ver: GS IV, 325: «Andere haben... sammeln Kopeken».

trayecto. Los mendigos <sup>51</sup> avanzan abriéndose paso, o bien un niño se sitúa en un rincón del coche y empieza a cantar. Luego colecta *kopeks*. Es muy raro que la gente les dé algo. La mendicidad ha perdido su base más sólida: la mala conciencia social, que abre los bolsillos mucho más que la compasión. Pasajes. A diferencia de otros lugares, son de varios pisos, galerías altas que acostumbran a estar tan vacías como las de las catedrales. El gran taller de calzado de fieltro por el que se pasean los campesinos y las señoras de buena posición muestra la bota ajustada como si se tratase de una prenda íntima, con todo el embarazoso detallismo del corsé. Las *valinkis* <sup>52</sup> son las ropas de gala de los pies. Algo más sobre las iglesias <sup>53</sup>: en general parecen descuidadas; tan vacías y frías como encontré yo el interior de la Catedral de San Basilio. Pero el resplandor que algún altar hace brillar esporádicamente en la nieve parece conservarse en el mercado de tenderetes de madera. En sus angostos pasillos, cubiertos de nieve, reina el silencio; sólo se escucha la suave jerga de los judíos vendedores de confección que tienen allí su puesto junto a las mercaderías de la vendedora de papel, que parece sentarse sobre un trono, tapada por cajas plateadas y con el rostro cubierto por el espumillón y las figuritas de Papá Noel del mismo modo que una oriental se cubre con el velo. Los tenderetes más bonitos los vi en la Arbatskaya Plóschad <sup>54</sup>. Hace unos días, en mi habitación, conversación con Reich sobre el periodismo. Kisch <sup>55</sup> le ha revelado algunas reglas de oro a las que yo añado otras nuevas: 1) Un artículo debe contener tantos nombres como sea posible. 2) La primera y la última frase han de ser muy buenas; lo del medio, no importa. 3) Utilizar la imagen evocada por un nombre como fondo de la descripción que lo representa como realmente es. Me gustaría escribir aquí con Reich el programa de una enciclopedia materialista sobre la que él tiene excelentes ideas. Asia vino pasadas las siete. (Pero Reich nos acompañó al teatro.) Daban *Los días de los Turbin* <sup>56</sup>, de Stanislavski. Los decorados, de estilo

<sup>51</sup> Los mendigos... más que la compasión (marc.): Ver: GS IV, 325: «Andere haben... sammeln Kopeken», «Aber sehr... Taschen öffnet».

<sup>52</sup> Botas de fieltro (*valenki*).

<sup>53</sup> Algo más sobre las iglesias ... Arbatskaya Plóschad (marc.): Ver: GS IV, 346: «Viele Kirchen... ihren Schleier».

<sup>54</sup> Plaza Arbatskaya.

<sup>55</sup> Egon Erwin Kisch (1885-1948) viajó por la Unión Soviética desde el otoño de 1925 hasta la primavera de 1926.

<sup>56</sup> Ver nota en la página 15: «la obra de Stanislavski sobre la Guardia Blanca».

naturalista, extraordinariamente buenos; la interpretación, sin fallos ni méritos destacables; el drama de Bulgakoff, una provocación absolutamente subversiva. Sobre todo el último acto, donde la Guardia Blanca «se convierte» al bolchevismo, es tan insulso en lo que se refiere al argumento dramático como falaz en cuanto a la idea. La oposición de los comunistas a la representación es obvia y fundada. La cuestión de si este último acto fue añadido a instancias de la censura, como sospecha Reich, o existía ya originariamente, no es relevante para la valoración de la obra. (El público se diferenciaba notablemente del que pude ver en los otros dos teatros. Se puede decir que no había allí ningún comunista; en ninguna parte podía verse ningún blusón negro o azul.) Las butacas estaban separadas y yo sólo estuve sentado junto a Asia durante el primer cuadro. Después se sentó Reich a mi lado; dijo que traducir era algo demasiado fatigoso para ella.

15 DE DICIEMBRE

Después de levantarse, Reich salió un momento y yo tuve la esperanza de poder saludar a Asia a solas. Pero ni siquiera vino. Por la tarde, Reich se enteró de que se había sentido mal por la mañana. Pero tampoco me dejó ir a verla por la tarde. Pasamos una parte de la mañana juntos; él me tradujo el discurso pronunciado por Kameneff ante la Komintern. Un lugar no se conoce hasta no haberlo vivido en el mayor número posible de dimensiones. Para poseer un sitio hay que haber entrado en él desde los cuatro puntos cardinales, e incluso haberlo abandonado en esas mismas direcciones. De lo contrario le puede saltar a uno, inopinadamente, tres o cuatro veces, en mitad del camino antes de haberse preparado para toparse con él. En un segundo estadio, uno ya lo busca y lo utiliza como punto de orientación. Lo mismo ocurre con las casas. Uno no conoce lo que hay en su interior hasta que no trata de encontrar una concreta pasando junto a otras. Desde los arcos de las puertas<sup>57</sup>, junto a los quicios, en letras de diverso tamaño, negras, azules, amarillas o rojas, en forma de flecha, en la imagen de unas botas o de ropa recién planchada, como peldaño gastado o sólido escalón, se nos viene encima una vida calladamente obstinada y beligerante. Hay que

<sup>57</sup> Desde los arcos de las puertas... obstinada y beligerante: Ver GS IV, 340: «Aus den Torbogen... vor Augen».

haber recorrido también las calles en tranvía para captar la prolongación de esta lucha a través de los pisos hasta llegar, por fin, en los tejados, a su estadio decisivo. Hasta ese punto sólo aguantan las consignas más fuertes y viejas o los letreros de las empresas, y sólo desde el avión se logra tener ante los ojos a la élite industrial de la ciudad (aquí, algunos nombres). Por la mañana, en la Catedral de San Basilio. El lado exterior<sup>58</sup> se proyecta sobre la nieve con colores cálidos e íntimos. La planta del edificio, de disposición regular, ha generado una construcción cuya simetría no es perceptible desde ningún punto. Siempre se reserva alguna cosa, y la contemplación sólo podría sorprender a este edificio desde la altura de un avión, del cual se olvidaron sus constructores de salvarse. Su interior no sólo ha sido vaciado, sino también destripado como una pieza de caza para poderlo presentar, en forma de «museo», como algo apetecible a la cultura popular. Al despojarlo de su decoración interior, en parte artística, pero en su mayor parte carente de valor —a juzgar por los altares barrocos conservados—, la maraña vegetal y multicolor que prolifera por pasillos y bóvedas como si de pintura mural se tratase queda desconsoladoramente puesta en ridículo; la piedra pintada, sin duda hace mucho tiempo, que en los espacios interiores despierta ligeramente el recuerdo de las cromáticas espirales de las cúpulas, lo ha desfigurado triste[mente] convirtiéndolo en un divertimento rococó. Los pasillos abovedados son angostos y se ensanchan de pronto en altares o capillas redondas donde la escasa luz que penetra por arriba, a través de las altas ventanas, impide prácticamente reconocer los objetos religiosos que han quedado. Hay, sin embargo, una habitacioncita clara, recorrida por una alfombra roja. En ella se han expuesto iconos de las escuelas de Moscú y Novgorod, además de algunos evangelarios, probablemente de un valor incalculable; tapices que representan a Adán y a Cristo desnudos, aunque sin órganos sexuales, blancos sobre un fondo verde. La vigilante es una mujer gorda con aspecto de campesina: me habría gustado oír las explicaciones que daba a algunos proletarios que entraron acerca de estos cuadros. Antes di un breve paseo por los pasajes que llaman «líneas comerciales altas». Traté de comprar, sin éxito, unas figuras muy interesantes del escaparate de una juguetería, unos jinetes de arcilla pintada. Para comer, viaje en tranvía a orillas del

<sup>58</sup> El lado exterior... "líneas comerciales altas" (marc.): Ver: GS IV, 345-346: «Immer behält... erkennbar sind».

Moscova, pasando por la Catedral del Salvador y cruzando la Plaza Arbatskaya. Por la tarde, volviendo otra vez en la oscuridad, paseo por las hileras de tenderetes de madera; luego, por la calle Frunse, pasando frente al Ministerio de la Guerra, que se alza muy elegante, hasta acabar perdiéndome. A casa, en tranvía. (Reich quería ir él solo a ver a Asia.) Por la noche, a casa de Panski, sobre hielo reciente. Nos tropezamos con él en la puerta de su casa, a punto de irse al teatro con su mujer. Debido a un malentendido que no se despejará hasta el día siguiente, nos pide que en los próximos días vayamos por su despacho. Nos dirigimos a continuación a la casa grande de la Plaza Strasnoi a buscar a un conocido de Reich. En el ascensor nos encontramos con su mujer, que nos dice que su marido está en una asamblea. Pero dado que en esa misma casa, una especie de *boardinghouse* gigantesca, vive la madre de Sophia<sup>59</sup>, decidimos acercarnos a dar las buenas noches. Al igual que todas las demás habitaciones que *he podido ver hasta el momento (en casa de Granovski, de Ilesh)*, también ésta es una pieza con pocos muebles. Su deplorable aspecto<sup>60</sup> pequeñobugués causa una impresión aún más deprimente al estar la habitación pobremente amueblada. Cuando lo propio del estilo pequeñoburgués es el que no falte ningún detalle: las paredes han de estar cubiertas de cuadros; el sofá, de cojines; los cojines, de pañitos; las consolas, de bibelots; las ventanas, de cristales de colores. Y aquí sólo se conserva, indiscriminadamente, lo uno o lo otro. En estas habitaciones, semejantes a un lazareto después de la última inspección, la gente aguanta porque, debido a su forma de vida, les resultan ajenas. Viven en la oficina, en el club, en la calle. Basta con dar el primer paso en el interior de esta habitación para reconocer en la asombrosa limitación del carácter resolutivo de Sophia el legado de esta familia, de la que se ha emancipado, aunque no renegado. En el camino de regreso, Reich me cuenta su historia. Sophia es hermana del general Krilenko, que primeramente tomó partido por los bolcheviques, haciendo servicios inestimables a la revolución. Dado que sus dotes políticas eran escasas, posteriormente [le] dieron el puesto representativo de Fiscal Superior del Estado. (Él fue también el acusador en el proceso Kindermann.)<sup>61</sup> Parece ser que la

<sup>59</sup> Sofya Krilenko, hermana del comisario de justicia Nicolai Krilenko. Estuvo en Capri en 1924, al mismo tiempo que Benjamin y Laci.

<sup>60</sup> *Su deplorable aspecto... en la calle* (marc.): Ver: GS IV, 327-328: «weil das Zimmer... entfremdet sind».

<sup>61</sup> Karl Kindermann fue el principal acusado en un simulacro de proceso

madre también está organizada. Debe de tener unos setenta años y aún se perciben en ella rastros de una gran energía. Ahora la han de sufrir los hijos de Sophia, que son traídos y llevados de las manos de la abuela a las de la tía, y que hace ya años que no han visto a su madre. Los dos son de su primer matrimonio con un aristócrata que en la guerra civil estuvo al lado de los bolcheviques y murió. Cuando llegamos estaba allí la hija menor. Es extraordinariamente bella, sumamente decidida y encantadora en su forma de moverse. Parece muy introvertida. Acababa de llegar una carta de su madre y estaba discutiendo con su abuela por haberla abierto. A pesar de ir dirigida a ella. Sophia escribe que no le permiten prolongar su estancia en Alemania. La familia sospecha de su trabajo clandestino; es una calamidad, y su madre se muestra inquieta. Desde la habitación se tiene una vista magnífica del bulevar Tverskoi sobre una gran hilera de luces.

16 DE DICIEMBRE

Estuve escribiendo el diario y no creía ya que Asia fuese a venir aún. Entonces llamó a la puerta. Cuando entró, traté de besarla. Como de costumbre, no lo logré. Saqué la tarjeta<sup>62</sup> que había empezado a escribirle a Bloch y se la di para que le pusiera unas letras. Nuevo intento en vano de darle un beso. Lei lo que había escrito. A su pregunta respondí: «Mejor que cuando me escribes a mí.» Y, ante tal «desvergüenza», por fin me besó, e incluso me abrazó al hacerlo. Cogimos un trineo en dirección a la ciudad y entramos en numerosas tiendas de la Petrovka a comprar tela para su vestido, para su uniforme. Lo llamo así porque quiere que el nuevo tenga exactamente la misma hechura que el viejo, procedente de París. Entramos primero en unos almacenes estatales; en la mitad superior de sus paredes longitudinales se podían ver cuadros de figuras de cartón que hacían propaganda en pro de la unión de obreros y campesinos. La forma de representarlo<sup>63</sup> tenía ese gusto empalagoso tan extendi-

contra tres jóvenes alemanes que fueron detenidos en octubre de 1924, acusados de haber planeado un atentado contra Lenin. Kindermann fue condenado a muerte, pero no ejecutado.

<sup>62</sup> Esta tarjeta no le llegó a Bloch. Fue devuelta a Benjamin por desconocerse el destinatario. Ver la carta de Benjamin a Siegfried Kracauer, del 23-2-1927, reproducida en el apéndice.

<sup>63</sup> *La forma de representarlo... a precios exorbitantes* (marc.): marcado en el



do aquí: la hoz y el martillo, una rueda dentada y otras herramientas reproducidas (cosa indeciblemente contradictoria) en cartón aterciopelado. En aquella tienda sólo había artículos para campesinos y proletarios. En los últimos tiempos, con el «régimen de economía»<sup>64</sup>, son los únicos que se producen en las fábricas estatales. Los mostradores están sitiados. Otras tiendas, que están vacías, sólo venden tejidos a cambio de bonos o, en venta libre, a precios exorbitantes. A un vendedor callejero le compro por medio de Asia una muñequita, *stanka-wanka*<sup>65</sup>, para Daga, sobre todo para, aprovechando la oportunidad, comprarme yo también una. Y a otro, después, una paloma de cristal para el árbol de Navidad. Creo recordar que no hablamos mucho. Luego, con Reich, al despacho de Panski. Pero él nos había citado pensando que se trataba de asuntos de trabajo. Como ya estaba allí, me llevó a la sala de proyecciones, donde estaban mostrándoles películas a dos periodistas americanos. Desgraciadamente, cuando logré llegar allí después de una infinidad de preliminares, estaba terminando la proyección del *Potemkin*<sup>66</sup>; sólo vi el último acto. Luego pusieron *Conforme a la ley*<sup>67</sup>, película basada en un relato de London. El estreno, que había tenido lugar en Moscú unos días antes, había sido un fracaso. Técnicamente, la película es buena; su director, Kulishoff, tiene muy buen nombre. Pero el asunto reduce su motivo al absurdo tras un cúmulo de atrocidades. Según parece, esta película debía tener una orientación anarquista contra el derecho en general. Al final de la proyección, el propio Panski subió a la sala, conduciéndome finalmente a su despacho. La conversación se hubiera prolongado todavía de no haber temido yo perder la posibilidad de ver a Asia. Para ir a comer, de todos modos ya se había hecho demasiado tarde. Cuando llegué al sanatorio, Asia ya había salido. Me fui a casa y muy pronto llegó también Reich, y, poco

---

manuscrito del diario, pero, al parecer, no se incluyó en ninguno de los artículos fruto de su estancia en Moscú.

<sup>64</sup> Benjamin alude aquí a la NEP (Nueva Política Económica). La NEP fue introducida por Lenin en 1921 para animar la economía, arruinada por la guerra, mediante la autorización restringida de una gerencia de empresa de índole capitalista.

<sup>65</sup> «Tentetieso».

<sup>66</sup> *Potemkin: El acorazado Potemkin (Bronenosets Potemkin)*, 1925, película de Sergei Eisenstein (1898-1948).

<sup>67</sup> *Po zakonu*, película de Lev Kuleshov (1899-1948), rodada en 1926 y basada en un relato de Jack London.

después, Asia. Habían comprado, entre otras cosas, *valinki* para Daga. Estuvimos hablando en mi habitación, y a lo largo de la conversación tocamos la cuestión del piano como mueble que en la vivienda pequeñoburguesa constituye el centro propiamente dinámico de la tristeza en ella reinante, y el centro de todas las catástrofes de la casa. Asia se sentía electrizada por esta idea; quería escribir conmigo un artículo acerca de ello, y Reich desarrollar el asunto en un *sketch*. Asia y yo nos quedamos unos minutos a solas. Yo ya sólo recuerdo que pronuncié las palabras: «para la eternidad, lo más precioso», y que ella se rió entonces tanto, que pensé: lo ha entendido. Por la noche estuve con Reich en un restaurante vegetariano cuyas paredes estaban cubiertas de inscripciones propagandísticas. «Dios no existe —la religión es un invento—, no hay creación», etc. Muchas de las cosas que hacían referencia al capital no pudo traducírmelas Reich. Luego, ya en casa, logré por fin hablar por teléfono con Roth<sup>68</sup> por mediación de Reich. Me dijo que salía de viaje al día siguiente por la tarde y, después de pensarlo un momento, no me quedó otro remedio que aceptar su invitación para cenar a las once y media en un hotel. De lo contrario, difícilmente hubiera podido ya contar con la posibilidad de hablar con él. Hacia las once y cuarto me monté, muy fatigado, en un trineo: Reich me había estado leyendo toda la tarde partes de sus trabajos. Su ensayo sobre el humanismo, que, sin duda, se encuentra todavía en un primer estadio, descansa en el fértil planteamiento de cómo la intelectualidad francesa, precursora de la gran Revolución, pudo ser relegada inmediatamente después de 1792 para convertirse en instrumento de la burguesía. A lo largo de la conversación sobre esta cuestión se me ocurrió la idea de que la historia de los «intelectuales» debería ser planteada, desde el punto de vista materialista, de un modo funcional, relacionándola estrechamente con una «Historia de la incultura». Sus comienzos se sitúan en la Edad Moderna, dado que las formas medievales de poder dejan de convertirse en formas de cultura (eclesiástica) de los dominados con independencia de cómo estén configuradas. El *cuius regio eius religio* derriba la autoridad espiritual de las formas seculares de poder. Una historia de la incultura de tales característi-

---

<sup>68</sup> Joseph Roth (1894-1939) viajó por la Unión Soviética desde finales de agosto hasta finales de diciembre de 1926 por encargo del *Frankfurter Zeitung*. La serie de artículos «Reise in Russland» aparece publicada en 18 entregas en el FZ del 14-9-1926 al 19-1-1927.

cas enseñaría la manera en que, entre las capas incultas, un proceso de siglos genera la energía revolucionaria a partir de su metamorfosis religiosa, y los intelectuales no aparecerían siempre como un simple ejército de renegados de la burguesía, sino como línea de avanzada de la «incultura». El viaje en trineo me despejó bastante. Roth ya estaba sentado en el espacioso comedor. Con su ruidosa música de orquesta, dos palmeras gigantes que sólo alcanzan hasta media altura de la sala, con barras y bufetes coloridos, y mesas dispuestas de una forma sobria y elegante, acoge al visitante como si se tratase de un hotel europeo de lujo muy adentrado en el Este. Bebí vodka por primera vez en Rusia; comimos caviar, carne fría y compota. Si repaso toda la velada, la impresión que Roth me deja no es tan positiva como la que me causó en París. O puede ser —y esto es lo más probable— que en París yo ya me percatase de esas mismas cosas, entonces aún ocultas y cuya salida a la luz me ha supuesto ahora un golpe. En su habitación proseguimos luego, más a fondo, una conversación iniciada en la mesa. Comenzó leyéndome un largo artículo sobre el sistema educativo ruso<sup>69</sup>. Observé la habitación; sobre la mesa aún estaban los restos de un té, al parecer abundante, que habían debido de tomar en ella al menos tres personas. Parece que Roth vive a lo grande; la habitación del hotel —de una decoración tan europea como la del restaurante— debe de ser bastante cara, al igual que su largo viaje informativo, que le llevó hasta Siberia, el Cáucaso y Crimea. Durante la conversación que siguió a su lectura le insté a confesarme su color político. El resultado se puede resumir en una frase: llegó a Rusia como bolchevique (casi) convencido y la deja como monárquico. Como suele ocurrir, el país ha de sufragar los gastos del cambio de color ideológico de aquellos que llegan aquí como políticos de un tono rosa-rojizo (en nombre de una oposición «de izquierdas» y de un necio optimismo). Su rostro aparece recorrido por numerosas arrugas y tiene un desagradable aspecto de husmeador. De esto me di cuenta dos días después, cuando le volví a encontrar en el Instituto de la Kameneva (había tenido que aplazar el viaje). Acepté su invitación de volver en trineo, regresando al hotel hacia las dos. A trechos, frente a los grandes hoteles y delante de un café de la Tverskaya, hay vida nocturna en la calle. El frío obliga a la gente a concentrarse en manada en estos puntos.

<sup>69</sup> El artículo de Roth «Die Schule und die Jugend» apareció en el *Frankfurter Zeitung* del 18 y 19 de enero de 1927.

Visita a Daga. Tiene mejor aspecto del que yo nunca le había visto antes. La disciplina del hogar infantil ejerce una fuerte influencia sobre ella. Su mirada es tranquila y segura; su rostro, más redondo y menos nervioso. Ha disminuido el asombroso parecido que guardaba con Asia. Me estuvieron enseñando el centro. Me parecieron<sup>70</sup> muy interesantes las aulas, con partes de sus paredes cubiertas enteramente de dibujos y figuras de cartón. Semejantes al muro de un templo al que los niños donan sus propios trabajos como regalo a la colectividad. El rojo es el color predominante en estas superficies. Están cuajadas de estrellas soviéticas y de cabezas de Lenin. En las clases, los niños no se sientan en pupitres escolares, sino en mesas, sobre largos bancos. Cuando entra alguien, dicen «strastveitie»<sup>71</sup>. Al no ser vestidos por la institución, muchos tienen un aspecto mísero. En las cercanías del sanatorio juegan otros niños de las alquerías vecinas. El viaje de ida y vuelta desde Mitischi<sup>72</sup>, en trineo, con el viento de cara. Por la tarde, en el sanatorio, con Asia, de muy mal humor. Partida de dominó, a seis, en la sala de juegos. Cena con Reich en un café: una taza de café y tarta. Me acuesto temprano.

Asia vino por la mañana. Reich se había ido ya. Fuimos a comprar la tela y, antes, a cambiar dinero al Gosbank. Ya en la habitación, le hable a Asia de su mal humor del día anterior. Esta mañana todo ha ido bien, dentro de lo que cabe. La tela era muy cara. En el camino de regreso llegamos a un lugar en donde estaban rodando. Asia me contó cómo habría que describirlo: la gente pierde en seguida la cabeza y se pasa horas siguiendo al equipo de filmación en su trabajo; luego llegan aturdidos al Ministerio sin poder decir dónde han estado. Es algo que a cualquiera puede suceder si se observa cuán[tas] veces se ha de preparar aquí una sesión para poder llevarla finalmente a término. El

<sup>70</sup> Me parecieron muy interesantes... y de cabezas de Lenin: Ver: GS IV, 340-341: «Wer ein... und Leninköpfen».

<sup>71</sup> Forma habitual de saludo (*zdravstvuite*) equivalente a «buenos días».

<sup>72</sup> Aldea junto al río Uchá (distrito de Moscú).

hecho de que nada salga como estaba preparado y previsto, esta expresión tan banal en la forma en que se desenvuelve la vida, domina de una manera tan absoluta y tan intensa en cada caso particular, que uno no tarda en comprender el fatalismo ruso. Cuando dentro del colectivo empieza a imponerse el cálculo civilizatorio, el resultado, de entrada, no será sino una complicación todavía mayor en la existencia de cada individuo. En una casa donde sólo tengan velas estarán mejor abastecidos que en otra en la que dispongan de luz eléctrica si la central está constantemente averiada. También hay aquí gente que no se preocupa de las palabras y se toma las cosas como son, tranquilamente; por ejemplo, los niños que se abrochan los patines en la calle. Lo azaroso que resulta <sup>73</sup> aquí viajar en tranvía. A través de los cristales helados, uno nunca es capaz de distinguir dónde se encuentra. Y, en el caso de hacerlo, encontrará cerrado el camino hacia la salida por una masa de gente apretujada. Pues como hay que subir por detrás, pero apearse por delante, uno ha de abrirse paso a través de la masa, dependiendo de la suerte y del uso desconsiderado de la fuerza física cuando pueda conseguirlo. Frente a esto existe un cierto confort desconocido en Europa Occidental. Las tiendas estatales de alimentación están abiertas hasta las once de la noche, y los portales hasta medianoche, o aún más tarde. Hay demasiados inquilinos y subarrendados como para poderles dar una llave de la casa a cada uno. Se ha observado que la gente anda aquí por la calle «en serpentinas». Esto es la simple consecuencia de la aglomeración en sus estrechas aceras, tan estrechas como las que a veces se encuentran en Nápoles. Las aceras le dan a Moscú un aire de ciudad provinciana, o, mejor aún: el carácter de una gran ciudad improvisada que, de la noche a la mañana, se ha visto elevada a tal rango. Compramos una tela marrón muy buena. Yo me fui después al «Instituto» a pedir un pase para Meyerhold, encontrándome también a Roth. Después de comer estuve jugando con Reich al ajedrez en el Dom Gerzena. Se nos acercó Kogan con el reportero. Me inventé que pensaba escribir un libro sobre el arte bajo la dictadura: la italiana, bajo el régimen fascista, y la rusa, bajo la dictadura del proletariado. Hablé también de los libros de Scheerbarth y de Emil Ludwig. Reich se quedó muy descontento de la entrevista y me dijo que, con unas discusiones teóricas superfluas, me había puesto

<sup>73</sup> Lo azaroso... una llave de la casa a cada uno (marc.): Ver: GS IV, 330-331: «Durch die vereisten... Körperkräfte ab».

peligrosamente al descubierto. Hasta ahora, todavía no han publicado la entrevista (escribo esto el día 21); habrá que esperar a ver qué efecto causa. Asia no se encontraba bien. En la habitación vecina a la suya habían ingresado a una enferma que se ha vuelto loca a consecuencia de una meningitis cerebroespinal, y a quien ella conocía ya del hospital. Por la noche, Asia organizó una protesta con las otras mujeres, logrando que se llevaran a esa enferma de allí. Reich me llevó al Teatro Meyerhold, donde me encontré con Fanny Yelovia <sup>74</sup>. Pero el Instituto no mantiene buenas relaciones con Meyerhold: he ahí que no le llamasen por teléfono y que nosotros no consiguiéramos entradas. Tras una breve parada en mi hotel fuimos a la zona de Krasnie vorota <sup>75</sup> a ver una película que, según me había dicho Panski, habría de superar el éxito del *Potemkin*. De momento no quedaban localidades. Compramos entradas para la sesión siguiente y nos fuimos a tomar té a la habitación en Yelovia, que vive cerca de allí. Era tan fría como todas las que he podido ver hasta ahora. En la pared, de color gris, la fotografía de gran tamaño que muestra a Lenin leyendo el *Pravda*. Había algunos libros en una estantería estrecha; en la pared menor, junto a la puerta, dos cestas de viaje, y junto a las dos paredes mayores, una cama, y, enfrente, una mesa y dos sillas. La estancia en aquella habitación, con una taza de té y un pedazo de pan, fue lo mejor de la noche. Pues la película resultó ser un bodrio insoportable, y, por añadidura, la pasaron a tal velocidad, que no se podía ver ni entender nada. Nos fuimos antes de que acabase. El regreso en tranvía fue como un episodio de los tiempos de la inflación. En mi habitación encontré todavía a Reich, que volvió a quedarse a dormir.

19 DE DICIEMBRE

Ya no recuerdo muy bien cómo transcurrió la mañana. Creo que vi a Asia y luego, después de llevarla al sanatorio, quise ir a la Galería Tretiakoff. Pero no la encontré, y anduve vagando, con un frío que me traspasaba, por la orilla izquierda del Moscova, entre obras, campos de maniobras e iglesias. Vi a soldados del Ejército Rojo haciendo prácticas y a niños jugando al fútbol en

<sup>74</sup> Fanny Yelovia: se refiere probablemente a Nina Ermolaeva, que interpretó el papel de *Avdot'ja* en el *Revisor* de Meyerhold.

<sup>75</sup> Puerta Roja (*Krasnye vorota*).

medio de ellos. Salieron niñas de un colegio. Frente a la parada del tranvía, que tomé finalmente para regresar, había una iglesia de un rojo brillante con un largo muro rojo por el lado de la calle, con torre y cúpulas. Aún me fatigó más el vagar de un lado a otro debido a que llevaba un incómodo paquetito con tres casitas de papel de colores que había adquirido, con muchísimo esfuerzo, por el increíble precio de 30 *kopeks* cada una en una tienda de una calle importante de la orilla izquierda. Tarde con Asia. Salí a comprarle tarta. Al llegar junto a la puerta, dispuesto para salir, me fijé en la extraña conducta de Reich, que no respondió cuando le dije «adiós». Lo achaqué al mal humor. Pues, en un momento en que se ausentó unos minutos de la habitación, yo le había dicho a Asia que seguramente había ido a comprar tarta, y luego, al volver, ella se quedó decepcionada. Cuando regresé, unos minutos después, con la tarta, Reich estaba en la cama. Había sufrido un ataque al corazón. Asia estaba muy nerviosa. Me di cuenta de que su comportamiento ante el malestar de Reich era análogo al mío, en otro tiempo, cuando Dora estaba enferma. Protestaba, trataba de ayudar de una forma imprudente y provocadora, y se conducía como una persona que quiere que otra tome conciencia de hasta qué punto es injusta poniéndose enferma. Reich se fue recuperando poco a poco. Pero al Teatro Meyerhold tuve que ir yo solo debido a este contratiempo. Asia trajo luego a Reich a mi habitación. Él durmió en mi cama, y yo en el sofá que Asia me había preparado. El *Revisor*, pese a haber sido acortado después del estreno, duró, sin embargo, desde las ocho menos cuarto hasta las doce. La obra tenía tres partes, con un total (si no me equivoco) de 16 cuadros <sup>76</sup>. Por los numerosos comentarios de Reich, yo ya tenía, más o menos, una idea de conjunto de esta obra. Me asombró, no obstante, el tremendo esfuerzo realizado. Y no fue su rico vestuario <sup>77</sup> lo que me pareció más destacable, sino su decorativa escenografía. Salvo unas pocas excepciones, las escenas se desarrollaban sobre el exiguo espacio de un plano inclinado decorado, en cada ocasión, con elementos de estilo Imperio en caoba y mobiliarios distintos. El resultado de ello era un gran número de encantadores cuadros de género acordes con la orientación fundamen-

<sup>76</sup> En realidad, la obra se compone de 15 cuadros o episodios.

<sup>77</sup> El «rico vestuario» de la puesta en escena del *Revisor* fue diseñado por la modista moscovita M. Lamanova, y la «decorativa escenografía» fue realizada por V. P. Kiselev, según un proyecto de Mejerchol'd.

tal de la obra, que no era dramática, sino de análisis sociológico. Aquí se le ha dado gran importancia como adaptación de una obra clásica al teatro revolucionario, pero el intento se considera, al mismo tiempo, frustrado. El Partido ha dado así consignas contra el montaje, y el comentario moderado del crítico teatral ha sido rechazado por la redacción de *Pravda*. Los aplausos que se escucharon en el teatro fueron escasos, pero es muy posible que esto se deba en mayor medida a la consigna oficial que a la impresión causada inicialmente en el público. Pues la representación fue, sin duda, un deleite para la vista. Pero algo así <sup>78</sup> se halla relacionado, posiblemente, con la cautela general aquí reinante a la hora de manifestar la opinión en público. Cuando uno le pregunta a una persona a quien conoce poco por su impresión sobre una obra de teatro o una película intrascendente, lo único que averigua es: «Aquí se dice que es así y así», o bien: «En general, la idea que se tiene es tal o cual». El principio de dirección teatral, la concentración del acontecer escénico en un espacio muy reducido, da lugar a una acumulación sumamente lujosa de todos los valores, y no en último término del material interpretativo. Esto llegó a su apogeo <sup>79</sup> en una escena de fiesta que constituyó una obra maestra de dirección. En aquel pequeño recuadro, entre pilastras de papel tan sólo insinuadas, se congregaban, en apretado grupo, unas quince personas. (Reich habló de la supresión de la disposición lineal.) El efecto de conjunto es el de una tarta (un símil muy moscovita: sólo aquí existen las tartas que lo harían comprensible), o, mejor aún: el de un grupo de muñequitas que bailan sobre un reloj de música constituida por el texto de Gogol. La obra tiene además mucha música adecuada, y un pequeño rigodón ejecutado al final podría convertirse en la atracción de cualquier teatro burgués; uno no se lo espera en un teatro proletario, cuyas formas se ponen, sobre todo, de manifiesto en una escena en la que el escenario se halla dividido por una larga balaustrada; delante de ésta se encuentra el revisor, y detrás la masa que sigue todos sus movimientos, desarrollando un juego muy expresivo con su abrigo, ya sujetándolo con seis u ocho manos, ya echándose por encima al revisor, que está apoyado en la baranda. La noche sobre la dura cama transcurrió bastante bien.

<sup>78</sup> «Pero algo así... es tal o cual»: Ver: GS IV, 334: «Es wäre... die Überzeugung».

<sup>79</sup> Esto llegó a su apogeo... en un teatro proletario (marc.): Ver la descripción de Benjamin del montaje del *Revisor* en GS IV, 481.

Escribo el día 23 y ya no recuerdo nada de la mañana. En vez de escribir acerca de ello, lo haré sobre Asia y nuestra relación, a pesar de que Reich está sentado a mi lado. Me encuentro ante una fortaleza casi inexpugnable. Me digo, no obstante, que mi simple aparición frente a esta fortaleza que es Moscú ya constituye un primer éxito. Pero lograr alguno más que sea decisivo me parece algo de una dificultad casi insuperable. Los evidentes éxitos logrados por Reich, uno tras otro, después de medio año sumamente difícil, a lo largo del cual, y sin dominar la lengua, ha pasado frío y tal vez, incluso, hambre, hacen que tenga una posición muy fuerte. Esta mañana me ha dicho [él] que para dentro de medio año espera tener un empleo. Aunque con menos pasión, se acomoda más fácilmente que Asia a la situación laboral de Moscú. En los primeros tiempos, después de llegar de Riga, Asia pensó incluso en regresar a Europa de inmediato; tan falto de perspectivas le pareció el intento de encontrar trabajo aquí. Cuando por fin lo consiguió, y después de trabajar algunas semanas en una guardería, la enfermedad la echó para atrás. De no ser porque uno o dos días antes había obtenido el ingreso en un sindicato, se habría quedado sin cuidados y tal vez hubiera muerto. No hay duda de que aún sigue sintiéndose atraída por Europa Occidental. Y no se trata únicamente del deseo de viajar, de visitar ciudades desconocidas o del encanto de una bohemia mundana; es también por la influencia del desarrollo liberador que sus ideas han experimentado en Europa Occidental, sobre todo en su trato con Reich y conmigo. Como decía hace poco Reich, realmente es casi un misterio cómo Asia pudo siquiera llegar aquí, en Rusia, a planteamientos tan lúcidos como los que tenía ya al llegar a Europa Occidental. Para mí, Moscú es ahora una fortaleza; el duro clima, que, por muy sano que me resulte, me afecta también mucho, el desconocimiento de la lengua, la presencia de Reich y la forma de vida tan limitada de Asia son otros tantos bastiones, y sólo la imposibilidad total de avanzar, la enfermedad de Asia, o, por lo menos, su debilidad, que relega a un segundo plano todas las cosas personales que puedan afectarla, sólo eso hace que toda esta situación no me deprima por completo. En qué medida podré alcanzar el objetivo secundario de mi viaje: escapar a la mortal melancolía navideña, es algo que aún está por ver. El que me mantenga bastante fuerte se debe también al hecho de que, a pesar de todo, descubro una cierta

vinculación de Asia conmigo. Parece que el tuteo se va imponiendo entre nosotros, y su mirada, cuando me mira largo rato —no recuerdo que ninguna mujer me haya concedido nunca unas miradas y unos besos tan largos—, no ha perdido ni un ápice de su fuerza sobre mí. Hoy le he dicho que ahora me gustaría tener un hijo con ella. Algunos gestos, raros pero espontáneos y no carentes de importancia, si se tiene en cuenta el dominio que ella se impone ahora en asuntos eróticos, me dicen que le gusto. Así, cuando para evitar una pelea quise abandonar su habitación, ella me agarró con fuerza y me pasó la mano por el pelo. También dice con frecuencia mi nombre. Uno de estos días me dijo que era únicamente culpa mía que ahora no estuviésemos viviendo en una «isla desierta» y tuviésemos ya dos hijos. Hay en ello algo de verdad. Directa o indirectamente son ya tres o cuatro las ocasiones en que me he sustraído a un futuro en común: cuando no «huí» con ella, estando en Capri; pero ¿cómo? —me negué a acompañarla, desde Roma, a Asís y a Orvieto—; y cuando en el verano de 1925 no quise irme con ella a Letonia, y [en el] invierno no quise comprometerme a esperarla en Berlín. No se trataba únicamente de consideraciones de tipo económico, ni tampoco de mi fanática manía de viajar, que en los dos últimos años ha disminuido; fue también por temor a elementos hostiles en ella que sólo hoy me siento capaz de afrontar. Le dije también que si entonces nos hubiéramos ligado el uno al otro, no sabría si ahora no haría ya tiempo que nos habríamos separado. Todo lo que sucede dentro y fuera de mí tiene como consecuencia el que la idea de vivir separado de ella me resulte menos soportable de lo que hasta ahora me había parecido. Esto, por supuesto, está determinado sobre todo por el temor de que más adelante, cuando Asia se ponga bien y viva aquí en una relación más afianzada con Reich, sólo pueda chocar, con grandes sufrimientos, contra los límites de nuestra relación. Y aún no sé si podría eludirla. Pues para separarme de ella totalmente no tengo ahora ningún motivo concreto, y eso [en el] caso de que fuese capaz de hacerlo. Lo que más me gustaría sería estar ligado a ella por un hijo. Pero lo que no sé es si, incluso hoy, podría enfrentarme a una vida con ella, con su asombrosa dureza y, pese a toda su dulzura, su desapego también. La vida en invierno<sup>80</sup> tiene aquí una dimensión más: el espacio se transforma

<sup>80</sup> *La vida en invierno... a comprar algo:* Ver: GS IV, 347: «In Moskau ... zu kaufen».

literalmente, según haga frío o calor. Se vive en la calle como en una gélida sala de espejos; el cumplimiento de cualquier compromiso o cualquier tipo de reflexión se hacen increíblemente difíciles: para echar simplemente una carta en el buzón, uno necesita habérselo estado proponiendo durante medio día, y a pesar del rigor del frío constituye ya un logro de la fuerza de voluntad el entrar en una tienda a comprar algo. Salvo una gigantesca tienda de alimentación que hay en la Tverskaya donde se pueden ver magníficas comidas preparadas, que yo sólo conozco de las ilustraciones de los libros de cocina de mi madre y que ni siquiera en los tiempos de los zares pudieron ser más opíparas, tampoco las tiendas están hechas para quedarse en ellas. Además de ser muy provincianas<sup>81</sup>. Es muy raro encontrar letreros donde aparezca bien legible el nombre de la empresa, tan corrientes en las calles principales de las ciudades occidentales; la mayoría de las veces sólo consignan el tipo de producto y, en ocasiones, en ellos aparecen pintados relojes, maletas, botas, pieles, etc. En las tiendas de cuero, también aquí aparece dibujada, sobre un letrero de hojalata, la tradi[c]ional piel extendida. Las camisas están pintadas normalmente en una placa en la que pone «Kitaiskaya Pracheshnaya»: lavandería china. Se ve<sup>82</sup> a muchos mendigos suplicando con largos discursos a los viandantes. Cada vez que pasa a su lado un transeúnte del que espera recibir algo, uno de ellos inicia un tenue lloriqueo. Vi también a un mendigo en actitud idéntica a la del infeliz al que San Martín le corta con la espada la mitad de su capa: arrodillado y con un brazo extendido. Poco antes de Navidad había en la Tverskaya dos niños sentados en la nieve, siempre en el mismo sitio, junto al muro del Museo de la Revolución, cubiertos de andrajos y gimoteando. Una expresión de la invariable miseria de estos mendigos, aunque también es posible que sea el resultado de una sabia organización, es, por otra parte, el que sólo sean de fiar los que están delante de todas las instituciones moscovitas, manteniéndose siempre en su sitio. Pues, por lo demás, aquí todo está bajo el signo de la remonta<sup>83</sup>. En las desnudas habitaciones, los muebles se cambian de lugar

<sup>81</sup> Además de ser... pieles, etc.: Ver: GS IV, 340: «Hier gibt... den Firmennamen».

<sup>82</sup> Se ve... con que éste se paga (marc.): Ver: GS IV, 324: «Lange flehende... sie wimmerten». 325: «Im übrigen... alles verschiebt»; 325: «Diese erstaunliche... ist russisch»; 328: «Allwöchentlich werden... zu vertreiben».

<sup>83</sup> Remonta: reparación, renovación general.

todas las semanas; éste es el único lujo que uno puede permitirse con ellos, y es también, al mismo tiempo, un medio radical para alejar de la casa el «calor hogareño» junto con la melancolía con que éste se paga. Los organismos oficiales, los museos y los institutos están constantemente cambiando de emplazamiento, y también los vendedores callejeros aparecen cada día en un lugar diferente al que les ha sido destinado. Todo<sup>84</sup>: crema de zapatos, libros ilustrados, objetos de escritorio, tartas y pan, e incluso pañuelos, se vende en plena calle, como si en vez de un invierno moscovita de 25° bajo cero reinase un verano napolitano. Por la tarde, en la habitación de Asia, dije que quería escribir sobre teatro en la revista *Literarische Welt*. Tuvimos una breve discusión, pero luego le pedí que jugase conmigo al dominó. Y finalmente dijo: «Bueno, si me lo pides... Me encuentro muy débil. No puedo negarme a nada que se me pida.» Pero después, cuando llegó Reich, Asia volvió a referirse nuevamente a aquel asunto, produciéndose un altercado muy violento. Sólo antes de marcharme, cuando me levanté de un rincón junto a la ventana para seguir a Reich a la calle, Asia me cogió por fin la mano y me dijo: «No es tan grave...» Por la noche, todavía discutimos brevemente acerca de ello en mi habitación. Luego, él se fue a casa.

## 21 DE DICIEMBRE

Recorri todo el Arbat hasta llegar al mercado que está junto al bulevar Smolensk. Hacía mucho frío aquel día. Mientras caminaba fui comiendo chocolate que me había comprado por el camino. La primera hilera del mercado<sup>85</sup>, que se extendía a lo largo de la calle, estaba llena de tenderetes navideños y de puestos de juguetes y papelería. Detrás vendían artículos de ferretería y para el hogar, zapatos, etc. Se parecía un poco al mercado de la Arbatskaya Plóschad, sólo que aquí, me parece, no había productos de alimentación. Pero antes siquiera de alcanzar los tenderetes, el camino está orlado de cestos de comida, de adornos para los árboles y de juguetes, tan pegados unos a otros, que es casi imposible acceder a la acera desde la calzada. En un tendere-

<sup>84</sup> Todo: crema de zapatos... verano napolitano: Ver: GS IV, 320: «Schuhcrem und... neapolitanischer Sommer».

<sup>85</sup> La primera hilera... desde la calzada (marc.): Ver: GS IV, 321: «Der Strassenhandel... der Alteisenhändler».

te compré una postal *kitsch*; en otro sitio, una balalaika y una casita de papel. También aquí me encontré calles con rosas de Navidad, grupos de flores heroicas que irradian una luz muy intensa de nieve y hielo. Me fue difícil, cargado como iba, encontrar el Museo del Juguete. Lo habían trasladado del bulevar Smolensk a la Ulitsa Krapotkina<sup>86</sup>, y, cuando por fin lo encontré, me sentía tan agotado que casi estuve a punto de darme media vuelta en el umbral: pensé que la puerta, que no cedió de inmediato, estaba cerrada. Por la tarde, con Asia. Por la noche, a una obra muy mala (*Alejandro I e Iván Kusmich*) en el Teatro Korsh<sup>87</sup>. El autor descubrió a Reich en un descanso —dijo que el protagonista de su obra estaba emparentado espiritualmente con Hamlet—, y sólo a duras penas logramos escaparnos de los últimos actos burlando su vigilancia. Después del teatro creo recordar que aún compramos comida. Reich durmió en mi habitación.

22 DE DICIEMBRE

En mis conversaciones con Reich descubro cosas importantes. Por la noche, con frecuencia hablamos largo rato acerca de Rusia, del teatro y del materialismo. Reich está muy desencantado de Plejanoff. Traté de exponerle la oposición existente entre la forma de representación materialista y la universalista. La universalista es siempre idealista, dado que no es dialéctica. Pues la dialéctica avanza necesariamente en una dirección tal, que cada tesis o antítesis con la que se encuentra la vuelve a representar como una síntesis de estructura triádica, penetrando por este camino, cada vez más, en el interior del objeto, y representando al universo únicamente en él mismo. Cualquier otro concepto de universo carece de objeto, es idealista. Traté también de demostrar el carácter no materialista del pensamiento de Plejanoff por el papel que en él desempeña la teoría apoyándose en una oposición entre teoría y método. En su afán de representar lo general, la teoría flota por encima de la ciencia, mientras que lo característico del método es el que todo estudio general de principio vuelve a encontrar de inmediato un objeto que le es

<sup>86</sup> Calle.

<sup>87</sup> Teatro Korsh: teatro fundado por Fedor Korsh (1852-1923); incorporado de 1925 a 1926 a la red de teatros nacionales; cerrado en 1932.

propio. (Ejemplo del estudio de la relación entre los conceptos de tiempo y espacio en la teoría de la relatividad.) En otra ocasión hablamos del éxito como criterio decisivo para el escritor «mediano» y de la estructura peculiar de la «grandeza» en los grandes escritores: son «grandes» porque su influjo es histórico, y no al contrario, porque a través de su poder relativo posean un influjo histórico. Sobre el hecho de que a estos «grandes» escritores sólo se les vea a través de las lentes de los siglos, que se dirigen a ellos ampliando y coloreando. Y también: sobre cómo esto propicia una actitud absolutamente conservadora frente a las autoridades, actitud conservadora que justamente sólo puede explicarse sobre la única y exclusiva base del materialismo. En otra ocasión hablamos de Proust<sup>88</sup> (yo le leí algo de la traducción); luego, sobre política cultural rusa: el «programa educativo» para los obreros, partiendo del cual se les intenta hacer llegar toda la literatura universal; el abandono de los escritores de izquierdas, que en los tiempos del comunismo heroico desempeñaron el papel rector; el fomento del arte rústico reaccionario (la exposición de la Acher)<sup>89</sup>. Todo ello me volvió a parecer muy actual después de ir con Reich ese día por la mañana a la oficina de la *Enciclopedia*. Este proyecto deberá estructurarse en treinta o cuarenta tomos, reservando uno en exclusiva para Lenin. Sentado tras su escritorio (cuando [fuimos] por segunda vez; nuestra primera visita resultó fallida) había un joven muy agradable al que Reich me presentó ponderándole mis conocimientos. Cuando luego le expuse el esquema de mi «Goethe», no tardó en ponerse de manifiesto su inseguridad intelectual. Algunos aspectos de este esbozo le intimidaron y finalmente acabó por pedirme una semblanza de tinte sociológico. Aunque, en el fondo, no es posible caracterizar la vida de un poeta desde el punto de vista materialista, sino sólo su influencia histórica. Pues, haciendo abstracción de su influencia sobre las generaciones posteriores, la

<sup>88</sup> Proust... traducción: según se infiere de su correspondencia con la editorial Die Schmiede. Benjamin estaba trabajando en ese momento en la traducción del tercer volumen de «A la recherche du temps perdu» (*Le côté de Guermantes*). Anteriormente, Benjamin ya había realizado la traducción del segundo tomo (*A l'ombre des jeunes filles en fleurs*, conjuntamente con Franz Hessel) y del cuarto (*Sodome et Gomorrhe*).

<sup>89</sup> Acher: Asociación de Artistas de la Rusia Revolucionaria ACHRR (Asociación de chudozhnikov revolucionnoi Rossii). La ACHRR (1922-1932) se consideró la sucesora de los «pintores ambulantes» (1870-1923). Luchó contra el formalismo y defendió una pintura de género realista-naturalista.

existencia, e incluso la mera obra temporal de un artista, no ofrece objeto alguno de estudio al análisis materialista. Probablemente nos encontramos aquí también ante la misma universalidad e inmediatez carentes de método que caracteriza a los planteamientos completamente idealistas y metafísicos de la *Introducción al materialismo histórico* de Bujarin<sup>90</sup>. Por la tarde, con Asia. En su habitación está últimamente una comunista judía que le cae muy bien y con la cual habla mucho. A mí, su presencia me resulta menos agradable, pues ahora, aunque no esté Reich, tampoco puedo hablar ya a solas con Asia. Por la noche, en casa.

23 DE DICIEMBRE

Por la mañana estuve en el Kustarny Museum<sup>91</sup>. De nuevo pude ver juguetes muy bonitos; la exposición está organizada aquí también por el director del Museo del Juguete. Lo más bonito son, tal vez, las figuras de cartón piedra. Se encuentran a menudo sobre un pequeño pedestal, que puede ser bien un diminuto organillo al que se puede hacer girar, bien un plano inclinado que, al presionarlo, emite un sonido. También hay figuras muy grandes de esta misma pasta que representan a personajes ligeramente rayanos en lo grotesco y que pertenecen ya a un período de decadencia. En el museo había una chica muy simpática y pobremente vestida conversando en francés sobre los juguetes con dos niños de los cuales era institutriz. Los tres eran rusos. El museo tiene dos salas. En la mayor, donde están los juguetes, hay también muestras de trabajos en madera lacada, y tejidos; en la pequeña, tallas antiguas en madera [y] cajas en forma de patos u otros animales, herramientas, etc., así como trabajos de forja. Fracasé en mi intento de encontrar algunos objetos del carácter de los juguetes antiguos que hay en el almacén alojado abajo, en una sala muy grande aneja al museo. Pero en él pude ver también el mayor depósito de adornos para el árbol de Navidad que he visto nunca. Luego estuve en el Instituto de la Kameneva a buscar entradas para *Lies*<sup>92</sup>, encontrando-

<sup>90</sup> Nicolai Bujarin (1888-1938), presidente de la Komintern entre 1926 y 1930, redactor jefe de *Izvestia. Teoría del materialismo histórico* (1922).

<sup>91</sup> Museo de Artes Aplicadas.

<sup>92</sup> *Les (El bosque)*, drama de Aleksandr Ostrovski (1823-1886). La puesta en escena de Meyerhold a la que asistió Benjamin fue estrenada el 19 de enero de 1924.

me con Basseches<sup>93</sup>. Anduvimos un trecho juntos, y ya eran las tres y media cuando por fin llegué al Dom Gerzena. Reich llegó todavía más tarde, cuando yo ya había acabado de comer. Volví a pedir café, como ya había hecho en otra ocasión, y me juré no volver a probarlo. Por la tarde hubo una partida de dominó, a cuatro, jugando yo con Asia por primera vez y ganando brillantemente a Reich y a la compañera de habitación. Con ésta me encontré yo luego en el Teatro Meyerhold mientras Reich iba a la sesión de la «Vapp». Para entenderse conmigo estuvo hablando en yiddish. Con algo más de práctica, la cosa hubiera funcionado, pero, de momento, no me sirvió de mucho. La velada me fatigó bastante, pues ya fuese por un malentendido, o también, posiblemente, debido a su impuntualidad, llegamos demasiado tarde, por lo que el primer acto lo tuvimos que ver de pie, en las gradas. A esto se añadía el ruso. Asia no se durmió hasta que no llegó su compañera de habitación. Aunque luego, según me contó al día siguiente, la respiración regular de ésta la había hecho dormirse. La famosa escena de la armónica en *Lies*<sup>94</sup> es realmente muy bella, pero la imagen que me había formado de ella a partir del relato de Asia era ya tan maravillosamente sentimental y romántica, que necesité algún tiempo para familiarizarme con la realidad escénica de este episodio. La obra, por lo demás, está llena de las ideas más maravillosas: la interpretación del comediante excéntrico que pesca con caña, creando la ilusión de los coletazos del pez con la mímica de las contracciones de la mano; la escena de amor que tiene lugar en los pasos de gigante y toda la actuación sobre la pasarela que va desde un andamio al escenario. Por primera vez entendí claramente la función de la disposición constructivista de la escena, y de una forma mucho más clara que cuando Tairoff<sup>95</sup> actuó en Berlín, por no hablar de lo que había visto, por ejemplo, en fotografía.

<sup>93</sup> Nikolaus Basseches (1895-1961), ingeniero y periodista ruso.

<sup>94</sup> En la versión original de *Les* no hay ninguna «escena de la armónica». La escena digna de tal nombre surgió como resultado de la adaptación de Meyerhold. Con independencia de la adición de la armónica, esta escena responde a la que tiene lugar entre Piotr y Axinia (acto 4.º, escena 5.ª).

<sup>95</sup> La compañía teatral de Tairov actuó en Berlín en 1923.



Algo acerca de mi habitación. Todos los muebles llevan una chapa en la que pone: «Hostelería de Moscú», y luego, el número del inventario. Todos los hoteles pertenecen a la administración estatal (¿o, tal vez, municipal?). Las ventanas dobles de mi habitación, ahora, en invierno, están hermetizadas con masilla. Sólo se puede abrir una trampilla que hay en lo alto. El pequeño lavabo es de chapa, esmaltado por debajo y muy pulido por arriba, y con un espejo. La pila tiene un desagüe en el fondo que no se puede tapar. Hay un grifo del que sale un hilillo de agua. La pieza se caldea desde fuera de ella, pero, debido a un especial emplazamiento de la habitación, también está caliente el suelo, por lo que, cuando el frío es moderado y el ventanuco está cerrado, el calor se hace agobiante. Por la mañana, antes de las 9, cuando ya han encendido la calefacción, un empleado llama siempre a la puerta preguntando si está cerrada también la trampilla. Es lo único de lo que uno puede estar aquí seguro. El hotel no tiene cocina, por lo que ni siquiera se puede pedir una taza de té. Y una vez que pedimos que nos despertasen, la vispera del día en que fuimos a ver a Daga, entre el *schweitzer* \* (este es el nombre ruso de los empleados de hotel) y Reich tuvo lugar una conversación shakespeariana sobre el tema «despertar». A la pregunta de si nos podrían despertar, el hombre respondió: «Si pensamos en ello, les despertaremos. Pero si no pensamos en ello, no les despertaremos. La verdad es que, por lo general, solemos pensar en ello, y entonces despertamos. Pero claro, a veces nos olvidamos; cuando no pensamos en ello<sup>96</sup>. Y entonces no despertamos. No tenemos obligación de hacerlo, pero si nos acordamos a tiempo, pues lo hacemos. ¿Cuándo quieren que les despertemos? A las siete. Lo apuntaremos. Aquí dejo la nota, como pueden ver; ¿la verá él? Porque, si no la ve, lógicamente no le despertará. Pero la mayoría de las veces despertamos.» Al final, lógicamente, no nos despertaron, diciéndonos después: «Es que como ya estaban Vds. despiertos, ¿cómo les íbamos a despertar?» Parece que en el hotel hay un montón de «suizos» así. Se alojan en un cuartito de la planta baja. Hace poco, Reich preguntó si había llegado alguna carta para mí. El hombre dijo que no, a pesar de

<sup>96</sup> Cuando no pensamos... pues lo hacemos: Ver GS IV, 329-330: «Einmal muss ich... wecken wir ja».

\* «Suizo», en alemán [N. de la T.].

tener las cartas delante de sus narices. Otra vez alguien trató de localizarme por teléfono en el hotel, le dijeron: «Ya no vive aquí.» El teléfono está en el pasillo y desde la cama puedo oír a menudo conversaciones en voz alta hasta pasada la una de la madrugada. La cama tiene un gran hoyo en el medio y cruje al menor movimiento. Teniendo en cuenta que Reich ronca a menudo por la noche tan fuerte que me despierta, me resultaría muy difícil dormir si no fuese porque siempre me acuesto muerto de cansancio. A la hora de la siesta suelo quedarme aquí dormido. La cuenta hay que pagarla a diario, pues a toda suma que pase de los 5 rublos se le carga un impuesto del 10%. Es obvio el increíble derroche de tiempo y energías que esto supone. Reich y Asia se habían encontrado en la calle y llegaron juntos. Asia se sentía mal y había cancelado su cita con Birse para la noche. Querían quedarse en mi habitación. Ella se había traído la tela y salimos. La llevé a la modista antes de ir al Museo del Juguete. De camino, entramos en una relojería. Asia entregó mi reloj. El relojero era un judío que sabía alemán. Después de despedirme de Asia tomé un trineo para ir al museo. Temía llegar demasiado tarde, pues aún no me he acostumbrado a la noción que los rusos tienen del tiempo. Visita al museo acompañado de un guía. El director, tov.<sup>97</sup> Bartram, me regaló su obra *Del juguete al teatro infantil*, que sería mi regalo de Navidad para Asia. Luego, a la Academia; pero Kogan se había ausentado. Me había apostado en la parada del autobús para regresar, cuando vi una puerta abierta con el letrero de «Museo», no tardando en averiguar que me hallaba ante la «segunda colección del nuevo arte occidental». Aquel museo no figuraba en mi plan de visitas, pero, como lo tenía delante, entré. Ante un cuadro extraordinariamente bello de Cézanne me vino a la cabeza la idea de hasta qué punto es incluso lingüísticamente erróneo el uso del término «*Einfühlung*» \*. Me pareció que, por mucho que se abarque una pintura, no por ello se penetra en su espacio; sucede más bien que el espacio se expande primariamente en algunos puntos concretos y diferentes, abriéndose en ángulos y rincones donde creemos poder localizar importantes experiencias del pasado; en esos puntos hay algo inexplicablemente conocido. Este cuadro se ha-

<sup>97</sup> Abreviatura de *tovarishch*: compañero/camarada.

\* Vocablo alemán utilizado en la estética, y comúnmente traducido por «emopatia» o «empatía», para significar la participación afectiva de un sujeto en algo exterior a él [N. de la T.].

llaba en la pared central de la primera sala de las dos dedicadas a Cézanne, justo enfrente de la ventana, a plena luz. Representaba una carretera a través de un bosque. En uno de sus lados aparece un grupo de casas. No tan extraordinaria como la de Cézanne es la colección de Renoir de este museo. En ella hay, no obstante, cuadros muy bellos también, sobre todo de su primera época. Pero lo que más me impresionó de las primeras salas fueron, ante todo, dos cuadros de los bulevares de París, colgados uno frente al otro, como haciendo juego. El uno es de Pissarro, y el otro, de Monet. Ambos representan la ancha calle desde un lugar elevado que, en el primero, se sitúa en el centro y, en el segundo, en un lateral. La posición es tan lateral, que las siluetas de dos señores asomados a la calle tras las rejas de un balcón se introducen lateralmente en el cuadro como si estuviesen casi pegados a la ventana desde la cual se está pintando. Y mientras que la mayor parte de la superficie del cuadro de Pissarro aparece cubierta por el gris del asfalto, transitado por un gran número de carruajes, en el de Monet está ocupada en su mitad por la pared luminosa de una casa que resplandece entre árboles de color amarillo otoñal. Al pie de la casa, casi tapadas enteramente por el follaje, se adivinan las sillas y mesas de un café, que parecen muebles rústicos en medio de un bosque soleado. Pero Pissarro refleja lo que da fama a París, la línea de los tejados cubiertos de chimeneas. Sentí su nostalgia de esta ciudad. En un gabinete de la parte posterior, junto a dibujos de Louis Legrand y de Degas, un cuadro de Odilon Redón. Tras el viaje en autobús comenzó un largo vagar hasta alcanzar, una hora después de lo acordado, la tabernita donde me había citado con Reich. Como ya eran cerca de las cuatro tuvimos que separarnos en seguida, quedando en encontrarnos en la gran tienda de alimentación de la Tverskaya. Sólo faltaban unas horas para la Nochebuena, y la tienda estaba abarrotada de gente. Cuando estábamos comprando carniar, salmón y fruta, nos encontramos con Basseches, cargado de paquetes. De un humor muy bueno. El de Reich, en cambio, era malo. Estaba muy enfadado por mi retraso, y el pez chino de papel que había comprado por la mañana en la calle y que me veía obligado a arrastrar conmigo, junto con todas las otras cosas, como testimonio de mi manía de coleccionar no sirvió precisamente para ponerle de mejor humor. Al final habíamos comprado también tarta y dulces, así como un arbolito adornado con lazos, y con todo ello me fui a casa en trineo. Ya hacía rato que había anochecido. El avanzar por entre tanta gente, cargado con

el árbol y con los paquetes, me había fatigado. Ya en mi habitación, me eché en la cama, leí a Proust y comí nueces azucaradas de las que habíamos comprado porque le gustan a Asia. Pasadas las siete llegó Reich, y algo más tarde Asia. Se pasó toda la velada echada en la cama, y sentado en una silla, a su lado, Reich. [Cuando], después de mucho esperar, llegó también un samovar<sup>98</sup> —al principio lo habíamos pedido inútilmente, pues, al parecer, un huésped los había encerrado todos en la habitación y se había marchado—, y cuando su murmullo me llenó con la sensación de estar en una habitación rusa y pude contemplar, muy de cerca, el rostro de Asia, que estaba tumbada enfrente, sólo entonces, por primera vez desde hacía muchos años, sentí calor en la Nochebuena cerca del pequeño abeto metido en el tiesto. Hablamos del trabajo que Asia debería aceptar, y, luego, de mi libro acerca de la tragedia; leí con voz alta el prólogo, dirigido contra la Universidad de Francfort<sup>99</sup>. Para mí puede

<sup>98</sup> Tetera tradicional rusa que se calienta con carbón vegetal.

<sup>99</sup> Como es sabido, Benjamin quería opositar a una cátedra de la Universidad de Francfort con su trabajo de investigación *Ursprung des deutschen Trauerspiels* (Berlín, 1928), pero tuvo que retirar su trabajo ante su previsible rechazo. El prólogo de cuya lectura habla aquí Benjamin no es el «Erkenntniskritische Vorrede» del libro sobre la tragedia, sino una nota preliminar incluida en la versión impresa del libro que describe en forma de «cuento» del «espinoso» contacto de Benjamin con la «ciencia» institucionalizada:

«Ich möchte das Märchen vom Dornröschen zum zweiten Male erzählen.

Es schläft in seiner Dornenhecke. Und dann, nach so und so viel Jahren wird es wach.

Aber nicht vom Kuss eines glücklichen Prinzen.

Der Koch hat es aufgeweckt, als er dem Küchenjungen die Ohrfeige gab, die, schallend von der aufgesparten Kraft so vieler Jahre, durch das Schloss hallte.

Ein schönes Kind schläft hinter der dornigen Hecke der folgenden Seiten.

Dass nur kein Glücksprinz im blendenden Rüstzeug der Wissenschaft ihm nahe kommt. Denn im bräutlichen Kuss wird es zubeissen.

Vielmehr hat sich der Autor, es zu wecken, als Küchenmeister selber vorbehalten. Zu lange ist schon die Ohrfeige fällig, die schallend durch die Halle der Wissenschaft gellen soll. Dann wird auch diese arme Wahrheit erwachen, die am altmodischen Spinnrocken sich gestochen hat, als sie, verbotnerweise, in der Rumpelkammer einen Professorentalar sich zu weben gedacht.» (*Briefe*, 418).

[Descaría contar, por segunda vez, el cuento de la Bella Durmiente.

Duerme en su seto de zarzas. Y luego, al cabo de equis años, se despierta.

Pero no la despierta el beso de un príncipe feliz.

La ha despertado el cocinero al darle al pinche la sonora bofetada que retumbó por todo el palacio con la fuerza acumulada durante tantos años. Una hermosa criatura duerme tras el seto espinoso de las páginas siguientes.

Que no se le acerque ningún príncipe azul pertrechado con las deslumbrantes armas de la ciencia. Pues, al darle el beso, le ha de clavar los dientes.

llegar a ser importante el que Asia dijera que, a pesar de todo, tengo que escribir: rechazado por la Universidad de Francfort del Meno. Esa noche nos sentimos muy unidos. Asia se rió mucho de algunas cosas que le dije. Y otras, tales como la idea de escribir un artículo sobre la filosofía alemana como instrumento de la política interior de Alemania, la animó a manifestar impetuosamente su conformidad. No acababa de decidirse a marchar; se sentía bien y cansada. Pero finalmente se fue cuando aún no eran las once. Yo me acosté en seguida, pues, a pesar de haber sido tan breve, mi noche estaba cumplida. Comprendí que la soledad no existe para nosotros cuando la persona que amamos está también sola, aunque se encuentre en un lugar diferente donde no podemos alcanzarla. Parece, pues, que en el fondo el sentimiento de soledad es un fenómeno reflexivo que sólo nos afecta cuando refleja sobre nosotros a personas conocidas —la mayoría de las veces, a personas que amamos— divirtiéndose en compañía de otros, sin nosotros. E incluso el que está solo en la vida, sólo lo está al pensar en la mujer, aunque sea desconocida, o en una persona que no está sola y en cuya compañía tampoco se encuentra él.

#### 25 DE DICIEMBRE

Me he resignado a arreglármelas con el poco ruso que soy capaz de chapurrear y a no seguir estudiándolo de momento, pues necesito demasiado mi tiempo aquí para otras cosas: para traducir y para escribir artículos. Si vuelvo otra vez a Rusia, no podré hacerlo sin algunos conocimientos lingüísticos que habría de adquirir previamente. Pero como de momento no estoy planeando ninguna ofensiva para el futuro, aún no tengo plena seguridad de ello: en otras circunstancias todavía más desfavorables que las presentes, tal vez me resultase demasiado difícil. Un segundo viaje a Rusia debería cimentarse, por lo menos, en un contexto literario y económico. El desconocimiento del ruso nunca me había resultado tan molesto y torturante como el día

---

Es, antes bien, el autor quien, como jefe de cocina, se ha reservado para sí el derecho de despertarla. Ya va siendo hora de que la bofetada resuene por las estancias de la ciencia. Entonces despertara también esa pobre verdad que se pincho con la anticuada ruela cuando se disponía, indebidamente, a tejerse en el desvan un talar profesoral.]

de Navidad. Estuvimos comiendo en casa de la compañera de habitación de Asia: yo había dado el dinero para comprar un ganso, lo cual había sido, unos días antes, motivo de disputa entre Asia y yo. Por fin nos trajeron el ganso, servido ya en los platos, en raciones individuales. Estaba mal cocido, duro. Comimos en un escritorio en torno al cual nos encontrábamos unas seis u ocho personas. No hablaban nada más que ruso. La entrada, un pescado frío al estilo judío, estuvo muy buena, y también la sopa. Después de comer, yo me retiré a la habitación contigua y me dormí. Luego permanecí aún despierto un rato, echado en el sofá, sintiéndome muy triste; como luego me ha sucedido con tanta frecuencia, se me aparecieron imágenes de la época en que, siendo estudiante, me marché de Múnich a Seeshaupt. Más tarde, Reich y Asia intentaron traducirme, en ocasiones, retazos de la conversación, pero eso sólo sirvió para hacer que me sintiera doblemente fatigado. Hablaron durante un rato <sup>100</sup> de un general que había pertenecido en otro tiempo a la Guardia Blanca y que mandó ahorcar a todos los soldados del Ejército Rojo que había hecho prisioneros en la guerra civil, y que ahora era profesor en la Academia Militar. Discutieron acerca de cómo habría que juzgar esto. La más ortodoxa y fanática a lo largo de la conversación fue una joven búlgara. Por fin nos marchamos: Reich, delante, con la búlgara, seguidos por Asia y por mí. Yo estaba completamente agotado. Ese día no había tranvías. Y como nosotros, Reich y yo, no podíamos ir con ellas en autobús, no nos quedó otro remedio que hacer a pie el largo trayecto hasta el segundo Michad <sup>101</sup>. Reich quería ver la *Orestiada* para completar su material acerca de «La contrarrevolución en la escena». Nuestras localidades se hallaban en el centro de la segunda fila. Nada más entrar en la sala, percibí olor a perfume. No vi a un solo comunista con blusón azul, y sí a algunos que podrían encontrar acogida en cualquier álbum de George Grosz. La obra respondía enteramente al estilo de un teatro cortesano completamente apollinado. El director carecía no sólo de toda posible capacidad profesional, sino también de la reserva más elemental de información imprescindible para abordar una tragedia de Esquilo. Su escasa imaginación parece estar ocupada enteramente por un

---

<sup>100</sup> Hablaron durante un rato de la Guardia Blanca. Ver GS IV, 326 «So wurde Umstande hangen»

<sup>101</sup> El segundo estudio del Teatro Academico de Artistas de Moscú (Moskovski Chudozhestvennyi Teatr, abreviado como MCHAT)

descolorido helenismo de salón. La música sonó casi ininterrumpidamente, predominando, entre otras cosas, Wagner: *Tristán*, el fuego mágico.

26 DE DICIEMBRE

La estancia de Asia en el sanatorio parece tocar a su fin. El haber estado tumbada al aire libre durante los últimos días, le ha sentado bien. Le encanta estar echada dentro del saco y oír los graznidos de los cuervos en el aire. Está convencida de que los pájaros están perfectamente organizados, siendo informados por su jefe de lo que han de hacer; dice que ciertos graznidos precedidos de una larga pausa son las órdenes que todos han de obedecer. En los últimos días, apenas he podido hablar a solas con Asia, pero en las escasas palabras que intercambiamos creo sentir la tan unida a mí, que me siento tranquilizado y bien de ánimo. Apenas sé de nada que ejerza un efecto tan intensamente curativo sobre mí como las preguntas más insignificantes que ella me hace acerca de mis asuntos. Cierto es que no lo hace muy a menudo. Pero aquel día, por ejemplo, quiso saber en mitad de la comida, durante la que, por lo demás, sólo se habló ruso, qué cartas había recibido el día anterior. Antes de comer habíamos jugado al dominó, formando tres equipos. Después de la comida, la cosa marchó, sin embargo, mucho mejor que el día anterior. Cantaron adaptaciones comunistas (aunque apenas se trataba de parodias, como yo creí) de canciones en yiddish. Parece que, excepto Asia, todos los que nos encontrábamos en la habitación éramos judíos. Había también un secretario sindical de Vladivostok que había venido aquí, a Moscú, para asistir al VII Congreso Sindical. En torno a la mesa se había reunido, pues, toda una colección de judíos, desde Berlín hasta Vladivostok. A Asia le llevamos a casa antes de la hora. Luego invité a Reich a tomar una taza de café antes de ir a casa. Éste empezó a decir que cuanto más mira a su alrededor, más le parece que los niños son como una gran plaga. En casa de la camarada estaba también de visita un niño pequeño, muy obediente, por cierto, pero que al final, cuando estábamos todos jugando al dominó y ya llevábamos dos horas esperando la comida, se había puesto a llorar. Pero en quien Reich pensaba en realidad era en Daga. Habló de las angustias crónicas de Asia, relacionadas con Daga la mayoría de las veces, y volvió a referirme toda la historia de su estancia en

Moscú. Yo ya había admirado frecuentemente su gran paciencia en el trato con ella. Y lo que ahora manifestaba no era ninguna clase de disgusto o resentimiento, sino simplemente la tensión acumulada, de la cual se descargó en su conversación conmigo. Lamentaba que, justamente ahora, cuando para ella todo depende de dejar que las cosas sigan su curso y ver qué pasa, el «egoísmo» de Asia fallara. La inquietud por su futura residencia, la idea del traslado que posiblemente tendría que afrontar, era algo que la atormentaba. En el fondo, sus aspiraciones actuales se centran en unas semanas de tranquila y cómoda existencia burguesa que, lógicamente, tampoco Reich le puede proporcionar en Moscú. La verdad es que yo no había notado su inquietud. No la percibiría hasta el día siguiente.

27 DE DICIEMBRE

La habitación de Asia en el sanatorio. Estamos allí casi a diario desde las cuatro hasta la siete. Generalmente, hacia las cinco, una paciente se dedica a tocar la cítara en una habitación vecina durante una o media hora. Nunca toca otra cosa que unos tristes acordes. La música no está nada a tono con esas frías paredes. Pero a Asia no parece molestarle demasiado ese punteo tan monótono. Cuando llegamos, ella suele estar, normalmente, echada en la cama. Frente a ella, sobre una mesita, hay leche, pan y un plato con azúcar y huevos, que, por lo general, comparte con Reich. Este día le dio uno para mí, escribiendo en él «Benjamin». Encima del vestido, Asia lleva una bata del sanatorio de lana gris. Por lo demás, en la parte más confortable de la habitación, reservada a ella, hay tres sillas de diferentes tipos, entre las cuales se encuentra el sillón hondo en el que suelo sentarme casi siempre, y también una mesita de noche con revistas, libros, medicamentos, un pequeño cuenco de colores, probablemente suyo, la *cold cream* que le traje de Berlín, un espejo de mano que le regalé en una ocasión y, durante algún tiempo, también estuvo encima el esbozo para la cubierta de *Einbahnstrasse* que me hizo Stone. Asia trabaja a menudo en una blusa que quiere confeccionarse sacando hilos de una tela. Focos luminosos de las calles moscovitas<sup>102</sup>. Son: la nieve, que refleja la

<sup>102</sup> Focos luminosos de las... para desplazarse (marc.): Ver: GS IV, 319: «Aber in Moskau... durchs Dunkel».

iluminación hasta tal punto, que casi todas las calles tienen claridad; las potentes lámparas de carburo de los tenderetes y los faros deslumbrantes de los automóviles, que emiten su luz por las calles hasta cientos de metros de distancia. En otras grandes ciudades, los coches tienen prohibido llevar estas luces: aquí no se les ocurre nada más atractivo que esta acentuación tan descarada de los pocos vehículos que, puestos al servicio de algunos «Nep» (y, por supuesto, también de los gobernantes), superan la dificultad general para desplazarse. Sobre este día son pocas las cosas importantes que reseñar. Por la mañana, trabajando en casa. Después de comer estuve jugando con Reich al ajedrez; me venció en dos partidas. Este día, Asia estaba de peor humor, poniéndose de manifiesto mucho más claramente de lo que yo había podido observar hasta entonces esa agudeza malévolamente que ha de hacer tan convincente su interpretación de *Hedda Gabler*. Ni siquiera toleró la menor pregunta sobre su estado de salud. Al final no quedó otro remedio que dejarla sola. Pero nuestra esperanza —mía y de Reich— de que nos siguiera para jugar al dominó no se cumplió. En vano nos dábamos la vuelta cada vez que entraba alguien en la sala de juegos. Después de la partida volvimos a su habitación, pero yo no tardé en regresar a la sala de juegos con un libro, para no reaparecer sino hasta poco antes de las siete. Asia me despidió de un modo muy desagradable, pero luego me mandó, por medio de Reich, un huevo en el que había escrito «Benjamin». Aún no hacía mucho que habíamos llegado a mi habitación, cuando entró ella. Su humor se había transformado; volvía a ver las cosas de una forma más positiva y, sin duda, lamentaba su comportamiento de por la tarde. Pero, si doy un repaso general a los últimos tiempos, creo que su mejoría, al menos la del estado de sus nervios, apenas ha progresado desde que llegué. Por la noche, Reich y yo mantuvimos una larga conversación acerca de mi actividad literaria y sobre el rumbo que había de tomar en el futuro. Me dijo que yo acabo las cosas en un estadio demasiado tardío. Dentro del mismo orden de cosas expresó con mucho acierto la idea de que, en la literatura importante, la proporción entre el número de frases y la cantidad de frases sustanciales y pregnantes formuladas es, aproximadamente, de 1:30; en mi caso, de 1:2. Todo eso es cierto. (Y esto último tal vez sea el residuo de la fuerte influencia que en otro tiempo ejerciera Philipp Keller sobre mí<sup>103</sup>.) Tuve, sin embargo,

<sup>103</sup> Benjamin conocía a Philipp Keller de sus tiempos de estudiante en Fribur-

que oponerle algunas ideas de las que nunca he dudado desde que escribiera, hace ya tanto tiempo, aquel trabajo sobre «*Sprache überhaupt und die Sprache des Menschen*»<sup>104\*</sup>: le llamé la atención sobre la polaridad de toda entidad lingüística: ser a un tiempo expresión y comunicación. Aquí hubo de salir a colación lo que tantas veces hemos discutido acerca de la «destrucción de la lengua» como una tendencia de la literatura rusa actual. Pues la formación despreocupada del comunicante respecto a la lengua conduce necesariamente a su destrucción. Y, por otra vía, la exaltación a lo absoluto de su carácter expresivo acaba en algo parejo al silencio místico. La tendencia más actual de las dos me parece ser en este momento la dirigida a la comunicación. Pero, de alguna forma, siempre es necesario encontrar una fórmula de compromiso. Reconocí, no obstante, la situación crítica en que se encuentra mi propia condición de autor. Le dije que, dado que sólo me podrían hacer avanzar realmente tareas y dificultades concretas, y no meras convicciones, ni tampoco decisiones abstractas, en este sentido no veo ninguna salida. Aunque, en este punto, me llamó la atención sobre mis descripciones de ciudades. Esto fue para mí muy alentador. Empecé a pensar de una forma más optimista en una posible caracterización de Moscú. Para concluir, le estuve leyendo mi retrato de Karl Kraus<sup>105</sup>, pues también habíamos estado hablando de él.

28 DE DICIEMBRE

Creo que en ninguna ciudad hay tantos relojeros<sup>106</sup> como en Moscú. Cosa tanto más extraña cuanto que la gente aquí no se

go. Acerca de su relación de entonces ver *Briefe*, 51-52: «Ich bin der Gegenpol von Keller und befreie die Leute von ihm, nachdem ich mich selbst von ihm befreite. Ich kann dies nur, weil ich ihn achte - als Künstler (nicht als Bohémien, denn das ist er nicht)».

[Yo soy el polo opuesto de Keller, y libero a la gente de él después de haberme liberado de él yo mismo. Si lo puedo hacer es porque lo respeto - como artista (no como bohemio, cosa que él no es).]

<sup>104</sup> «*Sprache überhaupt und die Sprache des Menschen*»: Extenso trabajo de Benjamin sobre teoría del lenguaje de 1916, no publicado en vida. (GS II, 140-157).

\* «La lengua en general y el lenguaje humano [N de la T.].

<sup>105</sup> Ver el retrato escrito en 1926, «Krügerdenkmal», en *Einbahnstrasse* (GS IV, 121).

<sup>106</sup> *Creo que... alta autoridad*: Ver: GS IV, 329: «Seit jeher... den Russen».

toma el tiempo demasiado en serio. Pero deben existir razones históricas. Si se observa cómo se mueven por la calle, rara vez se verá a nadie con prisas; tendría que estar haciendo muchísimo frío. Andan en serpentinas por pura rutina. (Algo muy significativo, según me contó Reich, es el que en un club haya un letrero en la pared en el que, a modo de advertencia, aparece lo siguiente: Lenin dijo que el tiempo es dinero. Para expresar una banalidad como ésa han tenido que recurrir, pues, a la más alta autoridad.) Este día fui a recoger mi reloj, que ya estaba arreglado. Por la mañana nevó, y también cayó a menudo nieve a lo largo del día. Luego hubo algo de deshielo. Comprendo que Asia echase de menos la nieve cuando estaba en Berlín y que sufriera al ver el asfalto desnudo. El invierno va aquí cubierto de una espesa piel de nieve, del mismo modo que un campesino se cubre con la lana blanca de oveja. Por la mañana nos despertamos tarde y luego fuimos a la habitación de Reich, un trozo de casa pequeño-burguesa de las peores que uno pueda imaginarse. Apenas se puede respirar de la asfixia que produce el contemplar los cientos de pañitos, consolas, muebles tapizados y cortinas; el aire debe de estar lleno de polvo. En uno de los rincones de la ventana había un árbol de Navidad muy alto. Y hasta él era feo, con sus ramas descarnadas y un muñeco de nieve informe a modo de corona. El fatigoso camino desde la parada del tranvía y el susto que me produjo esta habitación me hicieron perder la visión de conjunto de la situación, llevándome a aceptar, de forma precipitada, la propuesta de Reich de irme a vivir con él a aquella habitación. Esas habitaciones pequeño-burguesas son como campos de batalla por los que ha pasado, victoriosa, la devastadora embestida del capital mercantil, impidiendo que en ellas pueda desarrollarse nada que sea humano. Pero teniendo en cuenta mi inclinación por las cavernas, tal vez no me costase demasiado realizar mi trabajo en esta pieza. Habrá que plantearse la conveniencia de renunciar a la excelente posición estratégica de mi habitación actual o conservarla al precio, incluso, de reducir el contacto diario con Reich, tan importante para mí por la información que me proporciona. Anduvimos luego largo rato por las calles de las afueras: me quería enseñar una fábrica en la que producen principalmente adornos navideños. La «pradera de la arquitectura»<sup>107</sup>, como Reich ha llamado a Moscú, tiene en estas

<sup>107</sup> La «pradera de la arquitectura»... de Lucca, por ejemplo (marc.): Ver: GS IV, 344: «In den Vorstadtstrassen... das überwintert»; ver también p. 345.

calles un carácter todavía más agreste que en el centro. A ambos lados de la amplia avenida, los edificios del estilo de las casas rústicas de madera alternan con hotelitos modernistas o con la sombría fachada de una casa de seis plantas. La capa de nieve era muy alta, y de pronto se hizo un silencio tal, que uno podría haber creído hallarse en un pueblo del interior de Rusia pasando el invierno. Tras una hilera de árboles había una iglesia de cúpulas azules y doradas, y, como siempre, con las ventanas del muro que da a la calle enrejadas. Las iglesias de aquí todavía conservan, por cierto, en la fachada imágenes de santos como las que, en Italia, sólo se pueden ver ya en las más antiguas. (En la de Sto. Freginiano de Lucca<sup>108</sup>, por ejemplo.) Casualmente, la obrera se había ausentado, por lo que no pudimos visitar la fábrica. Nos separamos muy pronto. Yo bajé por el Kusnetski-Most<sup>109</sup> mirando librerías. En esta calle se encuentra la librería más grande de Moscú (a juzgar por su aspecto). En los escaparates vi también literatura extranjera, pero a unos precios escandalosos. Los libros rusos puede decirse que, casi sin excepción, sólo salen al mercado sin encuadernar. El papel, principalmente importado, es aquí tres veces más caro que en Alemania, y, por lo que vi, ahorran en la confección tipográfica de los libros. Me compré en el camino —después de haber ido al banco a cambiar dinero— una empanada caliente de esas que venden por todas partes en la calle. No había dado nada más que unos pasos, cuando un niño se [me] vino encima; le di un trozo una vez que pude entender que no era dinero lo que quería, sino pan. Al mediodía le gané a Reich la partida de ajedrez. La tarde, con Asia, tan insípida como todos estos últimos días; teniendo en cuenta que Asia se encuentra muy apática debido a sus angustias, cometí el gran error de defender a Reich de algunos reproches bastante necios. Me dijo que al día siguiente iría solo a ver a Asia. Por la noche, en cambio, pareció querer comportarse con mucha amabilidad. Ya se había hecho demasiado tarde para ir al ensayo general de la obra de Ilesh, tal como lo habíamos planeado, y, dado que Asia no vino ya, nos fuimos a ver un «juicio»<sup>110</sup> al Club Krestanski<sup>111</sup>. Cuando llegamos allí eran las ocho y media, y nos dijeron que había empezado hacía ya una hora. La sala estaba repleta y no dejaban

<sup>108</sup> San Frediano, construida en 1112 y 1147.

<sup>109</sup> Kusnetski-Most: Puente de la Herrería.

<sup>110</sup> Nos fuimos... en el campo: Ver: GS IV, 342: «Bisweilen gibt... errichten, hin».

<sup>111</sup> Krestanski-Club: club de campesinos (en la Plaza Trubnaya).

entrar a nadie. Pero una mujer muy lista se aprovechó de mi presencia. Al darse cuenta de que yo era extranjero, nos presentó a mi y a Reich como a unos extranjeros con los que iba de guía, consiguiendo de esta manera un sitio para mí y para ella. Entramos en una sala tapizada de rojo, con capacidad para unas trescientas personas. Estaba llena a rebosar y muchos estaban de pie. En un nicho, un busto de Lenin. La vista tenía lugar en el estrado del escenario, flanqueado a derecha y a izquierda por figuras de proletarios pintadas: un campesino y un obrero industrial. En la parte superior del marco del escenario, los emblemas soviéticos. Cuando entramos nosotros, ya había finalizado la proposición de la prueba; un perito había tomado la palabra. Estaba sentado con su compañero en una mesita, frente a la mesa del defensor, dando ambas hacia el lado más estrecho del escenario. La mesa del tribunal estaba cara al público, y sentada ante ella, en una silla, con un bastón muy grueso entre las manos, la acusada, una campesina. Todos los actuantes iban bien vestidos. La acusación era de curanderismo con consecuencias mortales. La campesina había intervenido en un parto (o un aborto) causando por error el desgraciado desenlace. La argumentación se movía por derroteros sumamente primitivos en torno al incidente. El perito presentó su informe: la culpa de la muerte de la mujer sólo era imputable a la intervención. El defensor pronunció su alegato de defensa: la no existencia de mala voluntad; en el campo se carece de ayuda e información sanitarias. El fiscal pidió la pena de muerte. Última palabra de la campesina: la gente siempre se muere. A continuación, el presidente del tribunal se dirige al público: ¿alguna pregunta? Aparece en el estrado un *komsomolz* que aboga por un castigo muy severo. El tribunal se retira luego a deliberar; hay un descanso. La lectura de la sentencia la escuchan todos puestos en pie. Dos años de prisión por reconocerse la existencia de atenuantes. Razón por la que se prescinde del aislamiento celular. El presidente, por su parte, alude a la necesidad de crear en el campo centros de previsión y educación higiénica. La gente se dispersa. Nunca hasta ese momento había visto congregado en Moscú a un público tan sencillo. Entre los asistentes había, probablemente, muchos campesinos, ya que este club se halla especialmente al servicio de los campesinos. Me enseñaron las dependencias. En la sala de lectura <sup>112</sup> me llamó la atención,

<sup>112</sup> *En la sala de lectura... en la ciudad*: Ver: GS IV, 347: «Auch in dem... Stadt bekommen haben».

al igual que en el sanatorio infantil, el hecho de que las paredes estuviesen enteramente cubiertas de material visual, que aquí lo constituían, sobre todo, estadísticas elaboradas por los propios campesinos e ilustradas, en parte, con dibujitos de colores (crónicas aldeanas, desarrollo agrario, estado de la producción e instituciones culturales era lo que allí aparecía consignado), aunque también habían expuesto en todas las paredes piezas de herramientas y de maquinaria, retortas con productos químicos, etc. Movido por la curiosidad me acerqué a una consola desde la que sonreían burlescamente dos máscaras de negros. Pero que luego, de cerca, resultaron ser mascarillas de gas. También me condujeron, por último, a los dormitorios del club. Éste ha sido pensado para el uso de campesinos y campesinas que, en grupos individuales o en grandes grupos, hacen una *kommandirovka* <sup>113</sup> en la ciudad. En las habitaciones grandes hay, por lo general, seis camas; por la noche, cada uno deja la ropa encima de la suya. Los cuartos de aseo deben de estar en otro sitio. En las habitaciones mismas no hay lavabos. En las paredes hay fotos de Lenin, Kalinin, Rykov y otros. El culto con fotos de Lenin <sup>114</sup>, en particular, llega aquí a extremos insospechados. En el Kusnetski-Most hay una tienda especializada en este artículo, siendo posible adquirirlo en todos los tamaños, posturas y material. En la sala de recreo del club, donde en ese momento podía escucharse un concierto radiofónico, hay un cuadro en relieve, muy expresivo; en el que aparece un orador en tamaño natural, hasta la cintura. Pero también en las cocinas, en los roperos, etc., de los centros públicos hay siempre alguna foto suya más modesta. El edificio tiene capacidad para más de cuatrocientos huéspedes. En la compañía cada vez más molesta de la guía que nos había ayudado a entrar salimos de allí, decidiendo, cuando por fin nos quedamos solos, buscar aún una *pivnaya* <sup>115</sup> en la que en ese momento ofrecían un espectáculo. Cuando nosotros entrábamos, nos encontramos con gente en la puerta que trataba de sacar a un borracho. En el local, que a pesar de no ser excesivamente grande no estaba del todo lleno, había algunas personas, solas o en grupos pequeños, tomando cerveza. Nos sentamos muy cerca del estrado de tarima, cerrado por detrás por un prado dulzonamente difuminado,

<sup>113</sup> Comisión de servicio; viaje de servicio prolongado.

<sup>114</sup> *El culto con fotos... más modesta* (marc.): Ver: GS IV, 348: «Schon heute... Wäschekammern, Vorratsräumen».

<sup>115</sup> Cervecería.

con un pedacito de ruina que parecía deshacerse en el aire. Pero este telón no daba para cubrir toda la longitud del escenario. Después de dos números musicales <sup>116</sup> venía la atracción principal de la noche, una *inszenirovka*: material adaptado al teatro pero que, en el fondo, proviene de un ámbito distinto, del épico o del lírico. En ella parecía darse el marco dramático idóneo para un sinfín de canciones de amor y campesinas. Primero salió una mujer sola escuchando a un pájaro. Luego salió de entre bastidores un hombre, y así sucesivamente hasta llenar todo el escenario, acabando la cosa en un canto coral acompañado de baile. Todo esto no se diferenciaba demasiado de una entretenida reunión familiar, pero, en la realidad, la desaparición de tales actos probablemente los hace aún más atractivos en el escenario para el pequeñoburgués. Para tomar con la cerveza hay cosas de comer muy peculiares: diminutos trocitos de pan blanco seco, pan negro con una costra de sal y guisantes secos en agua salada.

29 DE DICIEMBRE

Rusia empieza a tomar forma <sup>117</sup> para el hombre del pueblo. Se anuncia una gran película propagandística: *La sexta parte del mundo* <sup>118</sup>. En la calle, sobre la nieve, hay mapas de la SSSR apilados por los vendedores callejeros, que los ofrecen al público. Meyerhold utiliza este mapa en *Dayosh-Europa* <sup>119</sup>; Occidente aparece representado en él como un complicado sistema de pequeñas penínsulas rusas. Este mapa está también a punto de convertirse en otro centro de la nueva iconolatría rusa semejante a los retratos de Lenin. El antiguo continúa, sin embargo, en las iglesias. Este día entré <sup>120</sup> durante mi paseo en la iglesia de Nues-

<sup>116</sup> Después de dos... en agua salada (marc.): Ver: GS IV, 346-347: «Zum Bier... aufgeteilte Volksgesänge».

<sup>117</sup> Esta construcción tan extraña podría haber surgido de la combinación de dos locuciones normales: «En Rusia, el hombre del pueblo comienza a configurarse» y «Rusia comienza a conferir forma al hombre del pueblo».

<sup>118</sup> *Una sexta parte de la tierra (Šestaja čast' mira)*. Guión y dirección: Dziga Vertov (1896-1954). Estrenada en Moscú el 31 de diciembre de 1926.

<sup>119</sup> «D. E.» (*Daesh Evropu!*) = ¡Venga Europa! Obra teatral de M. Podgackij basada en las novelas *Trust D.E.*, de I. Ehrenburg, y *Der Tunnel*, de B. Kellermann. Estreno de Meyerhold el 15 de junio de 1924.

<sup>120</sup> Este día entré... arquitectura profana (marc.): Ver: GS IV, 345: «Betritt man... Öldrucke ausgelegt»; 344: «Es stossen... ihm erträumt».

tra Señora de Kazán, de la que Asja me había dicho que le encantaba. Se encuentra en una esquina de la Plaza Roja. Primero se entra en una amplia antesala con algunas imágenes de santos. Parece estar fundamentalmente al servicio de una mujer que guarda la iglesia. Es un lugar sombrío; su penumbra es la más adecuada para realizar conspiraciones. En estas salas se puede deliberar sobre los asuntos más sospechosos, y hasta de *pogroms*, si viene al caso. Pegando a ella se encuentra el lugar para el culto propiamente dicho. Al fondo hay unos escaloncitos para subir al estrado, estrecho y bajo, sobre el que uno se desplaza pasando junto a las imágenes de santos. Los altares se suceden a muy corta distancia unos de otros, y señalados por una luz rojiza. Las superficies laterales están ocupadas por imágenes de gran tamaño. Todas las zonas de pared no ocupadas por tales imágenes aparecen recubiertas de oro brillante. Una araña de cristal pende del techo, pintado en un estilo dulzón. Contemplé las ceremonias desde una de las sillas que hay en la entrada. Se trata de las propias del antiguo culto a las imágenes. A las imágenes grandes se les saluda haciendo la señal de la cruz, seguida de una genuflexión en la que la frente ha de rozar el suelo, y, persignándose de nuevo, el orante, o penitente, se dirige a la siguiente. En las imágenes pequeñas, que están solas o dispuestas en hilera sobre pequeños fascioles, bajo un cristal, se suprime la genuflexión; hay que inclinarse hacia ellas y besar el cristal. Me acerqué y vi que, al lado de piezas antiguas muy valiosas, y sobre un mismo atril, había también toda una quincalla de oleografías sin valor alguno. Moscú tiene muchas más iglesias de lo que al principio se piensa. El europeo occidental trata de descubrirlas por sus torres, en lo alto. Uno se tiene que acostumbrar a reunir los largos muros y un montón de pequeñas cúpulas hasta formar los grandes complejos de monasterios o capillas. Y es entonces cuando comprende el porqué de que Moscú parezca en muchos puntos tan cerrado como una fortaleza: las torres bajas caracterizan en Occidente a la arquitectura profana. Venía de Correos; luego había puesto un telegrama y, por último, había dado un largo paseo por el Museo Politécnico <sup>121</sup> buscando inútilmente una exposición de dibujos realizados por enfermos mentales. Me desquité con un paseo a lo largo de los tenderetes que están junto al muro de

<sup>121</sup> El Museo Politécnico era la central de la Sociedad Soviética para la Difusión de Conocimientos Políticos y Científicos; allí se celebraron numerosos actos literarios de Majakovskij.



Kitai-Gorod. Éste es el centro del mercado de anticuarios. Resultaría infructuoso tratar de descubrir aquí nada interesante relacionado con literatura que no sea rusa. Aunque tampoco se encuentran ediciones antiguas en ruso (a juzgar por la encuadernación). Y, sin embargo, en el transcurso de los últimos años han debido de desalojarse inmensas bibliotecas. ¿Habrá sido sólo en Leningrado y no en Moscú, donde seguramente eran más raras? En uno de los tenderetes del Kitai-Proyo <sup>122</sup> compré una armónica para Stefan. Algo más <sup>123</sup> acerca de la venta ambulante. Los artículos navideños (espumillón, velas, candeleros, adornos para el árbol, y también árboles de Navidad) se siguen vendiendo incluso después del 24 de diciembre. Creo que hasta la segunda festividad religiosa navideña. Relación de precios entre los tenderetes y las tiendas estatales. El *Berliner Tageblatt* del 20 de noviembre lo compré el día 8 de diciembre. En el Kusnetski-Most hay un niño que se dedica a golpear vasijas de arcilla, platos y cuencos diminutos, unos contra otros, para demostrar su solidez. En Ochotni Riad <sup>124</sup>, una curiosa aparición: mujeres que ofrecen a los transeúntes, sobre una capa de paja, en la palma de la mano, un simple trozo de carne cruda, un pollo, o cosas por el estilo. Son vendedoras sin licencia. No tienen el dinero para pagar el permiso para un puesto, ni tiempo para apostarse durante todo el día o una semana. Si se acerca un miliciano, desaparecen simplemente de allí con su mercancía. De la tarde, ya no recuerdo nada. Por la noche, con Reich, a ver una película muy mala (con Ilinski <sup>125</sup>) en las proximidades de mi hotel.

### 30 DE DICIEMBRE

El árbol de Navidad aún está en mi habitación. Poco a poco voy también sistematizando los ruidos de mi entorno. La obertura se inicia por la mañana temprano con toda una serie de *leit-motivs*: primeramente, las pisadas en la escalera que hay frente a mi habitación y que conduce al sótano. Probablemente, el personal sube al trabajo desde allí. Luego empieza a sonar el teléfono

<sup>122</sup> *Kitaiski Proyezd* = lit.: Calleja o Travesía China.

<sup>123</sup> *Algo más acerca de... festividad religiosa navideña* (marc.): Ver: GS IV, 331: «Weihnachten ist... Kalender feiern».

<sup>124</sup> *En Ochotni... con su mercancía* (marc.): Ver: GS IV, 321: «Frauen, in... einfach davon».

<sup>125</sup> Igor Vladimirovich Ilinski, nacido en 1901, famoso intérprete de, principalmente, papeles cómicos. De 1920 a 1935 trabajó con Meyerhold.

del pasillo, y rara vez deja de hacerlo hasta cerca de la una o las dos de la madrugada. En Moscú es excelente; mejor que en Berlín o en París. En tener línea no se tarda más de tres o cuatro segundos. Con especial frecuencia oigo una voz infantil hablando muy alto por teléfono. Las largas cifras hacen que el oído que las escucha se acostumbre a los números rusos. Después, hacia las nueve, un hombre va de puerta en puerta preguntando si está cerrada la trampilla. A esa hora encienden la calefacción. Reich cree que, aunque la trampilla esté cerrada, por ella pasan a mi habitación pequeñas cantidades de monóxido de carbono. Es muy posible, pues por la noche, el aire de mi habitación es realmente asfixiante. Por cierto que el suelo también despidе calor; tiene puntos muy calientes, como la tierra volcánica. Si aún se está en la cama, el sueño se ve perturbado por un golpeteo rítmico, como si estuviesen preparando unos bistecs gigantescos: parten leña en el patio. Y pese a todo, mi habitación respira tranquilidad. Rara vez he vivido en un lugar en el que me resulte tan fácil trabajar. Notas sobre la situación en Rusia. En las conversaciones con Reich he ido exponiendo las disparidades que presenta actualmente la situación rusa. Hacia el exterior, el Gobierno busca la paz para firmar tratados comerciales con los estados imperialistas; pero ante todo <sup>126</sup> trata de suspender en el interior la actividad del comunismo militante, empeñándose en lograr una paz social a plazo fijo, en despolitizar la vida burguesa en la medida de lo posible. Por otra parte, en las asociaciones de pioneros, en el *Komsomolz*, se da a la juventud una educación «revolucionaria». Lo cual significa que lo revolucionario no les llega como experiencia, sino en forma de consignas. Se intenta suprimir la dinámica del proceso revolucionario dentro de la vida estatal: queriendo o sin querer, se ha iniciado la restauración, pero tratan de almacenar en la juventud la desacreditada energía revolucionaria como energía eléctrica dentro de una pila. Y eso no funciona. A partir de ello tiene que desarrollarse en la gente joven, a menudo de la primera generación y a la que se da una formación más que suficiente, ese orgullo comunista para cuya designación existe ya una palabra propia en Rusia. Las extraordinarias dificultades <sup>127</sup> que conlleva la restauración se manifiestan

<sup>126</sup> *Pero, ante todo... en Rusia*: Ver: GS IV, 322: «Im Strassenbilde... roten Schlips»; 322-323: «Dass hergebrachte... Kinder zusammenstimmt».

<sup>127</sup> *Las extraordinarias... de Meyerhold*: Ver: GS II, 481: «Eine der letzten... „Revisor“ verloren».

también, de una forma palpable, en el problema educativo. Para afrontar la tremenda incultura imperante se ha dado la consigna de difundir el conocimiento de los clásicos rusos y de Europa Occidental. (Ésta es la principal razón, dicho sea de paso, por la que se ha concedido tanto valor al montaje y al fracaso del «Revisor», de Meyerhold.) La importancia dada <sup>128</sup> a esta consigna se puede apreciar cuando se oye que recientemente, en un debate, Lebidinski <sup>129</sup> le dijo a Reich, hablando de Shakespeare, que éste vivió con anterioridad a la invención de la imprenta. Por otra parte, al descomponerse la sociedad burguesa, estos mismos valores culturales han entrado en una fase crítica. En su estado actual, y tal como se han ido configurando a lo largo de los últimos cien años en manos de la burguesía, no se pueden expropiar sin perder, al mismo tiempo, su último —aunque tan dudoso, e incluso nefasto— significado. En cierto modo, al igual que el cristal de precio, estos valores han de someterse a un largo transporte que no podrán resistir si no van convenientemente embalados. Ahora bien, embalarlos significa hacerlos invisibles, cosa, en definitiva, opuesta a la popularización de esos valores fomentada oficialmente por el Partido. En la Rusia Soviética <sup>130</sup> se pone ahora de manifiesto que estos valores se están popularizando justamente en esa forma adulterada y lamentable que, en último término, deben al imperialismo. A un hombre como Walzel <sup>131</sup> lo han nombrado miembro de la Academia, y en el *Vechernie Moskva*, Kogan, su presidente, escribe un artículo sobre literatura occidental que reúne aquello que le place de una forma absolutamente ignorante (¡Proust y Bronnen!), tratando de dar «información» acerca del extranjero sobre la base de unos cuantos nombres. Probablemente, las únicas manifestaciones

<sup>128</sup> La importancia dada... de la imprenta: Ver: GS IV, 338: «Wenn aber einer... begriffen werden».

<sup>129</sup> Jurii Libedinski (1898-1959), funcionario literario y escritor, miembro destacado de diferentes asociaciones de escritores proletarios. Libedinski se dio a conocer con su novela *Nedelia* (1922), trad. alem.: *Die Woche*, 1923.

<sup>130</sup> En la Rusia Soviética... *chervonetz* (marc.): Ver: GS IV, 337: «Jetzt zeigt... danken haben»; 338: «Die russische Akademie... Europäisches erscheint».

<sup>131</sup> Oskar Walzel (1864-1944), historiador de la literatura. Walzel, miembro honorífico de la Academia rusa obtuvo, tras el rechazo de la exposición de Benjamin sobre este escritor, el encargo de realizar el artículo sobre Goethe para la Enciclopedia Soviética. Ver: Apéndice, p. 162. Para conocer la opinión de Walzel le merecía a Benjamin, véase su crítica del *Wortkunstwerk*, de Walzel (Leipzig, 1926), en GS III, 50-51, y su carta a Hofmannsthal del 30-10-1926 (*Briefe*, 436).

culturales de Occidente por las que Rusia muestra una comprensión tan viva como para que merezca la pena ocuparse de ellas, son las de Estados Unidos. El entendimiento cultural entre los pueblos como tal, esto es, sin la base de unas relaciones económicas concretas, constituye un interés propio de la técnica del juego imperialista, siendo en el caso de Rusia un fenómeno de la restauración. Por otra parte, la desvinculación de Rusia del extranjero hace que la dificultad de informarse se acreciente. Dicho de un modo más preciso: el contacto con el extranjero, en lo esencial, pasa por el Partido y atañe principalmente a cuestiones políticas. La alta burguesía ha sido aniquilada y la pequeña burguesía incipiente no está, ni material ni espiritualmente, en condiciones de hacer de mediadora en las relaciones con el exterior. En la actualidad, un visado para realizar un viaje al extranjero que no se haga por encargo estatal, o del Partido, cuesta 200 rublos. No hay duda de que en Rusia se sabe del exterior mucho menos que en el exterior de Rusia (exceptuando, tal vez, a los países románicos). Aunque la mayor preocupación que aquí se tiene es la de establecer dentro del propio territorio, tan inmenso, el contacto entre las distintas nacionalidades y, sobre todo, entre obreros y campesinos. Con lo poco que en Rusia se sabe de cultura foránea, se puede decir lo que del *chervonetz* <sup>132</sup>: dentro de Rusia es una moneda muy apreciada, pero en el extranjero no se cotiza. Algo sumamente significativo <sup>133</sup> es el hecho de que un actor de cine ruso bastante mediocre, Ilinski, imitador sin escrúpulos y sin gracia de Chaplin, tenga aquí la fama de gran cómico sólo porque las películas de Chaplin son tan caras que no las traen. Pues, en general, el Gobierno ruso invierte muy poco en películas extranjeras. Cuenta con el interés de industrias rivales por conquistar para sí el mercado ruso, comprando en saldos y dejándose casi regalar las películas, como si fuesen muestras publicitarias. El propio cine ruso, exceptuando las grandes obras maestras, tampoco es, en conjunto, demasiado bueno. Tiene que luchar por la temática. Pues la censura cinematográfica es muy severa; contrariamente a lo que ocurre con la censura teatral, probablemente por consideración hacia el extranjero, se le recorta la esfera temática. A diferencia de lo que sucede con el teatro,

<sup>132</sup> Moneda equivalente a 10 rublos.

<sup>133</sup> Algo sumamente... *propaganda antirrevolucionaria*: Ver: GS II, 747-748: «es fehlt... den Film»; 750-751: «Bei dem leidenschaftlichen... größten Exzesse».

en el cine no es posible hacer una crítica seria a los políticos soviéticos. Pero tampoco es posible describir la vida burguesa. Igualmente escaso es aquí el espacio dedicado a la comedia grotesca americana. Ésta se basa en un juego brutal con la técnica. Aquí, todo lo técnico es sagrado; no hay nada que se tome más en serio que la técnica. Y sobre todo: el cine ruso desconoce por completo el erotismo. La trivialización de las relaciones amorosas y sexuales es, como bien es sabido, algo inherente al credo comunista. El presentar en el cine, o en el teatro, enredos amorosos trágicos sería considerado como propaganda contrarrevolucionaria. Queda la posibilidad de realizar una comedia social de carácter satírico cuyo blanco sería esencialmente la nueva burguesía. La importante cuestión que se plantea es hasta qué punto pueda, sobre esta base, expropiarse el cine, una de las maquinarias más adelantadas para el dominio imperialista de las masas. Por la mañana estuve trabajando; a continuación, con Reich, al Gosfilm. Pero Panski se había ausentado. Fuimos todos al Museo Politécnico. La entrada a la exposición de pintura de enfermos mentales se encontraba en una calle lateral. La exposición en sí misma no ofrecía excesivo interés; desde el punto de vista artístico, el material, casi sin excepción, era poco interesante, aunque estaba bien estructurado, y, sin duda, es útil desde el punto de vista científico. Mientras estábamos allí tuvo lugar una breve visita con guía, aunque lo único que se pudo averiguar fue lo que aparecía ya reseñado en unas hojitas que había junto a las cosas expuestas. Desde allí, Reich se marchó al Dom Gerzena; yo fui más tarde, pasándome antes por el Instituto a buscar entradas para ir a ver por la noche a Tairoff. La tarde con Asia, nuevamente monótona. A Reich le prestaron en el sanatorio (un ucraniano) una piel para el día siguiente. Aún pudimos llegar a tiempo al teatro. Daban *El deseo bajo los olmos*, de O'Neill <sup>134</sup>. La representación era muy mala; la Koonen <sup>135</sup>, particularmente decepcionante y carente por completo de interés. Lo que sí resultó interesante (aunque, como Reich señaló acertadamente, equivocado) fue el desmembramiento en diferentes escenas (filmización) mediante la bajada del telón y el cambio de iluminación. El

<sup>134</sup> El estreno de la obra de Eugene O'Neill (1888-1953) *El deseo bajo los olmos*, montada por Tairov, tuvo lugar en noviembre de 1926 en el Teatro Kamernyi (de Cámara).

<sup>135</sup> Alicia Koonen (1889-1974), actriz de procedencia belga; antiguo miembro del MCHAT de Stanislavski; casada con Tairov.

ritmo era mucho más rápido del que, por lo general, es habitual aquí, viéndose todavía más acelerado por el dinamismo de los decorados. Había simultáneamente tres espacios transversales: a tras del suelo, una gran sala con vista al exterior y salida. En ciertas partes de la obra podía verse cómo se alzaban sus paredes en un ángulo de 180°, introduciéndose el espacio exterior por todas partes en el interior. En el primer piso había otras dos habitaciones, y la escalera para subir se encontraba en un enrejado de listones frente al público. Era muy interesante seguir con la mirada las subidas y bajadas de los personajes, en diagonal, a través de esta verja. El telón de asbesto muestra en seis apartados el plan de representaciones de los días sucesivos. (Los lunes descansa la compañía.) A ruegos de Reich pasé la noche en el sofá, prometiéndole despertarle a la mañana siguiente.

### 31 DE DICIEMBRE

Este día, Reich fue a ver a Daga. Asia llegó hacia las diez (yo aún no estaba listo) y fuimos a la modista. Toda esta excursión resultó insulsa y deslucida. Comenzó con reproches: que llevo a Reich de un lado para otro y lo fatigo. Después me confesó que durante todos estos días se ha sentido furiosa conmigo por la blusa de seda que le traje. Se desgarró la primera vez que se la puso. Cometí la tontería de decirle, además, que la había comprado en Wertheim <sup>136</sup>. (Una verdad a medias, cosa siempre bastante tonta.) Por otra parte, yo me sentía aún menos capaz de decir nada debido a que la agotadora y permanente espera de alguna noticia de Berlín empezaba ya a afectarme. Finalmente nos sentamos unos minutos en un café. Pero fue como si no lo hubiéramos hecho. Asia no pensaba en otra cosa que en volver puntualmente al sanatorio. No sé a qué sea debido el que en los últimos días haya desaparecido todo lo que había de vivo en nuestros encuentros para dar paso a otra clase de miradas. Pero la inquietud que me domina, me impide disimularlo. Y Asia exige una atención suplicante y sin reservas que yo no me siento capaz de prestarle sin alguna clase de estímulo y de amabilidad por su parte. Ella tampoco se encuentra bien por causa de Daga, de quien Reich trajo noticias que a ella, por lo menos, no le

<sup>136</sup> Grandes almacenes de Berlín.

satisficieron. Estoy pensando en espaciar mis visitas de la tarde. Pues el cuartito, en el que sólo raramente hay tres personas —lo más habitual es que sean cuatro y, cuando la compañera de habitación de Asia tiene visita, incluso más—, me deprime: oigo mucho ruso, no entiendo nada, me duermo o leo. Por la tarde le llevé tarta a Asia. No hizo más que protestar; estaba de un humor pésimo. Reich había llegado media hora antes (yo había querido terminar de escribir una carta a Hessel<sup>137</sup>), y lo que contó de Daga la puso muy excitada. El ambiente resultó todo el tiempo muy deprimente. Yo me marché pronto a sacar entradas para ella y para mí al Teatro Meyerhold, donde aquella noche se representaba *Dayosh Evropa*. Antes fui un momento al hotel para dejar recado de que comenzaba a las ocho menos cuarto. Aproveché la ocasión para ver si tenía correo: no había llegado nada. Al mediodía, Reich me había puesto en contacto con Meyerhold, que me había proporcionado entradas. Con grandes esfuerzos logré llegar hasta donde estaba el segundo director para recogerlas. Asia llegó puntual, cosa sorprendente. Se había vuelto a poner el pañuelo amarillo. Su rostro tiene estos días una tersura increíble. Cuando nos encontrábamos delante de un cartel anunciador, antes del inicio de la representación, yo dije: «La verdad es que Reich es un tipo fabuloso.» «¿?» «Si esta noche hubiera tenido que quedarme en alguna parte solo, me habría ahorcado de congoja.» Pero ni siquiera estas palabras sirvieron para animar nuestra charla. La revista era muy interesante, y durante un momento —ya no recuerdo en qué parte de la obra— nos volvimos a sentir más próximos. ¡Ah, sí! Fue en la escena del *Café Riche*, con música y bailes apaches. «Hace ya quince años —le dije a Asia— que este romanticismo apache recorre toda Europa, y allí adonde llega, se gana enteramente a la gente.» En los descansos hablamos con Meyerhold, quien, durante el segundo de éstos, le pidió a una señora que nos acompañase al «museo», donde se

<sup>137</sup> Franz Hessel (1880-1941), escritor, traductor. Benjamin y Hessel tradujeron conjuntamente el segundo y el tercer tomo de la obra de Proust «À la recherche du temps perdu». El resultado fue la publicación de *Im Schatten junger Mädchenblüte* (Berlín, 1927) y *Die Herzogin von Guermantes* (Múnich, 1930). La traducción de Benjamin en solitario de *Sodome et Gomorrhe* se ha perdido. Tal como se desprende de una carta de Franz Hessel a la Piper Verlag, de 14-7-1928, parece que también se inició la traducción del quinto libro (*La Prisonnière*). Incluso se había proyectado «dass der gesamte Proust von Hessel... und mir gemacht wird» (que Proust sea hecho en su totalidad por Hessel... y por mí) (*Briefe*, 431).

guardan las maquetas de sus decorados. En él vi el excelente mobiliario de *Le cocu magnifique*<sup>138</sup>, los famosos decorados de *Bubus*<sup>139</sup>, con su revestimiento de bambú (las cañas acompañan la salida y la entrada en escena de los actores, al igual que todas las partes importantes de la obra, con golpes de diferente intensidad), la proa de *Rishi Katai*<sup>140</sup>, con agua en el primer plano del escenario, y otras cosas. Firmé en un libro. A Asia le molestó el tiroteo del último acto. Durante el primer descanso, cuando estábamos buscando a Meyerhold (al que no encontramos hasta el final de éste), yo me adelanté un poco al subir las escaleras. Entonces sentí en el cuello la mano de Asia. La solapa de la chaqueta se me había metido para dentro y ella me la estaba colocando. Al sentir aquel contacto, me di cuenta del tiempo que había pasado sin notar el roce amable de una mano. A las once y media estábamos nuevamente en la calle. Asia me reprochó que no hubiese comprado nada; entonces, dijo, hubiera venido a mi casa a celebrar la Nochevieja. En vano traté de animarla a que entrásemos todavía en un café. Tampoco pude convencerla diciéndole que tal vez Reich hubiera comprado comida. La acompañé a casa, triste y taciturno. La nieve tenía esa noche brillo de estrellas. (En otra ocasión ya había visto cristales de nieve en su abrigo, que probablemente nunca se ven en Alemania.) Al llegar ante la casa le pedí que me diera un beso antes de acabar el año viejo, casi por despecho y más por sondearla que porque realmente lo sintiese. Pero no me lo dio. Me volví, pues, hacia el Año Nuevo, solo, pero no triste. Pues sabía que Asia también estaba sola. Al llegar frente a mi hotel escuché el débil tañer de una campana. Me detuve un momento a escucharla. Reich abrió la puerta decepcionado. Había comprado muchas cosas: oporto, *halva*, salmón y embutidos. El que Asia no hubiese venido a mi casa hizo que me volviese a disgustar. Pero una animada conversación nos hizo pasar el rato. Echado en la cama, estuve comiendo mucho y bebiendo unos buenos tragos de oporto, por lo que,

<sup>138</sup> Los decorados y el vestuario del montaje de Meyerhold de *Le Cocu magnifique*, de Fernand Crommelynck, fueron realizados por la constructivista Liubov S. Popova (1889-1924).

<sup>139</sup> La obra de Meyerhold, basada en *El maestro Bubus* (*Uchitel Bubus*), de A. Faiko, fue decorada por E. Slepanov y por el propio Meyerhold. Estrenada el 29-1-1925.

<sup>140</sup> *Rishi Kitai*: (*¡Grita, China!*), de Sergei Tretiakov. Escenografía: Sergei Efimenko (nacido en 1896). Estrenada el 23-11-1926). Dirección: V. Federov, discípulo de Meyerhold.

al final, ya sólo pude mantener la conversación de una forma penosa y maquinal.

## 1 DE ENERO

En las calles <sup>141</sup> venden ramos de Año Nuevo. Pasando por la Plaza Strasnoi vi a uno con unas varas muy largas en la mano con flores de papel, verdes, blancas, azules y rojas, pegadas hasta la punta; cada rama era de un color diferente. Me gustaría escribir sobre «flores» en Moscú, refiriéndome no sólo a las heroicas rosas de Navidad, sino también a las inmensas malvarrosas de las tulipas de las lámparas que los vendedores transportan por la ciudad, orgullosamente alzadas. Y de los dulces adornos de azúcar de las tartas. Aunque también hay tartas que parecen cornucopias y de las que salen en tromba triquitraques o bombones envueltos en papel de colores. Tortas en forma de lira. El «confitero» de los viejos libros juveniles sólo parece sobrevivir aún en Moscú. Sólo aquí se encuentran figuras hechas exclusivamente de azúcar hilada, dulces conos con los que la lengua se toma la revancha contra el horrible frío. También habría que hablar de todo lo que la escarcha sugiere aquí; de los pañuelos de las campesinas, cuyas cenefas, cosidas con lana azul, reproducen las rosetas de hielo de las ventanas. El inventario de las calles es inagotable. Observé las gafas de las ópticas, a través de las cuales el cielo se tiñe, de pronto, de color meridional. Y de los anchos trineos, con sus tres casillas: para cacahuets, avellanas y *semichki* (pipas de girasol, que ahora, por disposición del Soviet, ya no se pueden comer en sitios públicos). Luego vi a un vendedor de pequeños trineos para muñecas. Y, por último, las papeleras de aluminio: está prohibido tirar nada a la calle. Y también algo más acerca de los letreros: algunos rótulos en caracteres latinos: café, sastre. Los rótulos de las cervecerías: *pivnaya*, pintado sobre un fondo en el que un verde descolorido en el borde superior se convierte paulatinamente, al borrarse, en un amarillo sucio. Muchos de los letreros de las tiendas se prolongan hacia la calle en ángulo recto. La mañana de Año Nuevo me quedé mucho tiempo en la cama. Reich no se levantó tarde. Debimos de estar hablan-

<sup>141</sup> En las calles... a la calle (marc.): Ver: GS IV, 333: «Andere Straüsse... schadlos hält»; 340: «Dann die breiten... werden dürfen»; 346: «"Tschainaja" "Pivnaja"... Geld verläuft».

do más de dos horas. Pero ya no recuerdo de qué. Salimos hacia el mediodía. Al encontrar cerrada la tabernita en la que solíamos comer los días de fiesta, fuimos al hotel Liverpool. Ese día hacía muchísimo frío; me costaba trabajo andar. En la mesa me senté en un rincón muy acogedor, a la derecha, junto a la ventana, que da a un patio cubierto de nieve. Ya he logrado no echar de menos la bebida en la mesa. Pedimos el menú pequeño. Lástima que lo sirviesen tan deprisa, pues a mí aún me hubiera gustado quedarme otro rato sentado en aquel lugar recubierto de madera y con pocas mesas. En el establecimiento no había ninguna mujer. Eso me hizo mucho bien. Noto cómo esa gran necesidad de descanso que ahora me invade al librarme de la torturante dependencia de Asia encuentra fuentes donde saciarse en todas partes. Como es lógico y sabido, comida y bebida, principalmente. La idea misma del largo viaje de regreso se me aparece como algo benéfico (siempre y cuando no empiece a preocuparme por las cosas de casa, como me ha ocurrido durante los últimos días), como la idea de leer una novela policiaca (apenas lo suelo hacer ya, pero la cosa me ronda por la cabeza) y el jugar diariamente al dominó en el sanatorio, que a veces sirve para eliminar mi tensión frente a Asia. Pero, que yo recuerde, este día no jugamos. Le pedí a Reich que me comprase unas mandarinas que le quería llevar a Asia. No tanto porque la noche anterior me hubiera pedido que se las llevase al día siguiente —en aquel momento, incluso me había negado— cuanto por tener la oportunidad de descansar de nuestra apresurada marcha a través del frío. Pero Asia cogió la bolsa (sobre la que, sin decírselo, [yo] había escrito «Feliz Año Nuevo»): hoscamente (y sin fijarse en la inscripción). Por la noche, en casa, escribiendo y hablando. Reich comenzó a leer el libro sobre el Barroco.

## 2 DE ENERO

Desayuné copiosamente. Pues, dado que no podíamos contar con el almuerzo, Reich había hecho algunas compras. A la una había comenzado la presentación a la prensa, en el Teatro de la Revolución, de la obra de Ilesh: *Atentado* <sup>142</sup>. Por una falsa consideración con la necesidad de sensacionalismo del público, le ha-

<sup>142</sup> *Kupite revol'ver*. Estreno: 30-12-1926. Dirigida por B. D. Koroleva; escenografía: S. Efimenko.

bían dado el sobretítulo de *Compre Vd. un revólver*, estropeando así, desde el principio, el golpe de efecto final, donde un terrorista de la Guardia Blanca trata, por lo menos, de venderles el revólver a los comunistas que descubren su atentado. La obra tiene una escena muy efectista al estilo del Grand Guignol <sup>143</sup> y, por lo demás, grandes ambiciones político-teóricas. Pues en ella se intenta describir la situación sin salida de la pequeña burguesía. La representación, que trata de congraciarse con el público, sin principios, insegura y llena de cientos de pequeños efectos, no logró sus propósitos, arruinando, incluso, los grandes triunfos que de antemano le aseguraba el sugestivo entorno en el que se desarrollaba: un campo de concentración, un café y un cuartel en la decadente, sucia y desolada Austria de 1919. Nunca había visto un espacio escénico cuya disposición fuese hasta tal punto exagerada: las entradas y salidas perdían necesariamente todo su efecto. Se podía ver claramente en qué se convierte el escenario de Meyerhold cuando trata de hacerse cargo de él un director ignorante. Las entradas se habían agotado. En esta ocasión se podía ver, incluso, algo parecido a vestidos de gala. Hicieron salir a Ilesh. Hacía mucho frío. Yo llevaba puesto el abrigo de Reich, pues, por razones de prestigio, él quería ir bien vestido al teatro. En el descanso nos presentaron a Gorodetski <sup>144</sup> y a su hija. Por la tarde, en la habitación de Asia, me vi envuelto en una interminable discusión política en la que también participó algo Reich. El ucraniano y la compañera de habitación de Asia formaban causa común contra ésta y Reich. El asunto fue, una vez más, la oposición dentro del Partido. Pero en aquella discusión no fue posible llegar a entendimiento alguno; ni menos todavía a un acuerdo; los otros no se mostraron nada comprensivos con la opinión de Asia y de Reich respecto a la pérdida de prestigio ideológico que supondría para la oposición su salida del Partido. Pero hasta que no me encontré abajo con Reich, fumando un cigarrillo, no logré enterarme de qué trataba realmente toda la discusión. La conversación de cinco personas hablando en ruso (también estaba una amiga de la compañera de habitación de

<sup>143</sup> *Grand Guignol*: *Guignol* era el nombre de un personaje del teatro de marionetas francés. En París, su nombre se asociaba a los cabarés, principalmente a los pequeños teatros de Montmartre, tales como el Théâtre du Grand Guignol (1899-1962), donde se representaban, sobre todo, obras caracterizadas por el asesinato, los crímenes sexuales, etcétera.

<sup>144</sup> Sergei M. Gorodetski (1884-1967), lírico, libretista de ópera; hasta 1932, en la sección de literatura de *Izvestija*.

Asia), que volvió a relegarme, me había vuelto a deprimir y a fatigar. Estaba decidido a marcharme si continuaba. Pero, cuando volvimos a subir, se convino en jugar al dominó. Reich y yo jugamos contra Asia y el ucraniano. Era el domingo siguiente a Año Nuevo. Estaba de guardia la enfermera «buena», por lo que nos quedamos hasta después de la cena y jugamos varias partidas muy reñidas. Me sentí muy bien jugando; el ucraniano había dicho que yo le caía bien. Cuando por fin nos marchamos, aún bebimos algo caliente en el café. En casa seguimos hablando largo rato acerca de mi situación de escritor independiente, al margen de cualquier partido o profesión. Lo que Reich me dijo era cierto; yo le hubiera respondido lo mismo a cualquiera que me hubiese explicado a mí lo que yo dije. Y se lo manifesté abiertamente.

### 3 DE ENERO

Salimos temprano <sup>145</sup> de casa para ir a la fábrica donde trabaja la patrona de Reich. Había mucho que ver; nos quedamos allí unas dos horas. Comenzaré con el rincón de Lenin. Una sala encalada de blanco con la pared del fondo en rojo y, colgando del techo, una borla roja con flecos dorados. A la izquierda, sobre este fondo rojo, está el busto de escayola de Lenin: tan blanco como las encaladas paredes. Desde la sala contigua, en la cual se fabrica el espumillón, una transmisión se introduce en la estancia. La rueda gira y las poleas de cuero se deslizan por un agujero practicado en la pared. En las paredes hay carteles propagandísticos y retratos de revolucionarios famosos, o cuadros con un resumen taquigráfico de la historia del proletariado ruso. El período entre 1905 y 1907 aparece tratado al estilo de una gigantesca tarjeta postal paisajística en la que se solapan las luchas en las barricadas, celdas de prisión, la revuelta de los ferroviarios, el «domingo negro» frente al Palacio de Invierno. Muchos de los carteles condenan el alcoholismo. El periódico mural también trata este tema. Estos periódicos son de aparición mensual, según lo programado, pero, en realidad, lo hacen de una forma más espaciada. Su estilo es en todo semejante a las coloreadas revistas infantiles de humor: ilustraciones, prosa o rimas intercaladas dis-

<sup>145</sup> *Salimos... a alta temperatura* (marc.): Ver: *GS IV*, 341: «Jede Leninecke... Kolben kommt».

tribuidas de una forma muy variada. Pero, fundamentalmente, el periódico pretende ser una crónica del colectivo de esta fábrica. De ahí que, además de registrar satíricamente diferentes sucesos escandalosos, presente también ilustraciones estadísticas de la labor cultural realizada en el último periodo de tiempo. Otros de los carteles que hay en la pared tratan de la educación higiénica; aconsejando la utilización de gasas contra las moscas o exponiendo las ventajas del consumo de leche. En la fábrica trabajan (en tres turnos) un total de 150 personas. Los principales productos son: cintas elásticas, carretes de hilo de coser, cordones, galones plateados y adornos navideños. Es la única fábrica de Moscú de tales características. Pero su estructura no es tanto el resultado de una organización «vertical» cuanto el testimonio del bajo nivel existente en lo que se refiere a la diferenciación industrial. Separados por muy pocos metros, y en una misma sala, uno puede observar aquí un mismo proceso de trabajo realizado mecánicamente y manualmente. A la derecha, una máquina devana largos hilos en pequeñas canillas; a la izquierda, la mano de una obrera hace girar una gran rueda de madera: ambas cosas dentro del mismo proceso. La gran mayoría de las trabajadoras son campesinas, y muy pocas son miembros del Partido. No llevan uniforme, ni siquiera delantales de trabajo, sino que están sentadas en su sitio como si estuviesen realizando algún quehacer doméstico, inclinando la cabeza, cubierta por un pañuelo de lana, sobre el trabajo como buenas madres de familia. Pero se hallan rodeadas de carteles que conjuran todos los horrores del trabajo mecánico. En ellos se ve a un obrero cuyo brazo ha quedado atrapado entre los dientes de una rueda de engranaje; otro cuya rodilla ha quedado atrapada entre dos pistones; un tercero que provoca un cortocircuito por manejar mal un conmutador debido a su estado de embriaguez. La fabricación de los adornos navideños más finos se hace en su totalidad de forma manual. En un estudio con mucha luz hay tres mujeres. Una de ellas corta hilos plateados en trocitos pequeños, forma un haz y lo sujeta con un alambre que va devanando lentamente de un rollo. El alambre atraviesa sus dientes pareciendo como si los partiese en dos. Luego forma una estrella con el brillante haz, pasándolo así a una compañera que le pega encima una mariposa, un pájaro o un Papá Noel de papel. En otro de los rincones de la sala se encuentra una mujer que fabrica, de manera semejante, cruces de espumillón, a razón de una por minuto. Al inclinarme sobre la rueda que hace girar para observarla, ella no puede contener la

risa. En otro lugar se fabrican galones plateados. Este producto está destinado a la Rusia exótica; se trata de galones para turbantes persas. (Abajo, la producción de espumillón: un hombre trabajando el hilo con piedra de afilar. Los trozos de alambre quedan reducidos a una doscientésima o trescientésima parte de su espesor, y luego se platean o se recubren con algún otro color metálico. A continuación los transportan al desván del edificio, donde se secan a alta temperatura.) Luego pasé por la bolsa de trabajo. En la entrada se instalan al mediodía cantinas donde venden bollos calientes y salchichas fritas en rodajas. Desde la fábrica nos fuimos a ver a Gnedin<sup>146</sup>. Indudablemente, ya no tiene el mismo aspecto juvenil de hace dos años, cuando le conocí en la velada de la embajada rusa. Pero sigue siendo una persona inteligente y simpática. Respondí cautelosamente a sus preguntas. No sólo porque la gente, en general, sea aquí muy susceptible, y Gnedin, en particular, muy afecto a las ideas comunistas, sino porque el expresarse con cautela es la manera que aquí se considera más adecuada para acreditarse como interlocutor serio. Gnedin es el encargado del Ministerio de Exteriores para Europa Central. Su carrera, en absoluto despreciable (ya ha rechazado una oportunidad mejor), se encuentra, al parecer, relacionada con el hecho de ser hijo de P. Lo que más aplaudió fue el que yo destacase la imposibilidad de comparar, en sus aspectos particulares, las condiciones de vida rusas con las de Europa Occidental. En la Petrovka me concedieron una prórroga de estancia de seis semanas. Por la tarde, Reich quiso ir solo a ver a Asia. Yo me quedé, pues, en casa; comí algo y escribí. Reich llegó hacia las siete. Fuimos juntos al Teatro Meyerhold, donde nos encontramos con Asia. La velada, en lo que a ella y a Reich se refiere, estuvo determinada por las palabras que, por deseo suyo, éste debía pronunciar para suscitar el debate. Pero no fue posible. De cualquier modo, él tuvo que aguantar más de dos horas en el podio con el grupo de los otros que se habían apuntado al debate. En una larga mesa verde se encontraban Lunacharski<sup>147</sup>, Pelshe<sup>148</sup>, el director del departamento artístico del

<sup>146</sup> Evgeni Gnedin (nacido en 1898), conocido diplomático soviético, pretendido hijo de Alesandr Celfand (Parvus), encargado de la financiación de los *bolsheviks*.

<sup>147</sup> Anatoli Lunacharski (1875-1933), escritor e investigador literario. Comisario del Pueblo de Instrucción de 1917 a 1929.

<sup>148</sup> Robert Pelshe (1880-1955), crítico comunista y estudioso de Historia del Arte. En 1926 publicó en unión de Lunacharski *Vías del teatro contemporáneo (Puti sovremennogo teatra)*.

Glav-Polit-Prosvet<sup>149</sup>, moderador, Mayakovski<sup>150</sup>, Andre Biely<sup>151</sup>, Levidoff<sup>152</sup> y otros muchos<sup>153</sup>. En la primera fila de butacas, el propio Meyerhold. Asia salió en el descanso y yo la acompañé aún un trecho, pues, solo, no podía comprender de qué estaban hablando. Cuando volví estaba hablando con gran fervor demagógico un orador de la oposición. Pero, a pesar de que en la sala eran mayoría los adversarios de Meyerhold, no logró ganarse al público. Y cuando finalmente intervino Meyerhold, fue acogido por una calurosa ovación. Éste, sin embargo, se dejó llevar enteramente, para desgracia suya, por su temperamento lucuaz, poniendo de manifiesto un encono que repugnó a todos. Y cuando finalmente quiso hacer a uno de los críticos sospechoso de haberle atacado únicamente por las diferencias que, como antiguo empleado de Meyerhold, había tenido con su jefe, el contacto con la masa desapareció por completo. De nada le sirvió en su *dossier* y en una serie de justificaciones profesionales de algunas de las partes atacadas de la representación. Ya eran muchos los que se habían marchado durante su discurso, y el propio Reich comprendió que ahora sería ya imposible intervenir, por lo que se vino a mi lado antes de que Meyerhold acabase. Cuando por fin terminó, los aplausos fueron mínimos. Nosotros no quisimos esperar a lo que venía después, que no podía ofrecer ya gran cosa, ni, por supuesto, nada nuevo, y nos fuimos.

#### 4 DE ENERO

Fecha de vencimiento de mi visita a Kogan. Pero, por la mañana, Niemen me llamó por teléfono para decirme que tenía que ir al Instituto a la una y media; organizaban una visita al

<sup>149</sup> Valerian Pletnev (1886-1942), entre 1920 y 1932, presidente del Comité Central del Consejo Soviético de Cultura Proletaria. A partir de 1921, director del Comité Superior de Formación Política.

<sup>150</sup> El discurso de Vladimir Mayakovskii (1893-1930) en torno a la disputa sobre el montaje del *Revisor* aparece en: MAJAKOWSKI, *Werke*, vol. V (*Publizistik*), Frankfurt a. Main, 1980, 230-235. Ver el informe de Benjamin «Disputation bei Meyerhold», en *GS IV*, 481-483.

<sup>151</sup> Andrei Bielyj, pseudónimo de Boris Nikolaevich Bugaey (1880-1934).

<sup>152</sup> Michail Levidov (1891-1941), escritor y periodista ruso.

<sup>153</sup> Por ejemplo: S. Tretjakov, J. Grossman-Roshchin, A. Slonimski, N. Volkonski, I. Aksenov. De esta discusión se dio información en el *Pravda* del 9 de enero de 1927.

Kremlin. La mañana la pasé en casa. En el Instituto nos juntamos cinco o seis personas; al parecer, todos ingleses, menos yo. Nos dirigimos a pie al Kremlin, guiados por un señor poco simpático. La marcha era muy rápida y me costó muchísimo seguirles; al final, el grupo tuvo que esperarme a la entrada del Kremlin. Lo primero que choca dentro del recinto de la muralla es el aspecto excesivamente cuidado de los edificios del Gobierno. Para mí es sólo comparable a la impresión que producen todas las construcciones de la ciudad modélica de Múnaco, colonia privilegiada en la vecindad más próxima a los gobernantes. Se le asemeja hasta en la misma pintura de sus fachadas, de un blanco luminoso o un amarillo crema. Aunque, mientras que allí todo se ve implicado en un juego de luces y de sombras, lo que aquí domina es la claridad equilibrada de un campo de nieve en el que los colores sólo destacan de una forma desapasionada. Y cuando empezó a oscurecer, este campo pareció ensancharse más y más. Junto a las brillantes ventanas de los edificios oficiales, las torres y las cúpulas se alzan al cielo de la noche como monumentos vencidos que hacen guardia ante las puertas de los vencedores. La oscuridad<sup>154</sup> se ve atravesada también aquí por los haces de luz de los faros de los coches, exageradamente claros. Su luz espanta a los caballos de los soldados de caballería, que tienen aquí, en el Kremlin, un gran campo de entrenamiento. Los peatones han de abrirse paso con esfuerzo por entre los coches y los rebeldes percherones. Largas hileras de trineos para retirar la nieve; algunos jinetes. Sobre la nieve se han posado silenciosas bandadas de cuervos. A las puertas del Kremlin, en mitad de una luz cegadora, se encuentra la guardia, cubierta con sus insolentes pieles de color ocre amarillo. Sobre ella destaca la luz roja que regula el tráfico de la entrada. Todos los colores de Moscú se disparan prismáticamente en este lugar, centro ruso del poder. El club de los soldados del Ejército Rojo da a este campo. Entramos en él antes de abandonar el Kremlin. Sus salas son limpias y claras, y parecen más sencillas y severas que las de otros clubs. En la sala de lectura hay muchas mesas de ajedrez. El ajedrez fue fomentado en Rusia por Lenin, que también jugaba a él. En la pared<sup>155</sup> hay un relieve de madera: el mapa de Europa,

<sup>154</sup> *La oscuridad... centro ruso del poder*: Ver: *GS IV*, 319: «Vorm Kremltor... sich niedergelassen».

<sup>155</sup> *En la pared... se deteriora*: Ver: *GS IV*, 336: «Im Klub... schematisch gehalten»; 341: «Im Ausleihraum... verderben lässt».



con un contorno esquematizado de manera simplista. Al girar una manivela que hay junto a él, van iluminándose, uno tras otro, y por orden cronológico, los lugares de Rusia y del resto de Europa donde vivió Lenin. Pero el aparato estaba estropeado y siempre se iluminaban varios lugares a la vez. El club tiene una biblioteca de préstamo. Me agradó un anuncio en el que se explicaba mediante un texto y bonitos dibujos de colores de cuántas maneras se puede evitar que un libro se deteriore. Por lo demás, la visita estuvo mal organizada. Cuando llegamos al Kremlin, ya eran cerca de las dos y media, y al entrar por fin en las iglesias, después de visitar la Oruscheinaya Palata <sup>156</sup>, la oscuridad en su interior era tal que ya no se podía distinguir nada. Aunque, debido a sus diminutas y altas ventanas, de cualquier modo dependen de la iluminación interior. Entramos en dos catedrales: la del Arcángel y la de Uspenski. Esta última es el templo donde se coronaba a los zares. En sus numerosas y pequeñas salas debió de estar representado el poder en su máxima expresión. La tensión que esto daría a las ceremonias es algo difícil de imaginar hoy en día. Aquí, en las iglesias, el pesado organizador de la visita se retiró, y unos viejos y simpáticos vigilantes fueron iluminando lentamente las paredes con velas. A pesar de ello, no se podía ver mucho. La gran variedad de imágenes, de aspecto externo probablemente idéntico, tampoco le dicen nada al lego en la materia. De cualquier modo, la claridad aún bastaba para ver el exterior de las maravillosas iglesias. Recuerdo, en particular, una galería vecina al gran palacio del Kremlin, cubierta de pequeñas cúpulas de brillantes colores; creo que en ella se encontraban los aposentos de las princesas. En otro tiempo, el Kremlin fue un bosque: iglesia del Salvador en el Bosque <sup>157</sup> es el nombre de la más antigua de sus capillas. Más tarde se convirtió en un bosque de iglesias y, como los últimos zares también talaron para hacer sitio a nuevas construcciones, totalmente desprovistas de interés, aún queda más que suficiente para crear todo un laberinto de iglesias. También aquí <sup>158</sup> montan guardia en el exterior, en la fachada, numerosas imágenes de santos que, desde las cornisas más elevadas, miran hacia abajo como pájaros huidizos, protegidos por el tejadillo de hojalata. Sus inclinadas cabezas de retorta

<sup>156</sup> Armería del Kremlin de Moscú, construida entre 1844 y 1851.

<sup>157</sup> «Sobor Spasa na Boru» («en el bosque»), capilla construida en 1330.

<sup>158</sup> También aquí... expresan congoja. Ver: GS IV, 345: «Viele Heiligenbilder... spricht Trübsal».

expresan congoja. Desgraciadamente, la mayor parte de la tarde se dedicó a las grandes colecciones de la Oruscheinaya Palata. Su esplendor es deslumbrante, pero sólo sirven para distraer, cuando lo que uno desearía es concentrar todas sus energías en la magnífica topografía y en la arquitectura misma del Kremlin. Es fácil que quede inadvertida una de las causas fundamentales de su belleza: en ninguna de sus espaciosas plazas se ve monumento alguno. En Europa <sup>159</sup>, en cambio, apenas existe plaza alguna que no haya sido profanada y vulnerada en su estructura más íntima, a lo largo del siglo XIX, con algún monumento. De las colecciones me llamó especialmente la atención una calesa, regalo de un príncipe Rasumofski <sup>160</sup> a una hija de Pedro el Grande. Su ampulosa y ondulante ornamentación podría provocarle a uno el mareo sin necesidad de moverse, antes siquiera de imaginarse su balanceo por carretera, y si uno se entera además de que fue enviada desde Francia por mar, el malestar ya es completo. Toda esta riqueza se adquirió de una forma que ya no tiene futuro: no sólo ha muerto su estilo, sino también la manera misma de adquirirla. Deben de haber sido un peso para sus últimos propietarios y [es] bien imaginable que la sensación de disponer de todo ello pudiera volverlos casi locos. Pero ahora, en la entrada a estas colecciones se ha colgado un retrato de Lenin de la misma manera que unos paganos conversos habrían podido colocar una cruz en el lugar donde antes se ofrecían sacrificios a los dioses. El resto del día fue bastante desafortunado. Ya no quedaba tiempo para comer; eran cerca de las cuatro cuando salí del Kremlin. A pesar de ello, cuando fui a ver a Asia, ésta aún no había vuelto de la modista. Sólo estaban Reich y la inevitable camarada. Pero Reich no podía esperar más, y poco después apareció Asia. Desgraciadamente, la conversación fue a parar luego al libro sobre el Barroco. Dijo las mismas cosas de siempre. Después estuve leyendo un poco de *Einbahnstrasse*. Por la noche nos habían invitado a casa de Gorodinski (?). Pero, al igual que en casa de Granovski, también aquí nos quedamos sin cena. Pues antes de salir vino Asia para hablar aún con Reich, y cuando llegamos al lugar en cuestión, con una hora de retraso, sólo encontramos a la hija. Esa noche fue imposible tratar de hacer nada con Reich. Anduvimos vagando mucho tiempo en busca de un restaurante en el

<sup>159</sup> En Europa... algún monumento: Ver: GS IV, 343: «kaum einer... worden wäre».

<sup>160</sup> Andrej Kirillovich Razumovski (1752-1836).

que yo pudiera comer algo todavía, encontrando un reservado sumamente primitivo, con tabiques de madera sin desbatar, y al final entramos en una desagradable *pivnaya* de la Lubianka donde nos sirvieron una comida muy mala. Luego, media hora en casa de Ilesh —él no estaba, y su mujer nos hizo un té excelente—, y luego, a casa. Aún me habría gustado ir al cine con Reich a ver la *Sexta parte de la tierra*, pero él se encontraba muy cansado.

#### 5 DE ENERO

Moscú <sup>161</sup> es la más silenciosa de todas las grandes ciudades, y, con nieve, doblemente. El instrumento principal de la orquesta de la calle, la bocina de los coches, aquí solo se halla débilmente representado; hay pocos coches. Asimismo, comparado con otros centros, hay muy pocos periódicos; de hecho, sólo un periódico sensacionalista, único diario de la tarde, que aparece todos los días a las tres. Por último, los gritos de los vendedores tampoco son aquí muy fuertes. La venta callejera es ilegal y trata de pasar inadvertida. Y para dirigirse a los transeúntes se sirven menos de gritos que de palabras reposadas, cuando no susurradas, en las cuales subyace un residuo del tono suplicante del mendigo. Sólo hay una casta <sup>162</sup> que pasa haciendo ruido por las calles: la de los traperos, con su saco a la espalda; su llamada melancólica recorre todas las calles de Moscú una o varias veces por semana. Ocurre algo curioso <sup>163</sup> con estas calles: la aldea rusa juega en ellas al escondite. Al atravesar uno cualquiera de los grandes portones —a menudo disponen de verjas de hierro forjado, pero yo no he visto nunca ninguno cerrado—, uno se encuentra en la entrada de un espacioso poblado que a menudo ocupa tal extensión, que parece como si el espacio de esta ciudad no costase nada. Se nos abre así una alquería o una aldea. El piso es desigual; se ve a niños en trineo, quitando la nieve con palas;

<sup>161</sup> Moscú es... del mendigo (marc.): Ver: GS IV, 319: «Das winterliche ... wenig Autos»; 321-322: «All das... Bettlerdemut liegt»; 321: «Der Strassenhandel... jedes Aufsehen».

<sup>162</sup> Sólo hay una casta... por semana: Ver: GS IV, 321: «Nur eine Kaste... jedes Viertel».

<sup>163</sup> Ocurre algo... miserables tabernas (marc.): Ver: GS IV, 343: «Mit Moskaus... der Landschaft»; «Nirgens sieht... Teilen an».

los rincones están llenos de cobertizos para la leña, las herramientas o el carbón; los árboles crecen por todas partes; primitivas escaleras de madera o construcciones adosadas dan a los laterales o a las espaldas de las casas, de aspecto muy urbano por el lado de la calle, un aire de casa campesina rusa. De este modo, la calle se prolonga en una dimensión paisajística. Moscú, sin duda, no parece ser la ciudad misma por todas partes, sino, más bien, su extrarradio. En los lugares más céntricos de la ciudad se puede encontrar piso reblandecido, barracones, transportes de materias primas, ganado camino del matadero y miserables tabernas. Lo vi <sup>164</sup> claramente este día cuando recorría la Suyarevskaya. Quería ver el famoso parque Sujarev, heredero, con sus más de un centenar de tenderetes, de una feria importante. Entré en él desde el barrio de los chatarreros. Es el lugar más cercano a la iglesia (la catedral de San Nicolás) cuyas cúpulas azules se alzan por encima del mercado. Aquí, la gente deja simplemente su mercancía sobre la nieve. Hay cerrojos viejos, varas de medir, herramientas, utensilios de cocina, material electrotécnico y muchas cosas más. En el mismo lugar se efectúan también reparaciones; vi cómo soldaban algo con un soplete. No se ven asientos por ninguna parte; todo el mundo está de pie, derecho, charlando o vendiendo. El mercado baja hasta la Suyarevskaya. Al avanzar <sup>165</sup> por las numerosas plazas y avenidas de tenderetes, vi con claridad hasta qué punto determina a gran parte de las calles de Moscú toda esta disposición de mercado y feria aquí reinante. Hay una zona de relojeros y un barrio de prendas de confección, centros de venta de material electrotécnico y de maquinaria, y luego, nuevamente, tramos de calle donde no se encuentra ni una sola tienda. Aquí, en el mercado, las mercancías permiten reconocer su función arquitectónica: los pañuelos y las telas forman pilastras y columnas; las hileras de zapatos y *valinki* que cuelgan sobre los mostradores, sujetos por los cordones, se convierten en el tejado de los tenderetes; grandes *garmoshkas* forman ruidosos muros, como una especie de muralla de Memnón. Aquí, en la zona de los bazares de juguetes, encontré también, finalmente, mi samovar como elemento decorativo para el árbol de Navidad. Por primera vez en Moscú vi puestos con imágenes de santos. Están recubiertas en su mayoría de hojalata plateada,

<sup>164</sup> Lo vi... la Suyarevskaya: Ver: GS IV, 321: «Und an der... oder handelt».

<sup>165</sup> Al avanzar... entre gendarmes (marc.): Ver: GS IV, 321-322: «Auf diesem Markt... zwei Gendarmen».

al estilo antiguo, en la cual aparecen estampados con troquel los pliegues del manto de la Virgen. Sólo la cabeza y las manos son superficies coloreadas. También hay cajitas de cristal en las que, guarnecida con brillantes flores de papel, se puede ver la cabeza de San José (?). E igualmente, estas flores, en libertad, formando grandes ramos. Brillan mucho más que las mantas de colores o la carne cruda sobre la nieve. Pero, dado que este ramo de ventas pertenece al comercio del papel y de los cuadros, los tenderetes de imágenes de santos se encuentran situados junto a los puestos de papelería, por lo que siempre aparecen flanqueados por retratos de Lenin, como un detenido entre gendarmes. También hay rosas de Navidad <sup>166</sup>. Al no tener un lugar propio, pueden aparecer rodeadas de productos de alimentación, tapices o tenderetes de utensilios de cocina. Pero ellas lo eclipsan todo: carne cruda, mantas de colores y brillantes cuencos. Al llegar a la Sujarevskaya, el mercado se estrecha, formando un pasillo entre los muros. Allí hay niños que venden artículos para el consumo doméstico, pequeñas cuberterías, manteles y cosas por el estilo; vi a dos de ellos de pie, cantando junto al muro. Por primera vez también desde que estuve en Nápoles vi a un vendedor de cosas mágicas. Tenía delante una botellita en cuyo interior había un mono muy grande de trapo sentado. No se entendía cómo había podido meterlo allí. En realidad, sólo había que introducir en la botella un animalito de trapo como los que vendía aquel hombre. El agua hacía que se hinchase. Un napolitano vendía ramos de flores del mismo tipo. Todavía estuve paseando un rato por la Sadovaya, y luego, hacia las doce y media, fui a ver a Basseches. Cuenta muchas cosas, algunas de ellas muy instructivas, pero acompañadas de constantes repeticiones y de noticias carentes de interés que sólo sirven para expresar su afán de reconocimiento. Pero es muy atento y, para mí, de gran utilidad con sus informaciones, su préstamo de revistas alemanas, y con su ofrecimiento de proporcionarme una secretaria. Por la tarde no fui en seguida a ver a Asia: Reich quería hablar con ella a solas y me pidió que fuese a las cinco y media. En los últimos tiempos, apenas puedo hablar nada con Asia. En primer lugar, porque su salud se había vuelto a resentir. Tiene fiebre. Aunque esa circunstancia, tal vez la hubiera podido predisponer a una charla tranquila, si no fuese porque, junto a la presencia mucho más discreta de Reich, la

<sup>166</sup> También hay rosas... brillantes cuencos: Ver: GS IV, 333: «Es leuchtet... glänzende Schüsseln».

presencia paralizadora de su compañera de habitación, que habla con voz muy fuerte y acalorada; no determinase la orientación de todas las conversaciones; aparte de lo cual entiende tanto alemán que inmoviliza todo lo que pudiera quedarme de energía. En uno de los raros minutos en que nos quedamos a solas, Asia me preguntó si volvería otra vez a Rusia. Yo le dije que, sin saber algo de ruso, no. Y aun así, dependería de algunas otras cosas: del dinero, de mi estado de salud, de sus cartas. Éstas —dijo evasiva— dependerían, a su vez, de cómo se encontrase ella. A instancias suyas, yo salí aún a comprar mandarinas y *halva*, que le entregué abajo a la enfermera. Reich me pidió la habitación para pasar en ella la velada trabajando con su traductora. No pude decidirme a ir solo a ver *Dench y Noch*, de Tairoff <sup>167</sup>. Fui a ver *La sexta parte de la tierra* (en el cine del Arbat). Pero se me escaparon muchas cosas.

#### 6 DE ENERO

La tarde anterior le había enviado un telegrama a Dora para felicitarla por su cumpleaños. Luego subí por la Miasitskaya hasta llegar a la Puerta Roja, doblando a continuación por una de las amplias calles laterales que parten de allí. Durante este paseo, cuando ya había anochecido, descubrí el paisaje de patios de Moscú. Hacía un mes que estaba en Moscú. Este día transcurrió de una forma bastante insípida, por lo que apenas hay nada que apuntar. Por la mañana tomé el desayuno en el pequeño y simpático café del que, probablemente, aún me habré de acordar a menudo; Reich me explicó el contenido de la cartelera de cine que había comprado la noche anterior. Luego fui a dictar a casa de Basseches. Puso a mi disposición a una mecanógrafa bonita y simpática, y que trabaja de maravilla. Pero cuesta tres rubios la hora. Aún no sé si podré costeármelo. Después de dictar me acompañó al Dom Gerzena. Comimos los tres juntos. Nada más comer, Reich se fue a ver a Asia. Yo todavía hube de quedarme un rato con Basseches, consiguiendo también una cita con él para ir a ver *Storm* <sup>168</sup> al día siguiente por la noche. Finalmente me acompañó aún hasta el sanatorio. El panorama que encontré

<sup>167</sup> *Día y noche (Den i noch)*, representada por Tairov en el Teatro Kamernyi.

<sup>168</sup> *Storm: (Tempestad)*: pieza teatral estrenada por Bill Belocerkovski (1885-1970) en 1925; producción: E. Liubinov-Lanskoi.

al llegar arriba era desolador. Todo el mundo se abalanzó sobre las revistas alemanas que yo, imprudentemente, había subido. Por último, Asia dijo que quería ir a la modista, y Reich, que la acompañaría allí. Yo le dije «adiós» a Asia a través de la puerta y me fui hacia casa. Mi esperanza de verla aparecer todavía por la noche en mi habitación se vio frustrada.

7 DE ENERO

El capitalismo <sup>169</sup> de Estado ha conservado en Rusia muchos de los rasgos de la inflación. Sobre todo, la inseguridad legal en el interior. Por una parte se ha autorizado la NEP, pero, por otra, sólo se admite en interés del Estado. Cualquier «Nep» puede convertirse, sin previo aviso, en víctima de un cambio radical de la política económica e, incluso, de una declaración oficial transitoria. No obstante, en algunas manos se acumulan —visto desde la óptica rusa: increíbles— fortunas. He oído hablar de gente que tiene que pagar más de tres millones de rublos de impuestos. Estos ciudadanos son el contrapunto del comunismo heroico de guerra: la especulación heroica \*. En la mayoría de los casos se ven abocados a seguir estos derroteros con total independencia de sus propios planes. Pues aquello que caracteriza a la época de la NEP es justamente la limitación de las directrices estatales en lo que se refiere al comercio interior, a los artículos de estricta necesidad. Esto da lugar a una coyuntura muy favorable para el «Nep». Otro de los rasgos de la inflación son también los vales, el único medio para adquirir muchos productos en las tiendas estatales; de ahí las colas. La moneda es firme, pero el papel sigue ocupando un espacio muy importante en la vida económica, en la forma de estos vales, en las listas de precios de muchos escaparates. El mismo hecho del descuido en el vestir sólo se ha dado a conocer en Europa Occidental bajo el signo de la inflación. No hay duda de que la convención del traje informal empieza a tambalearse. De ser el uniforme de la clase dominante, amenaza con convertirse en el símbolo del más débil en la lucha existencial. En los teatros, ya se van atreviendo a salir tímidamente los

<sup>169</sup> *El capitalismo... traje nacional campesino*: en el manuscrito aparece marcado, pero, al parecer, no ha sido incluido en ningún ensayo.

\* Juego de palabras: NEP y *Nepp* (en alemán: «estafa», «especulación») [*N. de la T.*]

primeros vestidos de gala, como la paloma de Noé tras largas semanas de lluvia. Pero aún sigue habiendo mucha uniformidad de aspecto proletario: al parecer ha desaparecido por completo la forma europea occidental de cubrirse la cabeza: el sombrero, rígido o flexible. Lo que predomina es el gorro ruso de piel o la gorra deportiva, utilizada también por algunas jóvenes en versiones elegantes, pero atrevidas (con unas viseras muy grandes). En general, la gente no suele descubrirse en los lugares públicos; el saludo, por otra parte, se ha hecho también más informal. En cuanto al resto de la indumentaria, predomina ya la variedad oriental. Tanto en hombres como en mujeres se observa una mezcla de cazadoras de piel, chaquetas de cuero y terciopelo, elegancia cosmopolita y traje típico aldeano. De vez en cuando —como ocurre también en otras grandes ciudades—, aún se puede ver (en mujeres) el traje nacional campesino. Este día me quedé, por la mañana, mucho tiempo en casa. Luego, a ver a Kogan, el presidente de la Academia. No me afectó su insignificancia; en todas partes me habían advertido de ello. En la oficina de la Kameneva cogí entradas para el teatro. Durante un tiempo de espera que parecía no querer acabar nunca estuve hojeando un libro sobre el cartel revolucionario ruso, con numerosas y excelentes ilustraciones, algunas en color. Me llamó la atención el hecho de que —por muy eficaces que sean estos carteles— no hay nada en ellos que no pueda explicarse, sin gran esfuerzo, a partir de los elementos estilísticos de un arte industrial burgués en parte ni siquiera muy avanzado. No encontré a Reich en el Dom Gerzena. Con Asia estuve a solas al principio; se encontraba muy decaída, o quizá sólo lo simulaba, de modo que no entablamos conversación. Luego apareció Reich. Yo me marché para acordar con Basseches nuestra salida al teatro aquella noche, y, al no poder localizarlo por teléfono, tuve que ir a su casa. Toda la tarde, con dolor de cabeza. Después fuimos con su novia, una cantante de opereta, a ver *Storm*. La novia parecía muy tímida y, además, no se encontraba bien, por lo que se fue a casa nada más acabar el teatro. *Storm* expone situaciones del comunismo de guerra agrupadas en torno a una epidemia de tifus en el campo. Basseches me tradujo todo abnegadamente, y la interpretación fue mucho mejor de lo habitual, de modo que le saqué un gran provecho a la velada. La obra, como todas las rusas (según Reich) carece de trama. Me pareció que sólo tenía el interés informativo de una buena crónica; interés que, sin embargo, no es de índole dramático. Hacia las 12 fui a cenar con Basseches al

*kruyok*<sup>170</sup> de la Tverskaya. Pero, como era la primera festividad navideña (según el antiguo calendario), el club no estaba demasiado animado. La comida fue excelente; el vodka lo habían mezclado con una esencia de hierbas aromáticas que le daba un color amarillo y lo hacía más fácil de beber. Comentamos el proyecto de un reportaje sobre arte y cultura franceses para algunas publicaciones rusas.

8 DE ENERO

Por la mañana, a cambiar dinero, y luego, a dictar. La reseña sobre la discusión del Meyerhold creo que me salió más o menos bien; en cambio no logré avanzar con mi informe sobre Moscú para el *Diario*. Por la mañana temprano tuve una discusión con Reich por haber ido [con] Basseches (de una manera algo irreflexiva) al Dom Gerzena. Me volvió a aleccionar sobre la gran cautela que hay que tener aquí. Éste es uno de los síntomas más evidentes de la fuerte politización de la vida. Me alegré mucho de no ver a Basseches en la legación cuando fui a dictar; estaba aún en la cama. Para no tener que ir al Dom Gerzena, me compré caviar y jamón, y comí en casa. Cuando fui a ver a Asia, hacia las cuatro y media, Reich no había llegado aún. Tardó todavía una hora, y luego me dijo que, de camino al sanatorio, había vuelto a darle un ataque al corazón. Asia se encontraba peor y tan preocupada consigo misma, que apenas se dio cuenta del retraso de Reich. Vuelve a tener fiebre. La camarada, que ya empieza a resultarme insoportable, estuvo casi todo el tiempo en la habitación, recibiendo luego ella misma visita también. Su comportamiento, por lo demás, es siempre amable..., si no fuese por su presencia en torno a Asia. Le estuve leyendo a Asia el esbozo del *Diario*, sobre el cual hizo algunas observaciones muy acertadas. Al final, la conversación rezumaba un cierto tono amable. Luego estuvimos jugando al dominó en la habitación. Llegó Reich. Seguimos jugando los cuatro. Reich tenía reunión por la noche. Hacia las siete tomé un café con él en el sitio de siempre; luego me fui a casa. Cada vez veo más claramente que en los próximos tiempos necesitaré una armazón sólida para mi trabajo. Y, desde luego, ésta no puede ser la traducción. La condición previa para

<sup>170</sup> Club. círculo (*kruzhok*).

construirla es, a su vez, una toma de postura. A fin de cuentas, sólo son dudas externas las que me impiden ingresar en el K.P.D. Ahora sería el momento adecuado, y tal vez sea peligroso dejarlo pasar. Pues el hecho, justamente, de que mi pertenencia al Partido sea para mí, posiblemente, un simple episodio hace que no sea aconsejable aplazarlo. Ha sido y sigue siendo la presión de las dudas externas lo que me obliga a preguntarme si no existe la posibilidad de dar veladuras prácticas y económicas a una posición de izquierdas, al margen del Partido, mediante un trabajo intensivo que me siguiera garantizando la posibilidad de una producción más amplia dentro del que hasta ahora ha sido mi ámbito de trabajo. La cuestión es hasta qué punto se puede conducir esta producción a un nuevo estadio sin provocar una ruptura. Y aun en tal caso, la «armazón» debería contar con alguna apoyatura externa, como, por ejemplo, un empleo de redactor. Sea como fuere, la nueva etapa iniciada parece diferenciarse de las anteriores en que empieza a estar menos condicionada por lo erótico. En tomar conciencia de ello ha influido, en cierta medida, el observar la relación entre Reich y Asia. Me doy cuenta de que Reich se muestra más firme frente a la inestabilidad de Asia y no se deja (o no parece dejarse) influir tanto por formas suyas de comportamiento que a mí me enfermarían. Y ya esto último me parece mucho. Esto se debe a la «armazón» que él ha encontrado aquí para su trabajo. A los contactos reales que éste le proporciona, se viene a añadir, sin duda, el hecho de que aquí él forme parte de la clase dominante. Esta nueva configuración<sup>171</sup> de toda una jerarquía de poder es, en definitiva, lo que hace que la vida aquí sea tan extraordinariamente rica en contenido. Pues está tan encerrada en sí misma y tan llena de acontecimientos, es tan pobre y, al mismo tiempo, tan llena de perspectivas como la vida de los buscadores de oro de Klondike. Desde la mañana hasta la noche no se hace otra cosa que escarbar en busca de poder. Todas las posibilidades combinatorias en la existencia de los intelectuales de Europa Occidental son extremadamente pobres comparadas con las innumerables relaciones con que se encuentra aquí un solo individuo a lo largo de un mes. La consecuencia de ello puede ser, sin duda, una especie de estado de embriaguez que hace absolutamente impensable una vida sin reuniones y comisiones, debates, resoluciones

<sup>171</sup> Esta nueva configuración... deseo de poder: Ver: GS IV, 335-336: «Diese Umformung... vorstellen lasst».

y votaciones (y todo esto son guerras, o, por lo menos, maniobras del deseo de poder). Pero es [...] <sup>172</sup> éste el [objetivo final] <sup>173</sup> que insta de una forma tan categórica a tomar postura, que plantea la pregunta de hasta qué punto se está dispuesto a soportar el papel de espectador en una sala hostil y peligrosa, inhóspita y expuesta a las corrientes de aire, o bien a aceptar, de una manera u otra, el papel que se ha de interpretar en el estruendoso escenario.

9 DE ENERO

Sigo considerando mi ingreso en el Partido. Ventajas decisivas: una posición segura, la virtualidad de un mandato. La garantía de un contacto organizado con gente. Argumentos en contra: ser comunista en un Estado bajo el dominio del proletariado supone renunciar completamente a la independencia personal. Uno, por así decirlo, delega en el Partido la tarea de organizar la propia vida. Pero, en países donde se oprime al proletariado, eso significa ponerse de parte de la clase oprimida, con todas las consecuencias que, tarde o temprano, esto pueda acarrear. La posición de pionero sería tentadora si no existieran en ella compañeros cuya actuación le demostrase a uno mismo, en todo momento, lo dudoso de tal posición. Dentro del Partido: la tremenda ventaja de poder proyectar las propias ideas en una especie de campo de fuerzas dado de antemano. Sobre la posición independiente y su licitud decide finalmente la cuestión de si es posible quedarse fuera obteniendo un provecho personal y efectivo demostrable sin pasarse a la burguesía, o en detrimento del propio trabajo. De si podré dar en lo sucesivo cuenta precisa de mi trabajo, principalmente del científico, con sus bases formales y metafísicas. Qué hay de «revolucionario» en su forma y en qué medida se da en él. De si mi situación de incógnito ilegal entre los autores burgueses tiene algún sentido. Y de si es absolutamente imprescindible para mi trabajo evitar ciertos extremos del «materialismo», o bien he de tratar de afrontarlos dentro del Partido. Lo que aquí se debate son, en definitiva, las restricciones inherentes al trabajo especializado realizado por mí hasta el mo-

<sup>172</sup> [...] Aquí hay una palabra totalmente ilegible por causa de una arruga en el papel.

<sup>173</sup> [Objetivo final]: de lectura dudosa.

mento. Y tiene que acabar en el ingreso en el Partido —al menos con carácter experimental—, en el caso de que <sup>174</sup> este trabajo no pueda seguir el ritmo de mis convicciones ni organizar mi existencia sobre una base tan reducida. Aunque, mientras siga viajando, prácticamente no podré plantearme el ingreso en el Partido. Era domingo. Por la mañana estuve traduciendo. Al mediodía, en un pequeño restaurante de la Bolshaya Dimitrovka. Por la tarde, con Asia, que se sentía muy mal. Por la noche, solo en mi habitación, traduciendo.

10 DE ENERO

Por la mañana tuve una discusión muy desagradable con Reich. Recordó mi sugerencia de leerle la reseña <sup>175</sup> acerca de la discusión en el Meyerhold. En ese momento, yo ya no tenía la necesidad de hacerlo, pero me avine a ello con una resistencia instintiva. Después de nuestras charlas anteriores sobre las reseñas enviadas al *Literarische Welt*, era evidente que de ello tampoco podía salir nada bueno. Leí, pues, muy deprimida. Pero yo me había sentado en la silla en una posición tan desafortunada —la luz me daba directamente en los ojos—, que esta mera circunstancia debería haberme permitido prever ya el resultado. Reich me escuchaba con una actitud de calma forzada y, cuando hubo terminado, no necesitó de muchas palabras. El tono empleado por él bastó para desencadenar, de modo instantáneo, una disputa, tanto más insoluble cuanto que ya no era posible aludir a lo que la había motivado. Cuando estábamos en pleno altercado llamaron a la puerta; era Asia. Se volvió a marchar en seguida. En el tiempo que permaneció allí, yo hablé poco: estuve traduciendo. Me fui de un humor pésimo a dictar cartas y un artículo a casa de Basseches. La secretaria me resulta muy simpática, aunque también bastante «señorita». Cuando la oí decir que

<sup>174</sup> En el manuscrito: «wenn sich auf». Al parecer, Benjamin quería escribir primeramente: «wenn sich auf dieser schmalen Basis diese Arbeit nicht *all meinen Intentionen* ... [organisieren lassen kann]», pero luego tachó «all meinen Intentionen» y prosiguió la frase de otra manera, sin revisar, no obstante, el inicio de la frase convenientemente.

<sup>175</sup> Esta reseña se publicó el 11-2-1927 en *Literarische Welt* con el título «Der Regisseur Meyerhold - in Moskau erledigt? Ein literarisches Gericht wegen der Inszenierung von Gogols *Revisor*». Ver: «Disputation bei Meyerhold», *GS IV*, 481-483.

quería volver a Berlín, le di mi tarjeta. Yo no tenía el menor interés en encontrarme con Reich al mediodía. Así que compré algunas cosas y comí en mi habitación. Me tomé un café de camino al sanatorio y volví a tomarme otro de vuelta a casa. Asia se encontraba mal; en seguida le entró sueño, de modo que la dejé sola para que pudiese dormir. Pero durante unos minutos estuvimos en la habitación a solas (o, al menos, ella hizo como si lo estuviéramos). Me dijo que, si volvía a Moscú en otra ocasión y ella estaba sana, yo no tendría que andar dando vueltas por ahí tan solo. Pero, si no se curaba, iría a Berlín —le tendría que hacer un hueco en mi habitación con un biombo— para que la trataran médicos alemanes. Por la noche estuve solo en casa. Reich llegó tarde y aún me contó algunas cosas. Pero una cosa estaba clara después del incidente de la mañana: yo ya no podía pretender contar con Reich para nada de lo que proyectaba hacer durante mi estancia, aunque sin él no pudiera organizarla de manera provechosa; lo único sensato era marcharse.

#### 11 DE ENERO

A Asia tienen que volver a ponerle inyecciones. Quería ir a la clínica ese día, y el día anterior habíamos quedado en que iría a recogerme para que la acompañase allí en trineo. Pero no llegó hasta cerca de las doce. La inyección se la habían puesto ya en el sanatorio. Estaba muy excitada a consecuencia de ello, y, cuando nos encontrábamos solos en el pasillo (los dos teníamos que telefonar), se agarró a mi brazo en un arrebato de antigua espontaneidad. Reich estaba escribiendo cartas en la habitación y no mostró intención de marcharse. Y, aunque Asia volvió de nuevo a mi habitación esa mañana, todo fue completamente inútil. De nada sirvió que yo retrasara mi salida unos minutos. Dijo que no quería venirse conmigo. Los dejé, pues, solos, a ella y a Reich, y me fui a la Petrovka (aunque todavía no pude conseguir mi pasaporte), y, después, al Museo de Cultura Pictórica. Este pequeño incidente me llevó a decidir definitivamente mi regreso, cuya fecha, por otro lado, ya se iba acercando. En el museo no había gran cosa que ver. Más tarde me dijeron que Larionoff y Goncharova<sup>176</sup> son nombres conocidos. Pero sus cosas carecen de

<sup>176</sup> Mijail F. Larionov (1881-1964) y Natalia Goncharova (1881-1962), pintores "vanguardistas" (rayonismo, orfismo, etc.), compañeros sentimentales: entre

interés. Al igual que las otras cosas que hay en las tres salas, parecen totalmente influidas por las pinturas parísinas y berlinesas coetáneas, que copian sin ninguna habilidad. Al mediodía me pasé varias horas en la oficina de Cultura esperando conseguir entradas para ir al Teatro Malaia<sup>177</sup> con Basseches y su novia. Pero como no logré avisar simultáneamente al teatro por teléfono, por la noche no aceptaron el pase. Basseches había ido sin su novia. A mí me habría gustado ir al cine, pero él quería cenar, de modo que le acompañé al Savoy<sup>178</sup>. Es mucho más modesto que la Bolshaja Moskovskaya. Por otra parte, me aburrí mucho con él. Es incapaz de hablar de otra cosa que no sean sus asuntos más personales; y lo hace con la clara conciencia de demostrar lo muy informado que está y lo bien que sabe informar a los demás. No paró de hojear y de leer *Bandera Roja*. Luego le acompañé un trecho en coche y me dirigí directamente a casa, donde todavía estuve traduciendo. Ese día<sup>179</sup> por la mañana compré la primera caja lacada (en la Petrovka). Hacía ya algunos días que, como suele ocurrirme a menudo, cuando iba por la calle sólo me fijaba en una cosa: en este caso, en las cajas lacadas. Un enamoramiento breve y apasionado. Quisiera comprar tres; aún no tengo muy clara la adjudicación de las dos que ya tengo. Ese día compré la cajita de las dos muchachas sentadas junto al samovar. Es muy bonita; aunque sin que ese negro intenso que es con frecuencia lo más bello de estos trabajos aparezca por ninguna parte.

#### 12 DE ENERO

Ese día<sup>180</sup> compré en el Museo Kustarny una caja mayor en cuya tapa aparecía pintada, sobre fondo negro, una cigarrera. A su lado hay un arbolito muy delgado y, junto a éste, un niño. Es una escena invernal, pues en el suelo hay nieve. La de las dos muchachas también podría hacer pensar en un ambiente nevoso, pues el cuarto en el que están sentadas tiene una ventana por la

1915 y 1929, colaboradores de escenografía artística para los montajes del Ballet Ruso de Diaghilev (en Francia).

<sup>177</sup> El pequeño teatro (académico nacional) (*Mal'yi teatr*).

<sup>178</sup> Dos conocidos hoteles de Moscú.

<sup>179</sup> *Ese día... por ninguna parte*: Ver: GS IV, 624: «Von den einfachen... an Laden».

<sup>180</sup> *Ese día... «Mosselprom»*: Ver: GS IV, 332: «Ich sah... den Zigaretten».

que parece verse un aire azul helado. Pero no es seguro. Esta nueva caja me ha resultado mucho más cara. La elegí de entre un gran surtido; había también muchas cosas feas: copias serviles de antiguos maestros. Especialmente caras parecen ser las cajas que tienen una capa dorada (que se remontan, al parecer, a modelos más antiguos), pero a mí no me gustan. El motivo de las cajas mayores debe de ser bastante reciente; en el delantal de la vendedora, por lo menos, pone «Mosselprom»<sup>181</sup>. Recuerdo que una vez ya estuve parado largo rato frente al escaparate de una tienda muy elegante de la Rue du Faubourg Saint-Honoré mirando cajas como éstas. Pero entonces rechacé la tentación de comprar una con la idea de que fuese Asia quien me la regalase, o que, al menos, procediese, tal vez, de Moscú. Esta pasión mía proviene de la gran impresión que siempre me causó una caja semejante que había en la casa<sup>182</sup> que Bloch tenía con Else en Interlaken; desde entonces puedo imaginarme la impresión tan imborrable que dejan en los niños tales imágenes sobre fondo lacado de color negro. Pero el motivo de la caja de Bloch ya lo he olvidado. Ese mismo día encontré también unas postales fantásticas que llevaba buscando desde hacía mucho tiempo, viejo género invendible de la época de los zares; ilustraciones en cartulina prensada de colores, principalmente, además de vistas de Siberia (con una de las cuales trato de mistificar a Ernst), etc. Fue en una tienda de la Tverskaya, y, como el propietario habla alemán, no tuve que hacer el esfuerzo que normalmente me exige el comprar aquí, pudiendo tomarme mi tiempo. Ese día, por cierto, me había levantado y salido pronto de casa. Luego, hacia las 10, había aparecido Asia, encontrando aún a Reich en la cama. Se quedó una media hora, caricaturizándonos a actores y parodiando al cantante que había compuesto la canción cabaretística de *San Francisco* y del que ella había oído hablar, probablemente, muy a menudo. Yo ya conocía la canción de cuando estuvimos en Capri, donde ella la solía cantar a veces. En un principio había esperado poderla acompañar por la mañana e ir luego juntos a un café. Pero se hizo demasiado tarde. Salí con ella, la dejé en el tranvía y me fui luego solo. Esta visita matinal tuvo un

<sup>181</sup> Unión de Empresas Moscovitas para la Transformación de Productos Agrícolas. La Mosselprom se dio a conocer en gran medida por los versos publicitarios de Mayakovski y Rodchenko en favor de estas empresas.

<sup>182</sup> Ernst Bloch vivió con su primera mujer, Else Bloch von Stritzki (1883-1921), en Interlaken desde la primavera de 1917 hasta 1919.

efecto benéfico sobre todo el día. Primero, es cierto, me sentí algo insatisfecho en la Galería Tretiakoff. Pues las dos salas que más deseaba ver estaban cerradas. En compensación, las otras salas resultaron ser para mí una maravillosa sorpresa: pude recorrer<sup>183</sup> el museo como nunca hasta entonces lo había hecho tratándose de una colección desconocida; completamente relajado y entregado al disfrute de una especie de contemplación pueril de lo que los cuadros narraban. Pues la mitad del museo la integran cuadros de pintura rusa de género; su fundador comenzó a hacer adquisiciones hacia 1830 (?), interesándose casi exclusivamente por cosas contemporáneas. Posteriormente, el ámbito de su colección se ha visto ampliado hasta 1900. Y teniendo en cuenta que las cosas más antiguas —exceptuando los iconos— parecen ser de la segunda mitad del siglo XVIII, este museo refleja, en su totalidad, la historia de la pintura rusa del siglo XIX. Fue ésta una época determinada por la pintura de género y paisajística. Lo que yo vi me hace suponer que, de entre todos los pueblos europeos, son los rusos los que han cultivado de una forma más intensa la pintura de género. Y aquellas paredes llenas de cuadros narrativos, de representaciones de escenas de la vida de los estamentos más diversos, convierten a esta galería en un gran libro ilustrado. Por otra parte había aquí también muchos más visitantes que en las otras colecciones que había ido a ver. Basta con ver cómo se mueven [por] las salas, en grupo —a veces, en torno a un guía, o también, en solitario—, con percibir esa gran despreocupación en la que no se advierte ni un ápice del triste abatimiento de los escasos proletarios que pueden verse en los museos occidentales, para darse cuenta: en primer lugar, de que, aquí, el proletariado ha empezado realmente a entrar en posesión de los bienes de la cultura burguesa y, en segundo lugar, de que esta colección, precisamente, le resulta muy familiar e interesante. En ella encuentra temas de su historia: «La pobre institutriz llega a la casa del rico comerciante», «Conspirador sorprendido por los gendarmes», y el hecho de que tales escenas estén imbuidas enteramente del espíritu de la pintura burguesa no sólo no es perjudicial, sino que además se la hace aún más accesible. La educación artística (como ya lo da a entender Proust en ocasiones) no se fomenta precisamente con la contemplación de las «obras maestras». Antes bien sucede que el edu-

<sup>183</sup> *Pude recorrer... no me interesaban* (marc.): Ver: GS IV, 323: «Nichts über rascht... finden können»; 323-324: «Da ist die... Klasse beziehen».



cando, niño o proletario, considera, y con razón, como obras maestras a cosas muy diferentes de las consideradas como tales por el coleccionista. Esos cuadros tienen para él un significado muy transitorio, pero sólido, y el criterio más riguroso sólo se justifica aplicándolo al arte actual que hace referencia a él mismo, a su clase social y a su trabajo. En una de las primeras salas me detuve largo rato frente a dos cuadros de Schedrin<sup>184</sup>: el puerto de Sorrento y otra pintura de aquel lugar; en ambos se veía la inefable silueta de Capri, que para mí siempre estará ligado a Asia. Quise escribirle unas líneas, pero había olvidado el lápiz. Y esta inmersión en la temática nada más iniciar la visita al museo determinó también el espíritu de mi contemplación posterior. Vi retratos muy buenos de Gogol, Dostoyevski, Ostrovski, Tolstoi. En una planta baja a la que se bajaba por unas escaleras había muchas cosas de Vereschaguin<sup>185</sup>. Pero a mí no me interesaban. Salí muy alegre del museo. La verdad es que había entrado ya con ese estado de ánimo, y la culpa de ello la tuvo, más que nada, la iglesia de color ladrillo que se encuentra junto a la parada del tranvía. Era un día de frío; aunque quizá no tan frío como aquel en que estuve aquí por primera vez, buscando el museo sin poderlo encontrar, a pesar de estar a dos pasos de él. Y finalmente, aún pasé también ese día un rato agradable con Asia. Reich se había marchado poco antes de las siete; ella le había acompañado abajo, quedándose allí bastante tiempo, y cuando por fin volvió, a pesar de que yo seguía estando solo, ya no nos quedaban nada más que unos pocos minutos. Ya no recuerdo lo que sucedió: de pronto fui capaz de mirar a Asia con mucho cariño y noté que se sentía atraída por mí. Durante un momento le estuve contando lo que había hecho a lo largo del día. Pero tenía que marcharme. Le di la mano y ella la retuvo entre las suyas. Le hubiera gustado seguir hablando conmigo y yo le dije que si podíamos quedar con seguridad en encontrarnos en mi casa, prefería no ver la obra de Tairoff, a la que había pensado ir. Pero, finalmente, ella tuvo dudas sobre si el médico la dejaría salir. Quedamos en que Asia vendría a verme una de las noches siguientes. La obra de Tairoff era *Día y noche*<sup>186</sup>, basada en una opereta de Lecocq<sup>187</sup>. Me encontré con el ameri-

<sup>184</sup> Silvestr Feodosievich Shchedrin (1791-1830), paisajista ruso.

<sup>185</sup> Vasili Vereschagin (1842-1904), pintor ruso conocido principalmente por sus escenas bélicas.

<sup>186</sup> «*Día y noche*». Ver nota 167.

<sup>187</sup> Alexandre-Charles Lecocq (1832-1918).

cano con el que estaba citado. Pero su traductora no me sirvió de mucho: sólo se dirigía a él. Y como la acción era un tanto compleja, tuve que conformarme con las bonitas escenas de ballet...

13 DE ENERO

El día fue un completo fracaso, a excepción de la noche. Ahora, además, empieza a hacer mucho frío: la temperatura media es de unos 26° Reaumur. Pasé un frío horrible. Ni siquiera los guantes me sirvieron de nada, pues estaban agujereados. La cosa todavía funcionó por la mañana: encontré la agencia de viajes de la Petrovka cuando [yo] ya había renunciado a ello, y también me informé de los precios. Luego quise ir en el autobús 9 al Museo del Juguete. Pero, como el vehículo tuvo una avería en el Arbat y yo creí (equivocadamente) que se quedaría allí mucho tiempo parado, me apeé. Acababa de contemplar con añoranza, al pasar por delante, el mercado de la Arbatskaya, donde vi por primera vez los hermosos tenderetes navideños de Moscú. En esta ocasión, la suerte me sonrió de otra manera: al llegar a casa la noche anterior, cansado y tenso, esperando hacerlo antes que Reich, éste ya estaba allí. Me sentí malhumorado por no poder estar solo tampoco en ese momento (desde que discutimos sobre mi artículo acerca de Meyerhold, la presencia de Reich me solía irritar) e inmediatamente me fui hacia la lámpara para ponerla en una silla junto a mi cama, cosa que ya había logrado hacer otras veces. El [empalme] provisional con la conducción eléctrica volvió a romperse una vez más; impaciente, me incliné sobre la mesa para, en tan incómoda postura, tratar de volverlo a conectar, provocando un cortocircuito después de haber estado un buen rato maniobrando con los cables. Que viniesen a arreglarlo era algo impensable en ese hotel. Con la luz del techo era imposible trabajar, y así volvía a cobrar actualidad la cuestión de los primeros días. Estando en la cama, de pronto se me encendió la «velita». Pero eso era también muy difícil. Hacerle encargos a Reich era un asunto cada vez más difícil; él mismo tenía una infinidad de cosas que hacer y, además, estaba de mal humor. No me quedaba más remedio que ponerme solo en camino, armado de un vocablo. Pero hasta ese mismo vocablo tendría que habérmelo proporcionado antes Asia. Por eso fue una verdadera suerte que allí, en el escaparate de una tienda, encontrase, de forma inesperada, velas, que pude comprar seña-

lándolas simplemente con el dedo. Pero con esto concluyó la parte feliz del día. Tenía mucho frío. Quise ver la exposición de obras gráficas del Dom Pechat<sup>188</sup>: cerrada. Y lo mismo con el Museo Iconográfico. Entonces caí en la cuenta: era Nochevieja de acuerdo con el antiguo calendario. Nada más bajar del trineo que había cogido después de ir al Museo Iconográfico, pues se encontraba en un lugar alejado que yo no conocía y el frío apenas me dejaba avanzar, vi que estaba cerrado. En casos así, en los que sólo por impotencia lingüística se tiene que hacer cualquier cosa absurda, es cuando uno se da doblemente cuenta de la increíble pérdida de tiempo y energía que este hecho supone. El tranvía en otra dirección lo encontré mucho más cerca de lo que había pensado, y me fui a casa. En el Dom Gerzena estuve antes que Reich. Y cuando él llegó, me saludó diciendo: «¡Tiene Vd. mala suerte!» Había ido a la oficina de la *Enciclopedia* a entregar mi exposición sobre Goethe. En ese momento había llegado casualmente Radek<sup>189</sup>, que vio el manuscrito sobre la mesa y lo cogió. Mostrándose desconfiado quiso saber de quién era. «En cada página aparece “lucha de clases” diez veces por lo menos.» Reich le demostró que eso no era cierto y le dijo que, por otra parte, es imposible estudiar la obra de Goethe, que coincide con una época de grandes luchas sociales, sin emplear esa palabra. Radek: «Lo único que importa es que aparezca en el sitio adecuado.» En consecuencia, las esperanzas de que acepten mi exposición son extremadamente escasas. Pues los infelices directores de este proyecto se sienten demasiado inseguros como para permitirse siquiera la posibilidad de expresar la propia opinión frente al peor chiste de cualquier autoridad. Este incidente le resultó a Reich más desagradable que a mí. Para mí lo fue mucho más por la tarde, cuando hablé de ello con Asia. Pues en seguida empezó con que algo habría de cierto en lo que decía Radek. Seguro que había hecho algo mal; yo no sabía cómo se debían abordar aquí estas cuestiones, y cosas por el estilo. Entonces le dije a la cara que sus palabras no eran más que el producto de su cobardía y de la necesidad de moverse, a cualquier precio, en la dirección en que sopla el viento. Después de que Reich llegase, no tardé en salir de la habitación. Pues, como sabía que

<sup>188</sup> «Casa de la Prensa», una especie de club de periodistas.

<sup>189</sup> Karl Radek (1885-1939), funcionario destacado del Partido, miembro del Presidium de la Komintern en 1920; desterrado en 1927/1928 acusado de «trotskista».

hablaría de ello, no quería que lo hiciese en mi presencia. Aquella noche esperaba la visita de Asia. Y por eso, a pesar de estar Reich delante, aún hice alusión a ello desde la puerta. Compré de todo: caviar, tarta, dulces; también para Daga, a quien Reich iría a ver al día siguiente. Luego me senté en mi habitación, cené y escribí. Poco después de las ocho ya había abandonado las esperanzas de que Asia llegara. Pero hacía tiempo que no la esperaba así (y, por todas las circunstancias, que no debía esperarla ya). Y no había hecho nada más que empezar a apuntarle tales expectativas en un cuadro esquemático, cuando llamaron a la puerta. Era ella, y su primera noticia fue que no la habían querido dejar venir a verme. Al principio creí que se refería a mi hotel. Pues, al parecer, hay un nuevo *sovietskushy*<sup>190</sup> muy estricto. Pero se refería a Ivan Petrovich. Y así, también esa noche, o, mejor dicho, esa hora escasa, quedó recortada por todos lados, y yo me vi enzarzado en un combate contra el tiempo. Yo fui, sin duda, el vencedor de la primera ronda. Hice rápidamente el esquema que tenía en la cabeza y, cuando se lo expliqué, ella apretó con fuerza su frente contra la mía. Luego le leí la exposición, y también esto resultó muy bien; le gustó, encontrándola incluso extraordinariamente clara y objetiva. Hablé con ella de lo que considero realmente interesante del tema «Goethe»: el hecho de que un hombre que, como Goethe, tuvo que vivir sujeto a tantos compromisos pudiera, sin embargo, realizar cosas tan extraordinarias. Mi respuesta a ello es que tal cosa sería impensable tratándose de un autor proletario. Pero la lucha de clases de la burguesía fue radicalmente distinta a la proletaria. Por eso no se pueden equiparar esquemáticamente el significado de «infidelidad» o «compromiso» en ambos movimientos. Mencioné la tesis de Lukács<sup>191</sup>, a saber: que el materialismo histórico, en el fondo, sólo se puede aplicar a la historia del movimiento obrero. Pero Asia se cansó muy pronto. Entonces cogí el *Diario de Moscú* y le leí, por las buenas, lo primero que vi. Pero eso fue peor. Se trataba precisamente de mis comentarios acerca de la educación comunista. «Todo eso es absurdo», dijo Asia. Estaba insatisfecha<sup>192</sup> y me

<sup>190</sup> Denominación para el portero acuñada por Benjamin y Lacis.

<sup>191</sup> *La tesis de Lukács, a saber: que el materialismo histórico, en el fondo, sólo se puede aplicar a la historia del movimiento obrero*: Ver sobre el tema: Georg LUKÁCS, *Historia y conciencia de clase* (1923) y la breve recensión de este libro realizada por Benjamin en *GS* III, 171.

<sup>192</sup> *Estaba insatisfecha... malos ratos*: Ver: *GS* IV, 348: «Jetzt macht... deutlicher herausgestellt».

dijo que no conozco Rusia en absoluto. Yo, como es lógico, no se lo discutí. Y entonces empezó a hablar ella: dijo cosas muy importantes, pero el hablar la excitó mucho. Me contó que, al principio, tampoco ella había entendido a Rusia; durante las primeras semanas después de su llegada había deseado volver a Europa y pensado que, en Rusia, todo había acabado, que la oposición tenía absolutamente toda la razón. Pero, poco a poco, se había ido dando cuenta de lo que estaba sucediendo allí: la transformación del trabajo revolucionario en trabajo técnico. En la actualidad, cualquier comunista comprende que el trabajo revolucionario del momento no es la lucha, la guerra civil, sino la electrificación, la construcción de canales, la creación de industrias, mencionando ella misma, en esta ocasión, a Scheerbart, por cuya causa ella y Reich me habían hecho ya pasar aquí tan malos ratos: ningún autor, dijo, había sabido poner de manifiesto tan bien como él el carácter revolucionario del trabajo técnico. (Es una pena que yo no me valiera de esta fórmula tan acertada en la entrevista.) Con todas estas cosas se entretuvo unos minutos más de lo debido. Luego se marchó y, como suele ocurrir cuando se ha sentido unida a mí, no me pidió que la acompañase. Me quedé en la habitación. Durante todo ese tiempo habían estado sobre la mesa las dos velas que, desde la noche del cortocircuito, tengo siempre encendidas en la habitación. Después, cuando ya me había acostado, llegó Reich.

14 DE ENERO

Este día y el siguiente fueron muy desagradables. El reloj ya marca la hora de «salida». El frío es cada vez más intenso (siempre se mantiene sobre los veinte grados, por lo menos), y el cumplimiento de las obligaciones pendientes resulta más difícil. Los síntomas de la dolencia de Reich, convertida ahora en una enfermedad declarada (aunque aún no sé muy bien lo que tiene), se hicieron también más evidentes, de modo que cada vez es menos lo que puede hacer por mí. Este día fue a ver a Daga, muy bien abrigado. Yo aproveché la mañana para ver las tres estaciones de la Plaza Kalanchevskaya: la de Kursk <sup>193</sup>, la de Octubre, de la que

<sup>193</sup> La estación de Kursk no es una de las tres estaciones que se encuentran en la Plaza Kalanchevskaya. Benjamin se refería, probablemente, a la estación de Kazán.

salen los trenes para Leningrado, y la de Yaroslavski, de donde salen los que van a Siberia. El comedor de la estación está lleno de palmeras y da a una gran sala de espera pintada de azul. Eso hace que uno se sienta como en el zoo, en la casa de los antílopes. Estuve tomando té y pensando en el regreso. Tenía frente a mí una bonita bolsa roja con un tabaco de Crimea estupendo que había comprado en uno de los tenderetes que hay delante de la estación. Luego estuve comprando más juguetes. En el Ochotni Riad había un vendedor de juguetes de madera. Me llama la atención el que ciertos artículos salgan por tandas a la venta callejera. Y así, por primera vez, pude ver aquí unas hachas de madera para niños, con pirograbado, de las que un día después vería un cesto lleno. Compré un gracioso modelo en madera de máquina de coser cuya «aguja» se pone en movimiento girando una manivela, y una muñeca de cartón piedra que se columpia sobre una caja de música, un ejemplar deficiente de un tipo de juguete que había visto en los museos. Después ya no pude aguantar el frío y, con paso vacilante, me dirigí a un café. Parecía ser un local de un tipo muy especial: en la pequeña sala había algunos muebles de junco; los alimentos llegaban de la cocina a través de una ventana corredera, y sobre un gran mostrador se veían *sakuskas* <sup>194</sup>: embutidos, pepinos, pescado. Había también una vitrina, como en los restaurantes franceses e italianos. Yo no conocía el nombre de ninguna de las cosas que me hubiesen apetecido y me calenté con una taza de café. Luego salí y me puse a buscar por las «líneas comerciales altas» el escaparate de la tienda donde me habían llamado la atención, uno de los primeros días, las muñecas de barro. Aún estaban allí. Al pasar por el pasaje que comunica la Plaza de la Revolución con la Plaza Roja, me fijé mejor en los vendedores ambulantes tratando de tomar nota de algunas cosas que hasta entonces me habían pasado inadvertidas: venta de ropa interior de señora (corsés), de corbatas y chales, de perchas para la ropa. Finalmente, hacia las dos, llegué, completamente agotado, al Dom Gerzena, en donde, por otra parte, no se puede comer hasta cerca de las tres y media. Después de comer fui a casa para librarme del paquete de juguetes. Llegué al sanatorio hacia las cuatro y media. Cuando subía por la escalera, me encontré con Asia, lista para salir. Quería ir a la modista. Por el camino le conté lo que ya me había dicho Reich (que había llegado a mi habitación justo detrás de mí)

<sup>194</sup> Piscalabis («tapas»).

acerca de la salud de Daga, que parecía ser positivo. Y así seguimos avanzando hasta que, de pronto, Asia me preguntó si no le podría dar dinero. Pero el día anterior yo había estado hablando precisamente con Reich para pedirle que me prestase 150 marcos para el viaje de vuelta; le dije, pues, que no tenía, sin saber para qué lo necesitaba. Ella me contestó que nunca se podía contar conmigo cuando se necesitaba dinero, y empezó a hacerme reproches hablando de la habitación de Riga que debería haberle alquilado, etc. Ese día, yo estaba muy fatigado y, además, sumamente irritado por la conversación iniciada por ella de una forma tan torpe. Resultó que el dinero lo quería para coger un piso que, por lo que había oído, estaba disponible. Quise tomar otro camino, pero ella me retuvo, agarrándose a mí como casi nunca lo había hecho, aunque siguió hablando del mismo tema. Finalmente, sin poderme controlar de rabia, le dije que me había engañado, pues me había prometido por carta restituirme en seguida el dinero de los gastos de Berlín y, hasta el momento, ni Reich ni ella habían dicho una palabra del asunto. Eso la afectó mucho. Yo me excité todavía más y seguí atacándola hasta que ella, acelerando el paso, me dejó con la palabra en la boca. Yo no la seguí; me di media vuelta y me fui a casa. Por la noche estaba citado con Gnedin. Iba a venir a buscarme para llevarme a su casa. Y efectivamente vino, pero nos quedamos en mi habitación. Me pidió disculpas por no llevarme a su casa: su mujer estaba preparando un examen y no tenía tiempo. Nuestra conversación se prolongó hasta cerca de las once, por espacio de unas tres horas. Yo empecé manifestándole mi pesar y mi disgusto por haber conocido de Rusia aún menos de lo que esperaba. Y no tardamos en ponernos de acuerdo sobre el hecho de que la única manera de hacerse una idea de la situación era hablar con el mayor número posible de personas. Por otra parte mostró mucho empeño en hacerme accesible tal o cual cosa antes de mi partida. Y así concertó conmigo una cita, para dos días después —un domingo a mediodía— para ir al Teatro del Proletkult. Pero cuando fui, no le encontré y me tuve que volver a casa. También me prometió invitarme a una representación del club, pero aún no se había fijado la fecha. El programa previsto consistía en una especie de exhibición experimental de nuevas ceremonias<sup>195</sup> para la imposición de nombre, enlaces matrimoniales.

<sup>195</sup> Nuevas ceremonias... enlaces matrimoniales, etc. (marc.): Ver: GS IV, 325: «Neue Zeremonien... Versuchsanstalten vorgeführt».

etcétera. Aquí desearía<sup>196</sup> añadir lo que Reich me contó hace algún tiempo sobre los nombres de los bebés dentro de la jerarquía comunista. Desde el momento en que pueden señalar con el dedo el retrato de Lenin se les llama *oktiabrs*. Aquella noche aprendí también otro vocablo raro. Es la expresión «los de antes»<sup>197</sup> para referirse a los grupos de ciudadanos desposeídos por la revolución que no se han podido adaptar a la nueva situación. Gnedin habló también del interminable cambio organizativo, que aún habría de prolongarse durante años. Todas las semanas se introducen nuevas modificaciones en la organización con el afán de descubrir cuáles puedan ser los métodos idóneos. También hablamos de la desaparición de la vida privada. Por falta de tiempo. Gnedin me contó que durante la semana no ve nada más que a las personas con las que se relaciona en el trabajo, y a su mujer y a su hijo. Y la vida social que queda para los domingos es muy fluctuante, pues con sólo estar tres semanas sin contacto con conocidos, uno puede estar ya totalmente convencido de no volver a saber nada de ellos durante mucho tiempo, ya que, entretanto, nuevas amistades habrán venido a reemplazar a las antiguas. Luego acompañé a Gnedin al tranvía, y en la calle estuvimos hablando aún de cuestiones aduaneras.

#### 15 DE ENERO

Paseo en vano hasta el Museo del Juguete. Estaba cerrado, a pesar de que, según la guía, abre los sábados. Por la mañana me llegó, por fin, el *Literarische Welt* —a través de Hessel—, que yo había estado esperando con tal impaciencia, que cualquier día habría telegrafiado a Berlín pidiendo que me lo enviaran. Asia no entendió el *Almanaque*<sup>198</sup>; a Reich no pareció gustarle dema-

<sup>196</sup> Aquí desearía... «oktiabrs»: Ver: GS IV, 322: «“Oktjabr” (Oktobers)... deuten können».

<sup>197</sup> «Los de antes»: *byvshie liudi*.

<sup>198</sup> «Almanaque» del *Literarische Welt* para 1927, con versos de Walter Benjamin y dibujos de Rudolf Grossmann. En el mismo número del *Literarische Welt* (24-12-1926) aparecía también el comentario de Benjamin a las *Cartas a Máximo Gorki, 1908-1913*, de Vladimir Il'jič Lenin. (Los versos de Benjamin para el *Almanaque* aparecieron en el tomo 6 de las GS; el comentario de Lenin se encuentra en GS III, 51-53.) Después de recibir el *Almanaque*, Benjamin le escribió a Grossman la siguiente carta, aún no publicada (original en el Leo Baeck Institute, Nueva York):

siado. Por la mañana anduve nuevamente vagando; traté de penetrar, por segunda vez, inútilmente en la exposición de arte gráfico y, finalmente, otra vez medio congelado, me metí en la Galería Schukin<sup>199</sup>. El fundador, al igual que su hermano, fue un empresario textil multimillonario. Ambos eran mecenas. A uno se le debe la construcción del Museo de Historia (así como una parte de sus colecciones); al otro, esta magnífica galería de arte francés moderno. Cuando uno sube por la escalera, totalmente

Sehr geehrter Herr Grossmann

endlich, mit drei Wochen Verzögerung, ist mir nun die «Literarische Welt» mit den vorzüglichen Köpfen und Bildern zugekommen, die Sie zu meinen Versuchen gemacht haben. Ich freue mich sehr, dass unsere Sache so gut gelungen ist, und auch ich würde es sehr schön finden, wenn wir gelegentlich wieder ähnlich zusammen arbeiten könnten. Dann sage ich Ihnen den schönsten Dank für die Zeilen an Schaffer. Als ich mich damit zu ihm aufmachen wollte, hörte ich leider, dass er abgereist sei, und so werden Sie ihn wohl schon gesprochen haben. Ich selber gedenke Ende des Monats zurückzukommen und werde mir dann erlauben, Sie anzurufen. Mit Vergnügen las ich das schöne Barbette-Stück von Cocteau im letzten Querschnitt und sah, dass die Übersetzung von Ihrer Frau ist. Ich habe es deutsch ebenso gut gefunden wie vor dreiviertel Jahren französisch.

Ihnen und Ihrer Frau die freundlichsten Empfehlungen und Grüsse

Ihr Walter Benjamin

13. Januar 1927

Moskau

Sadowaja Triumfalnaja

Gost. «Tyrol»

[Estimado Sr. Grossmann:

Por fin he recibido, con tres semanas de retraso, el *Literarische Welt* con las excelentes cabezas e ilustraciones realizadas por Vd. para mis versitos. Me alegro mucho de que nuestro asunto haya resultado tan bien e igualmente me agradaría poder trabajar en alguna otra ocasión con Vd. de manera semejante. Quisiera expresarle también mi mayor agradecimiento por las líneas dedicadas a Schaffer. Cuando quise ir a verle con este motivo, tuve desgraciadamente noticia de que se encuentra de viaje, por lo que supongo que Vd. ya habrá hablado con él. Yo mismo pienso regresar a fin de mes, y entonces me tomaré la libertad de llamarle a Vd. Lei con placer el hermoso fragmento de Barbette, de Cocteau, en el último *Querschnitt*, comprobando que la traducción es de su esposa. Me ha parecido tan bueno en alemán como, hace nueve meses, en francés.

Reciban Vd. y su esposa mis recuerdos y saludos más amistosos.

Walter Benjamin

13 de enero 1927

Moscú

Sadovaya Triumfalnaya

Gost. «Tyrol»]

<sup>199</sup> Sergei Ivanovich Shchukin (1854-1936). Su colección de Picasso, reunida entre 1908 y 1914, se componía de 54 cuadros.

congelado, puede ver en lo alto de la escalinata los famosos murales de Matisse: figuras desnudas, en disposición rítmica, sobre un fondo rojo intenso, tan cálido y brillante como el que se encuentra en los iconos rusos. Las grandes pasiones de este coleccionista fueron Matisse, Gauguin y Picasso. En una sala hay veintinueve cuadros de Gauguin apretados como sardinas. (Por mi parte, volví a comprobar, una vez más —y en la medida en que el fugaz recorrido por esta gran colección permite emplear tal expresión—, que los cuadros de Gauguin me provocan hostilidad y que en ellos percibo todo lo que de aborrecible pueda sentir un no judío frente a los judíos.) Probablemente, en ningún otro lugar se puede, ni con mucho, seguir como aquí la trayectoria de Picasso, desde sus primeros cuadros de veinteañero hasta 1914. Debió de pintar, a menudo durante meses, sólo para Schukin, por ejemplo a lo largo del «período amarillo»<sup>200</sup>. Sus cuadros llenan tres gabinetes contiguos. En el primero de ellos, su primera época, y de esta obra temprana había, por lo menos, dos cuadros que me llamaron la atención: un hombre vestido de *pirot* que sostiene en la mano algo parecido a un vaso, y la *Bebedora de absenta*. Luego, el período cubista, en torno a 1911, en los orígenes de Montparnasse, y, por último, el período amarillo, con la *Amitié* y esbozos de ésta, entre otras cosas. No lejos de allí hay una sala entera dedicada a Derain. Junto a cuadros muy bellos, en su estilo habitual, vi uno completamente extraño, *Le samedi*. Este cuadro, grande y sombrío, muestra, reunidas en torno a una mesa, a mujeres vestidas con el traje típico de Flandes ocupadas en tareas domésticas. Los personajes y la forma de expresión recuerdan sobremanera a Memling. Las salas son muy claras, exceptuando la pequeña con pinturas de Rousseau. Las ventanas, de grandes vidrieras de una hoja, dan a la calle y al patio del edificio. Aquí, por primera vez, pude hacerme una vaga idea de pintores tales como Van Dongen<sup>201</sup> o Le Fauconnier<sup>202</sup>. En un cuadrito de Marie Laurencin<sup>203</sup>, una cabeza de

<sup>200</sup> Poco usual como expresión técnica; Benjamin se refiere, al parecer, a los cuadros característicos por tonalidades amarillas y ocres de la fase del «cubismo sintético» (1911/1912 a 1914).

<sup>201</sup> Cornelius Theodor Marie «Kees» Van Dongen (1877-1968), pintor franco-holandés; perteneció a principios de siglo al movimiento «Fauve».

<sup>202</sup> (Victor-Gabriel)-Henri Le Fauconnier (1881-1946), pintor francés, cubista y expresionista.

<sup>203</sup> Pintora francesa (1885-1956), influida por Matisse y por el cubismo. Diseñó vestuarios para la Comédie Française y los «Ballets russes» de Diaghilev.

mujer con la correspondiente mano femenina introduciéndose en el cuadro y de la cual sale una flor, me recordó a Munchhausen<sup>204</sup> en su configuración fisiológica, haciéndome evidente su pasado amor por Marie Laurencin. Al mediodía supe por Niemen que ya había aparecido mi entrevista<sup>205</sup>. Fui, pues, a ver a Asia con el «*Vechernie Moskva*» y el *Literarische Welt*. La tarde, sin embargo, no resultó nada agradable. Reich no llegó hasta mucho después. Asia me tradujo la entrevista. Yo ya me había dado cuenta, no de que pudiera parecer «peligrosa», como había creído Reich, pero sí de que su conclusión resultaba un tanto endeble; no tanto por mencionar a Scheerbart cuanto por la manera tan insegura e imprecisa de hacerlo. Y esta endeblez se ponía desgraciadamente de manifiesto; mientras que el comienzo, la confrontación con el arte italiano, sí salió bien. No obstante creo que, en conjunto, ha sido útil que apareciera. Asia se sintió fascinada por el comienzo, pero el final le desagradó, con razón. Lo mejor es que ha salido en lugar destacado. En el camino, por causa de la disputa del día anterior, yo había comprado tarta para Asia. Se la tomó. Luego me dijo que ese día, después de separarnos, ya no había querido saber nada más de mí, y había pensado que no nos veríamos nunca más (o en mucho tiempo). Pero, por la noche y para asombro suyo, había visto las cosas de una forma muy distinta, dándose cuenta de que no era capaz de estar mucho tiempo enfadada conmigo. Dijo que, siempre que ocurría algo, la cosa acababa en que, al final, ella me preguntaba si me había ofendido. Desgraciadamente, a pesar de estas palabras —ya no sé por qué—, terminamos peleándonos<sup>206</sup>.

---

<sup>204</sup> Thankmar von Münchhausen (1892-1979), fue dado a conocer por el historiador del Arte Wilhelm Uhde con su «descubrimiento» de Marie Laurencin: su intercambio epistolar con Benjamin, al que conoció, al parecer, a través de Hofmannsthal o Rilke, no ha sido publicado.

<sup>205</sup> *Entrevista: la entrevista con Benjamin en Vecherniya Moskva no se ha archivado en Occidente y el editor no ha tenido acceso a la Biblioteca Lenin de Moscú.*

<sup>206</sup> *Peleándonos... 15 de enero (continuación):* en este pasaje aparece en el manuscrito un espacio libre de aproximadamente 1 3/4 páginas. Benjamin quería, tal vez, insertar en este pasaje, *a posteriori*, la entrevista anteriormente citada, que acababa de publicarse. Pero también es posible que, a la hora de continuar las anotaciones del diario relativas al 15 de enero, no dispusiera de la hoja redactada en último lugar.

15 DE ENERO (*continuación*)

Resumiendo: después de haberle enseñado a Asia el periódico y la revista, la conversación volvió a recaer sobre el fracaso de mi estancia aquí, y, al surgir de nuevo el tema de mis compras de Berlín y empezar Asia a ponerles pegas<sup>207</sup>, yo perdí el dominio de mí mismo y salí corriendo de la habitación como un desesperado. Pero en el pasillo recapacité —o mejor dicho: no me sentí con fuerzas para marcharme— y volví de nuevo diciendo: «Me gustaría quedarme aún un poco, muy tranquilo.» Luego volvimos, incluso, a entablar, poco a poco, conversación, y cuando llegó Reich, los dos estábamos, sin duda, agotados, pero tranquilos. Después de esto me propuse no permitir que, por ningún concepto, volviese a producirse una pelea así. Reich dijo que no se sentía bien. De hecho persistía, o había empeorado, la contracción de la mandíbula. Ya no podía masticar. Tenía las encías inflamadas y no tardó en formársele una úlcera. A pesar de lo cual, dijo, tenía que ir aquella noche al club alemán. Le habían nombrado mediador entre el grupo alemán del Vapp y los delegados culturales en Moscú de los alemanes del Volga. Al encontrarnos a solas en el vestíbulo, me dijo que también tenía fiebre. Yo le toqué la frente y le dije que de ningún modo podía ir al club. Me mandó, pues, a mí para disculparle. La casa no estaba lejos, pero yo me las tuve que ver con un viento tan gélido que apenas conseguía avanzar. Y al final no la encontré. Volví agotado y me quedé en casa.

16 DE ENERO

El viaje de regreso lo había fijado para el viernes, día 21. La proximidad de la fecha hizo mis días muy fatigosos. Eran muchas las cosas que había que resolver, una tras otra y sin apenas intervalo. Para el domingo me había propuesto dos distintas: no sólo encontrarme hacia la una con Gnedin en el Teatro del Proletkult<sup>208</sup>, sino también ir antes al Museo de Pintura e Iconogra-

---

<sup>207</sup> *Ponerles pegas (eines daran ausstellte):* formulación de difícil comprensión: probablemente quiso decir «einiges daran aussetzte» o «einiges daran herausstellte».

<sup>208</sup> Abreviatura de Proletarskaya kultura = organización que se consideraba instrumento para el desarrollo de la «energía creadora oculta» del proletariado.

fía (Astraujoff)<sup>209</sup>. Logré, finalmente, mi primer propósito, pero no el segundo. Volvía a hacer mucho frío; los cristales del tranvía estaban totalmente cubiertos por una gruesa capa de hielo. Primeramente, me pasé bastante de la parada donde debía apearme. Tuve que volver atrás. En el museo se dio la feliz circunstancia de que uno de los vigilantes hablase alemán y me acompañase en el recorrido. A la planta baja<sup>210</sup>, donde hay pintura rusa de finales del siglo pasado y comienzos de éste, sólo le dediqué unos minutos al final. Hice bien en ir antes que nada a la colección de iconos. Está en el primer piso del edificio más bajo, en unas salas muy claras. El propietario de la colección aún vive. La revolución no ha introducido ningún cambio en el museo; se lo ha expropiado, pero dejándole como director de la colección. El tal Astraujoff es pintor e hizo sus primeras adquisiciones hace cuarenta años. Era multimillonario y viajó por todas partes, y cuando finalmente quiso empezar a coleccionar obra plástica rusa en madera, estalló la guerra. La pieza más antigua de la colección, una imagen de santo bizantina pintada con cera sobre una plancha de madera, procede del siglo XVI. La mayor parte de los cuadros son del XV y del XVI. Por las explicaciones de mi guía averigüé cuáles son las principales diferencias entre las escuelas de Stroganoff y de Novgorod, recibiendo también algunas informaciones sobre iconografía. Me fijé, por primera vez, en la alegoría de la muerte vencida al pie de la cruz, tan frecuente en los iconos de aquí. Una calavera (que parece reflejarse en un charco de lodo) sobre fondo negro. Unos días después, en el Museo de Historia, vi también otras representaciones iconográficas muy curiosas. Una especie de bodegón de instrumentos del martirio; en el altar en torno al cual se encuentran agrupados se pasea el Espíritu Santo en forma de paloma sobre un paño pintado en un maravilloso color rosa. Y también dos horribles carátulas con aureola a ambos lados de Cristo: sin duda, los dos ladrones, que, se supone, han entrado en el Paraíso. Otra representación, la de tres ángeles a la mesa, bastante frecuente y en la que aparece

Creada en 1917, perdería en 1921 su independencia en cuanto a su organización política, pasando a depender directamente del Narkompros. Subsistió hasta 1932.

<sup>209</sup> Ilya Semenovich Ostrouchov (1858-1929), pintor ruso; entre 1905 y 1913, administrador de la Galería Tretiakov.

<sup>210</sup> A la planta baja... iconográficas muy curiosas (marc.): marcado en el manuscrito, pero, al parecer, no se ha incluido en ninguno de los trabajos fruto de su estancia en Moscú.

siempre en primer plano el degüello de un cordero en tamaño reducido y presentado a modo de emblema, me resultó muy poco clara. Totalmente incomprensibles para mí desde el punto de vista temático son, como es lógico, las leyendas que aparecen pintadas. Cuando volví a bajar de aquella planta tan fría habían encendido un fuego en la chimenea, en torno al cual se encontraba el escaso personal pasando aquella mañana de domingo. Me habría gustado quedarme, pero tuve que salir de nuevo al frío. El último trecho desde la oficina de Telégrafos —donde me había apeado— hasta el Teatro del Proletkult fue horrible. Luego estuve una hora apostado en el vestíbulo. Pero mi espera fue completamente en vano. Unos días más tarde me enteré de que Gnedin había estado esperándome en ese mismo lugar. Resulta casi inexplicable cómo pudo suceder tal cosa: es muy pensable que yo, agotado como estaba y con mi mala memoria para las fisonomías, no lo reconociese por ir tapado con el abrigo y el gorro, pero parece increíble que a él le ocurriese exactamente lo mismo. Regresé, pues, con la intención de comer, en principio, en nuestra tabernita de los domingos, pero me pasé de parada y, al final, me sentí tan decaído, que preferí renunciar completamente a la comida antes que hacer un trecho a pie. Aunque luego hice acopio de ánimos para abrir, en la Plaza Triumfalnaya, la puerta de una *stalovaya*<sup>211</sup> que no conocía. Tenía un aspecto muy acogedor y la comida que pedí no estuvo mal; pero el *horsch*, indudablemente, no era comparable al que solíamos comer los domingos. De este modo gané tiempo para descansar un buen rato antes de ir a ver a Asia. No me sorprendió que me dijese: nada más entrar en la habitación, que Reich estaba enfermo. La noche anterior ya no había venido al hotel, sino que se había ido a la habitación de la compañera de Asia del sanatorio. Estaba, pues, en cama y Asia se fue en seguida a verle con Manya. Me separé de ellas a la entrada del sanatorio. Asia me preguntó entonces qué pensaba hacer por la noche. «Nada —le dije—, me quedaré en casa». Ella no dijo nada. Fui a ver a Basseches. No estaba en casa; encontré una nota en la que me pedía que le esperase. Me pareció muy bien; me senté en el sillón de espaldas a la vecina estufa, tomé un té y estuve mirando revistas alemanas. No llegó hasta una hora después. Pero luego me pidió que me quedase a pasar la velada. Yo hice mis cálculos, muy inquieto. Por un lado, me apetecía saber cómo transcurriría aquella velada, para la que

<sup>211</sup> «Cantina».

se esperaba a otro invitado. Por otro lado, Basseches me estaba dando algunas informaciones de gran utilidad sobre cine ruso. Y además esperaba poder cenar algo. (Esta expectativa se vería frustrada.) Fue imposible telefonar a Asia para decirle que me quedaba en casa de Basseches; nadie cogía el teléfono en el sanatorio. Finalmente enviamos a un mensajero. Yo temía que llegase demasiado tarde, aunque sin saber, lógicamente, si Asia iría a mi casa (al día siguiente me dijo que había pensado hacerlo). Pero, en cualquier caso, recibió la carta a tiempo. Decía: «Querida Asia: Esta noche estaré en casa de Basseches. Iré mañana a las 4. Walter.» «De Basseches» resultaba prácticamente ilegible, por lo que, en un primer momento, Asia entendió que aquella noche estaría en casa. Vino luego un tal Dr. Kroneker, un austriaco que trabaja aquí en una importante sociedad ruso-austriaca. Basseches me dijo que es socialdemócrata. Pero me causó la impresión de ser una persona inteligente; ha viajado mucho y hablaba con bastante objetividad. La charla recayó sobre el tema de la guerra química. Yo hablé de ello, causándoles a ambos una gran impresión.

#### 17 DE ENERO

Lo más importante de mi visita a Basseches el día anterior fue el poderle dar ocasión de serme útil en las formalidades necesarias para mi viaje de regreso. Me dijo que fuese a buscarle el lunes (día 16) por la mañana temprano. Cuando llegué, todavía estaba en la cama. Fue muy difícil conseguir que se levantase. Y eran las doce y cuarto cuando llegamos, finalmente, a la Plaza Triumfalnaya; yo había llegado a su casa a las once. Antes de ir había estado desayunando café y tarta en el pequeño café de costumbre. Hice bien, pues con todo lo que tuve que despachar, aquel día me quedé sin almuerzo. Primero fuimos a un banco de la Petrovka, porque Basseches tenía que sacar dinero. Yo también cambié dinero, quedándome con sólo 50 marcos. Después, Basseches me condujo a un pequeño gabinete para presentarme a un director de banco conocido suyo. Un tal Dr. Schick <sup>212</sup>, director del departamento de extranjero. Este hombre había vivi-

<sup>212</sup> Maximilian Schick (1884-1968), poeta, adaptador de obras literarias, traductor de Briusov, Gorki y otros en Alemania, entre 1892 y 1907; colaborador de la revista simbolista *Vesy (Balanza)*.

do mucho tiempo en Alemania, donde había estudiado; procedía, sin duda, de una familia muy rica y, paralelamente a su formación en lo relacionado con los asuntos de su profesión, siempre había cultivado intereses artísticos. Había leído mi entrevista en *Vechernie Moskva*. Dio la casualidad de que conocía personalmente a Scheerbart de sus tiempos de estudiante en Alemania. El contacto se estableció, pues, de inmediato, y la breve charla acabó con una invitación para comer el día 20. Luego, en la Petrovka, donde me dieron el pasaporte. A continuación, en trineo, al Narkompros <sup>213</sup>, donde hice que me sellaran los papeles para cruzar la frontera. Aquel día logré también, por fin, mi principal propósito: convencí a Basseches de que subiese nuevamente a un trineo y me acompañase al almacén estatal «Gum», en las «líneas comerciales altas», donde vendían las muñecas y jinetes que tanto ansiaba. Entre los dos adquirimos todas las existencias, y yo elegí los diez mejores ejemplares. Costaban sólo 10 kopeks cada uno. Mi agudo sentido de la observación no me había fallado: en la tienda nos dijeron que aquella mercancía, fabricada en Viatka <sup>214</sup>, ya no la envían a Moscú: ya no está a la venta. Los que nosotros compramos fueron, pues, los diez últimos ejemplares. Basseches compró también tela campesina. Él fue, con sus paquetes, a comer al Savoy, en tanto que yo sólo tuve el tiempo justo para ir a dejarlo todo en casa. Ya eran las cuatro y tenía que ir a ver a Asia. No nos quedamos mucho tiempo en su habitación, sino que nos fuimos a ver a Reich. Manya <sup>215</sup> ya estaba allí. Pero, de otra manera, pudimos volver a disponer de unos minutos para estar a solas. Le pedí a Asia que fuese a verme por la noche —yo estaba libre hasta las diez y media—, y ella me prometió hacerlo si podía. Reich se encontraba mucho mejor. Ya no recuerdo de qué hablamos. Nos fuimos hacia las siete. Después de cenar estuve esperando inútilmente a Asia, y hacia las once menos cuarto me dirigí de nuevo a casa de Basseches. Pero allí tampoco había nadie. Me dijeron que no había vuelto en todo el día. Las revistas que allí había ya las conocía, o me causaban repugnancia. Tras media hora de espera, y cuando estaba a punto de bajar las escaleras, apareció su novia,

<sup>213</sup> *Narkompros*: Narodny komissariat prosveshcheniya - Comisariado del Pueblo de Instrucción (director: Lunacharski).

<sup>214</sup> En la actualidad, Kirov. Ver ilustración 29 del ensayo sobre «Russische Spielsachen», *GS IV*, 623-625.

<sup>215</sup> Compañera de habitación de Lacis.



quien —no sé muy bien por qué: quizá porque no quería ir al club sola con él— insistió en que esperase un poco. Lo hice. Por fin llegó Basseches; había tenido que asistir a la conferencia de Rykov<sup>216</sup> en el congreso de los *aviachim*<sup>217</sup>. Le pedí que me rellenase el formulario para la solicitud del visado y luego nos fuimos. En el tranvía me presentaron a un dramaturgo, un comediógrafo que también se dirigía al club. Apenas acabábamos de encontrar una mesa en el local, que estaba a rebosar, y de sentarnos los tres a ella, cuando las luces se apagaron en señal de que el concierto iba a comenzar. Tuvimos que levantarnos. Yo me senté con Basseches en el vestíbulo. A los pocos minutos —vestido de *smoking* y recién llegado de una cena organizada por una importante sociedad inglesa en la Bolshaia Moskovskaia— apareció el cónsul general de Alemania. Se había citado con dos señoras a las que había encontrado allí, pero como éstas no aparecieron, se quedó con nosotros. Una señora —al parecer una ex-princesa— cantó canciones populares con una voz muy bella. Yo me quedé, ora de pie en el oscuro comedor, junto a la puerta que daba a la iluminada sala de conciertos, ora sentado en el vestíbulo. Hablé de algunas cosas con el cónsul general, que estuvo sumamente atento conmigo. Pero tenía un rostro tosco y al que la inteligencia sólo había pulido de modo muy superficial, y respondía enteramente a la imagen que yo tenía de los representantes alemanes en el extranjero desde mi viaje por mar<sup>218</sup> y a través de las figuras gemelas de Frank y Zorn. Para cenar nos juntamos cuatro, pues también se sentó con nosotros el secretario de la embajada, lo que me permitió observarle a mis anchas. La comida era buena; volvieron a servirnos vodka aromatizado, entremeses, dos platos y helado. Lo peor fue el público. Pocos artistas —independientemente de la clase que fueran— y muchísima burguesía Nep. Llama la atención lo mal considerada que está esta nueva burguesía incluso entre los representantes extranjeros, a juzgar por las palabras del cónsul general al respecto que, en este caso, me parecieron expresadas con sinceridad. Toda

<sup>216</sup> Aleksei Rykov (1881-1938), sucesor de Lenin entre 1924 y 1930 como presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de la Unión Soviética.

<sup>217</sup> Abreviatura de Obschestvo sodejstvija aviatsion-nojimicheskomu stroitelstvu y SSSR = Sociedad para la Colaboración al Desarrollo de la Aviación de la URSS.

<sup>218</sup> Benjamin se refiere probablemente al viaje en barco de Hamburgo a Italia, pasando por Barcelona, en 1925 (ver: *Briefe*, 402).

la miseria de esta clase se puso claramente de manifiesto en el baile que se celebró a continuación, semejante a un repugnante baile de candil provinciano. Bailaban muy mal. Desgraciadamente, el deseo de bailar de la novia de Basseches hizo que la diversión se prolongase hasta las cuatro. A mí, el vodka me había dado muchísimo sueño, el café no me había reanimado y sentía, además, dolor de vientre. Me sentí feliz cuando me vi por fin sentado en el trineo, de camino al hotel; me fui a la cama hacia las cuatro y media.

18 DE ENERO

Por la mañana fui a ver a Reich a la habitación de Manya. Tenía que llevarle algunas cosas. Aunque también llegué con la intención de suavizar con mi amabilidad los roces de los días antes de caer enfermo. Logré ganármelo siguiendo con atención la lectura del informe que quiere publicar en una editorial rusa en un libro sobre política y teatro<sup>219</sup>. Hablamos también del proyecto de un libro sobre arquitectura teatral como el que habría podido escribir con Poelzig<sup>220</sup>, y que ahora, después de las múltiples investigaciones realizadas por la Ciencia del Teatro sobre escenografía y vestuarios, despertaría un gran interés. Antes de marcharme salí aún a comprarle cigarrillos a la calle y quedé en hacerle una gestión en el Dom Gerzena. Luego fui al Museo de Historia. Me quedé más de una hora viendo la colección de iconos, extraordinariamente rica, encontrando también un gran número de obras tardías de los siglos XVII y XVIII. Es increíble el tiempo que necesita el Niño Jesús para lograr, en brazos de la Virgen, la libertad de movimientos que consigue en esas épocas. E igualmente habrían de pasar siglos para que las manos del Niño y de la Virgen llegasen a encontrarse: los pintores de Bizancio sólo las pintan una frente a la otra. Luego recorrí rápidamente el departamento de Arqueología, deteniéndome tan sólo frente

<sup>219</sup> Un libro de tales características, de Reich, apareció mucho más tarde: primeramente, en alemán, en 1970 (*Im Wettlauf mit der Zeit*) y luego en ruso, en 1972.

<sup>220</sup> Hans Poelzig (1869-1936), arquitecto y catedrático influyente en la Technische Hochschule Charlottenburg. Poelzig transformó, entre otras cosas, el Circo Schumann, convirtiéndolo en el Max Reinhardt's Grosses Schauspielhaus (Berlín, 1919).

a algunas tablas anteriores a las pinturas del monte Athos. A la salida del museo descubrí un poco más el secreto del efecto asombroso que produce la catedral de Blagoveschenski, mi primera gran impresión en Moscú especialmente digna de destacar. Se debe al hecho de que, viniendo de la Plaza de la Revolución, la Plaza Roja queda un poco más alta, por lo que las cúpulas de la catedral van apareciendo paulatinamente, como si salieran de detrás de una montaña. Era un día soleado y hermoso y, una vez más, volví a sentir un gran placer al divisarla. En el Dom Gerzena no me dieron el dinero para Reich. Al llegar a las cuatro y media ante la puerta de la habitación de Asia, vi que no había luz. Llamé dos veces con suavidad y, como no respondió nadie, me fui a la sala de juegos a esperar. Estuve leyendo las «Nouvelles Littéraires». Pero, al no recibir tampoco respuesta un cuarto de hora más tarde, la abrí, no encontrando a nadie. Disgustado de que Asia se hubiera marchado tan pronto ya sin esperarme, fui a casa de Reich para, a pesar de ello, hacer el intento de quedar con ella por la noche. De mis planes de ir juntos al Teatro Malaia me hizo desistir Reich al mostrarse, por la mañana, contrario a ello. (Y cuando luego hube conseguido entradas para aquella noche, no pude hacer uso de ellas.) Al llegar arriba, ni siquiera me quité el abrigo, quedándome muy silencioso. Manya estuvo explicando alguna cosa, con mucho interés y en voz horriblemente alta. Le enseñé a Reich un atlas estadístico. De pronto, Asia se volvió hacia mí y me dijo inesperadamente que la noche anterior no había ido porque había tenido fuertes dolores de cabeza. Yo estaba echado en el sofá, con el paletó puesto, fumando la pequeña pipa que utilicé todo el tiempo en Moscú. Finalmente encontré la forma de convencer a Asia para que viniese después de cenar; saldríamos de casa o le leería la escena lesbiana <sup>221</sup>. Y luego me quedé todavía unos minutos para que no diera la impresión de que sólo había ido para decirle aquello. No tardé, pues, en levantarme, diciendo que me iba. «¿Adónde?» «A casa.» «Pensaba que me acompañarías al sanatorio.» «¿Pero no os vais a quedar aquí hasta las siete?», pregunté un tanto hipócritamente, pues por la mañana había oído que la secretaria de Reich no tardaría en llegar. Al final me quedé, pero no fui con Asia al sanatorio. Pensé que sería más probable que fuese a ver-

<sup>221</sup> Probablemente, la escena en la que el narrador observa a Mademoiselle Vinteuil y a su amiga acariciándose (Marcel PROUST, *Auf der Suche nach der verlorenen Zeit I. In Swanns Welt*, Frankfurt am Main, 1967, pp. 214 y ss.).

me por la noche si ahora le daba tiempo para descansar. En el interin compré caviar, mandarinas, dulces y tarta para ella. Tenía también dos muñecas de barro sobre el alféizar de la ventana, donde voy apilando los juguetes, de las cuales quería que eligiese una. Y, en efecto, vino; lo primero que dijo fue: «Sólo me puedo quedar cinco minutos; tengo que volver en seguida.» Pero esta vez se trataba sólo de una broma. Cierto es que, en los últimos días —inmediatamente después de nuestras violentas disputas—, yo había notado que se sentía más atraída por mí, pero no sabía en qué medida. Cuando llegó, yo estaba de muy buen humor, pues acababa de recibir muchas cartas, con algunas noticias agradables, de Wiegand <sup>222</sup>, Müller-Lehning <sup>223</sup>, Else Heinle <sup>224</sup>. Las cartas estaban aún sobre la cama, donde las había estado leyendo. También había escrito Dora <sup>225</sup> diciéndome que me había enviado dinero, por lo que decidí prolongar un poco mi estancia. Se lo dije, y ella se me echó entonces a los brazos. Debido al conjunto de circunstancias tan difíciles que se habían dado a lo largo de toda la semana, yo me encontraba a tantas leguas de distancia de esperar aquel gesto, que necesité algún tiempo para que me llegase a producir felicidad. Me sentía como un recipiente de cuello estrecho en el que echan líquido de un cubo. Me había ido cerrando voluntariamente de tal modo, que apenas resultaba accesible para las impresiones fuertes que pudieran llegar del exterior. Pero eso fue desapareciendo a lo largo de la velada. Primeramente le pedí a Asia que me diera un beso, con las aseveraciones de siempre. Pero, de pronto, fue como si se accionase un interruptor de la luz, siendo ahora ella la que me pedía repetidamente que la besara, mientras yo hablaba o trataba de leerle algo, haciendo que surgiera de nuevo una ternura casi

<sup>222</sup> Willy Wiegand (1884-1961), co-fundador de la Bremer Presse; impresor y tipógrafo. Las *Neue Deutsche Beiträge*, en las que apareció en 1924 y 1925 el trabajo de Benjamin sobre las *Afinidades electivas*, fueron editadas por la Bremer Presse.

<sup>223</sup> Arthur Müller-Lehning, nacido en 1899, autor, editor de la revista *i 10. Revista internacional* (Amsterdam), en la que Benjamin publicó a comienzos de 1927 la primera versión de un texto de la *Einbahnstrasse* («Kaiserpanorama») y, algunos meses después de su regreso, el artículo «Neue Dichtung in Russland» (*GS II*, 755-762).

<sup>224</sup> Esposa de Wolf Heinle (1899-1923). Benjamin estimaba mucho las composiciones poéticas de Wolf Heinle y de su hermano Friedrich (1892-1914), y tenía la intención de editarlas.

<sup>225</sup> Dora Sophie Pollak-Benjamin (1890-1964), esposa de Benjamin entre 1917 y 1930.

olvidada. Mientras tanto le ofrecí las cosas de comer que había comprado, y las muñecas; eligió una que ahora tiene en el sanatorio, frente a su cama. También volví a referirme a mi estancia en Moscú. Y, como el día anterior, cuando íbamos a ver a Reich, me había dicho realmente las palabras decisivas, yo sólo tuve que repetir: «Moscú está situado ahora en mi vida de tal manera, que sólo puedo vivirlo a través de ti; es cierto, con total independencia de historias amorosas, sentimentalismos, etc.» Pero, claro —y también esto me lo había manifestado ella antes—, seis semanas son, sin duda, el tiempo justo para familiarizarse un poco con una ciudad, máxime cuando no se conoce la lengua y uno encuentra a cada paso la resistencia de ésta. Asia me dejó recoger las cartas y se echó en la cama. Nos besamos mucho. Pero la emoción más intensa me la hicieron sentir las caricias de sus manos, de las que ella ya me había dicho también, en otro tiempo, que todos los que habían estado ligados a ella habían sentido que de allí era de donde partían las fuerzas más intensas. Puse la palma de mi mano derecha muy pegada a la izquierda de ella, permaneciendo así largo rato. Asia recordó la bella y diminuta cartita que yo le di una noche en la Via Depretis de Nápoles una noche en que nos encontrábamos sentados en una mesa, frente a un pequeño café, en la calle vacía de gente. Miraré en Berlín a ver si la encuentro. Luego le leí la escena lesbiana de Proust. Asia comprendió el feroz nihilismo contenido en ella: la forma en que Proust <sup>226</sup> penetra, por así decirlo, en el gabinete bien ordenado del interior del burgués que lleva el rótulo de «sadismo» para, despiadadamente, hacerlo todo añicos, de modo que no quede nada de toda esa idea tan reluciente y arreglada de perversión, y haciendo, antes bien, que la maldad ponga claramente de manifiesto, a través de los puntos de fractura, la «humanidad», incluso «bondad», que constituye su verdadera esencia. Y en el momento en que se lo estaba explicando a Asia, a mí se me hizo evidente hasta qué punto concuerda todo esto con la orientación de mi libro sobre el Barroco. De la misma manera que la noche anterior, cuando me encontraba solo en mi habitación leyendo y llegué a la extraordinaria exposición sobre la *caritas* de Giotto, se me hiciera también evidente que, en ella, Proust desarrolla una concepción que coincide con todo lo que yo mismo trataba de reunir bajo el concepto de alegoría.

<sup>226</sup> Proust... sobre la *caritas* del Giotto: Ver: Proust, *In Swanns Welt*, en el lugar citado, pp. 112 y ss.

De este día no hay apenas nada que destacar. Dado que el viaje de regreso se había pospuesto, me pude recuperar un poco de las gestiones y de las visitas de los últimos días. Reich volvió a dormir, por primera vez, en mi habitación. Por la mañana vino Asia. Pero tuvo que irse a una entrevista relacionada con su empleo. En el corto espacio de tiempo que permaneció allí, mantuvimos una conversación sobre la guerra química. Primero me contradijo con vehemencia; pero Reich intervino. Al final me dijo que tenía que escribir lo que había dicho, y me propuse redactar un artículo sobre esta cuestión para la *Weltbühne*. Poco después de marcharse Asia, me fui yo también. Me encontré con Gnedin. Tuvimos una breve charla durante la cual constatamos el contratiempo del domingo; me invitó a ir al Vajtangoff <sup>227</sup> el domingo siguiente por la noche, dándome también algunas indicaciones relativas a la declaración del equipaje en la aduana. En el camino de ida y vuelta a casa de Gnedin pasé por delante del edificio de la checa <sup>228</sup>. Delante de éste se pasea siempre un soldado con la bayoneta calada. Luego a Correos; telegrafí para pedir dinero. Al mediodía comí en nuestra tabernita de los domingos; luego me fui a casa y descansé. En el vestíbulo del sanatorio me salieron al encuentro, por un lado, Asia y, a continuación, por el otro, Reich. Asia tenía que bañarse. Durante ese rato estuve jugando con Reich al dominó en su habitación. Luego llegó Asia, que nos habló de las perspectivas que se le habían presentado por la mañana, de la posibilidad de conseguir el empleo de ayudante de dirección en un teatro de la Tverskaya en el que se representaban obras para niños proletarios dos veces por semana. Reich fue por la noche a casa de Ilesh. Yo no fui. Apareció en mi habitación hacia las once, pero ya no daba tiempo para ir al cine, como habíamos pensado. Mantuvimos una conversación muy poco fructífera sobre el cadáver en el teatro preshakesperiano.

<sup>227</sup> Evgenij Vachtangov (1883-1922). El teatro de su nombre nació del tercer estudio del MChAT, fundado en 1921. Vachtangov fue también temporalmente director del «Habimah» (Teatro Hebreo).

<sup>228</sup> *Cheka*: Chrezvychainaya komissiya = policía política secreta (lit.: «Comisión Extraordinaria»).

Por la mañana estuve mucho tiempo escribiendo en mi habitación. Quise aprovechar la ocasión de que [Reich] tuviera que ir a hacer algunas cosas a la Enciclopedia, a la una, para ir yo también; no tanto para tratar de imponerles mi exposición sobre Goethe (sobre lo cual no me hacía ninguna clase de ilusiones) cuanto por acceder a una propuesta de Reich y no aparecer ante sus ojos como una persona indolente. Pues, de lo contrario, podría haberle echado la culpa del rechazo de esta exposición sobre Goethe a falta de celo por mi parte. Cuando por fin me encontré sentado frente al catedrático encargado, a duras penas pude contener la risa. Nada más oír mi nombre se levantó de un salto y fue a buscar mi exposición, y también a un secretario para que le apoyase. Empezó a ofrecerme artículos sobre el Barroco. Yo supe toda posible colaboración futura a que me fuese adjudicado el lema «Goethe». Empecé luego a enumerar mis publicaciones; saqué mi patrimonio a la luz, según me había indicado Reich; en el momento en que lo estaba haciendo, llegó éste. Pero se sentó lejos de mí y se puso a hablar con otro funcionario. Me dijeron que me informarían pasados unos días. Reich y yo aún tuvimos que esperar bastante tiempo en la antelasa. Finalmente nos fuimos; él me contó que se estaba considerando<sup>229</sup> la posibilidad de ofrecerle el artículo a Walzel. Fuimos a ver a Panski. Resulta inverosímil —aunque, no obstante, posible— que, por lo que luego me dijo Reich, tenga veintisiete años. La generación que fue activa durante la revolución se va haciendo mayor. Es como si la estabilización de la situación estatal hubiese traído a su vida una tranquilidad, e incluso una indiferencia como la que, de ordinario, sólo se alcanza con los años. Panski, por cierto, no es nada amable; parece que los moscovitas, en general, no suelen serlo. Para el lunes siguiente, me propuso la proyección de algunas películas que yo quería ver antes de escribir el artículo contra Schmitz<sup>230</sup> que me había solicitado el *Literarische Welt*. Fuimos a comer. Después del almuerzo me fui a casa, pues Reich quería hablar antes con Asia a solas. Me estuve luego una hora allí, y a continuación me dirigí a casa de Basseches. La velada en casa de Maximilian Schick, el director de banco, me produjo la gran

<sup>229</sup> Ver acerca de ello la nota sobre Walzel (130).

<sup>230</sup> Ver acerca de ello la nota 242: *Por la noche estuve trabajando en la réplica al artículo de Schmitz sobre el «Potemkin».*

decepción de que no ofrecieran cena. Apenas había comido nada al mediodía y estaba muerto de hambre. Y cuando por fin sirvieron el té, comí pastas con el mayor descaro. Schick procede de una familia muy rica; estudió en Múnich, Berlín y París, y sirvió en la guardia rusa. Ahora vive con su mujer y su hijo en una habitación de la que, por supuesto, han hecho tres por medio de guardapuertas y tabiques divisorios. Él es probablemente un buen ejemplo de lo que aquí llaman «los de antes». Y lo es, no sólo en el aspecto sociológico (en este sentido, ni siquiera lo es del todo, pues, sin duda, ocupa una posición nada desdeñable). «De antes» es más su período productivo. Escribió poemas, por ejemplo en *Zukunft*, y artículos en revistas actualmente casi olvidadas. Pero persevera en sus viejas pasiones y tiene en su despacho una biblioteca, no demasiado extensa, aunque selecta, de obras francesas y alemanas del siglo XIX. El precio que pagó por algunos de estos libros, de gran valor, demuestra que el vendedor los consideró papel de desecho. Durante el té traté de recabar, a través de él, información sobre la nueva literatura rusa. Mis esfuerzos fueron completamente inútiles. Sus conocimientos apenas van más allá de Briusoff. Todo el tiempo estuvo sentada con nosotros una mujer pequeña y encantadora cuyo aspecto permite adivinar que no trabaja. Tampoco le interesan los libros, por lo que estuvo muy bien que Basseches se ocupase un poco de ella. A cambio de algunos favores que espera de mí en Alemania, me cargó con un montón de libros infantiles, sin valor ni interés alguno, que no pude rechazar en su totalidad. Solamente me agradó uno de ellos, también de escaso valor, pero muy bonito. Al marcharnos, Basseches me sedujo con la promesa de enseñarme un café de putas que, por suerte, se encontraba en la Tverskaya. En el café no vi, ciertamente, nada digno de mención, pero, al menos, aún pude comer algo de pescado frío y un cangrejo. Luego me llevó en un trineo de gala hasta el cruce de la Sadovaya con la Tverskaya.

Hoy es el aniversario de la muerte de Lenin. Todos los lugares de diversión están cerrados. Pero, en consideración con el *Regime economie*, las tiendas y oficinas no celebran la fiesta hasta el día siguiente, un sábado, día en el que, de todos modos, sólo se trabaja media jornada. Fui temprano a ver a Schick al banco y

allí supe que la visita a Muskin<sup>231</sup>, en cuya casa debía ver una colección de libros infantiles, había quedado fijada para el sábado. Cambié dinero y me dirigí al Museo del Juguete. En esta ocasión logré, por fin, avanzar un paso más. Me prometieron que el martes me darían información sobre las fotografías que yo quería que me hiciesen. Pero luego me enseñaron las fotos de las que existen negativos. Y como cuestan mucho menos, encargué unas veinte. En esta ocasión estudié también, especialmente, las cerámicas de Viatka. La noche anterior, cuando ya estaba a punto de marcharme, Asia me había animado a ir con ella, a las dos, al teatro infantil cuyas representaciones tienen lugar en la Tverskaya, en el edificio del cine «Ars». Pero, cuando llegué, el teatro estaba completamente desierto; me di cuenta de que aquel día sería difícil que hubiese función. Finalmente, el vigilante me hizo salir de un vestíbulo donde yo pretendía entrar en calor con la observación de que el teatro estaba cerrado. Después de permanecer fuera un buen rato, de pie, apareció Manya con una nota de Asia. En ella me decía que se había equivocado y que la representación no era el viernes, sino el sábado. A continuación fui a comprar velas con la ayuda de Manya. Yo ya tenía los ojos bastante hinchados de la luz de las velas. Como quería ganar tiempo para trabajar, no fui al Dom Gerzena (que, por otra parte, era probable que estuviera cerrado aquel día), sino a la *stolovaya* que está cerca del hotel. La comida fue cara, pero no estuvo mal. Pero en la habitación no trabajé en Proust<sup>232</sup>, tal como me había propuesto, sino en una réplica a la pésima y desvergonzada

<sup>231</sup> Director del departamento de literatura infantil de la editorial estatal (el nombre «Muskin» no es del todo seguro, ya que Benjamin escribe en otros lugares «Muksin»).

<sup>232</sup> *No trabajé en Proust*: es probable que Benjamin se refiera aquí al proyecto largamente acariciado de escribir un trabajo sobre Proust. En una carta del 18 de septiembre de 1926 dice acerca de ello: «Ich gehe auch schon wer weiss wie lange mit einer Aufzeichnung "En traduisant Marcel Proust" in Gedanken um und habe eben jetzt in Marseille von den dortigen "Cahiers du Sud" die Zusage erhalten, sie zu bringen. Nur mit der Abfassung wird es noch gute Weile haben. Im Grunde wird sie über das Übersetzen eigentlich wenig erhalten; sie wird von Proust handeln.» (*Briefe*, 431).

[Yo también acaricio ya desde ni se sabe cuánto tiempo la idea de escribir un artículo con el título de "En traduisant Marcel Proust", y acabo de recibir en Marsella la confirmación por parte de los "Cahiers du Sud" de esta ciudad de publicarlo. Ahora bien, su redacción aún me ocupará un buen rato. En el fondo será poco lo que contenga acerca de la traducción; tratará de Proust.]

El proyecto no se hizo, sin embargo, realidad hasta 1929 (ver: *GS II*, 310-324).

necrología que Franz Blei<sup>233</sup> había escrito sobre Rilke. Más tarde se la leí a Asia, y los comentarios que ella hizo me dieron pie para reelaborarla aquella misma noche y durante el día siguiente. Por cierto, no se sentía bien. Luego cené con Reich en el mismo restaurante en el que había estado a mediodía. Era la primera vez que él iba allí. Después fuimos a comprar algunas cosas. Esa noche se quedó conmigo hasta cerca de las once y media, enfrascándonos en una conversación en la que nos contamos en detalle todo lo que recordábamos de nuestras lecturas infantiles. Él estaba sentado en el sillón, y yo echado en la cama. A lo largo de esta conversación descubrí el curioso hecho de que, en mi infancia, yo ya me había mantenido, en lo relativo a la lectura, al margen de lo que constituía el material de lectura al uso. El *Neuer deutscher Jugendfreund*, de Hoffmann, es casi la única lectura juvenil típica de entonces que yo también leí. Además, lógicamente, de los excelentes libros de Hoffmann, Lederstrumpf y las sagas de la Antigüedad clásica de Schwab. Pero no leí más de un tomo de Karl May, ni tampoco conozco *Kampf um Rom*\* ni las novelas de aventuras por mar de Wörishöffer. De Gerstäcker tampoco leí nada más que un tomo, *Die Regulatoren von Arkansas*, en el que debe de aparecer una historia de amor un tanto «fuerte» (o puede ser que sólo lo leyera por haber oído algo así referido a un libro de este autor). Descubrí también que todos mis conocimientos de literatura dramática clásica datan de la época del círculo de lectura<sup>234</sup>.

<sup>233</sup> El artículo de Blei (*Literarische Welt*, 7-1-1927) aparece incluido en las notas de *GS IV*, 1025-1027. La «réplica» de Benjamin (*GS IV*, 453-454) no se publicó entonces, por motivos que se desconocen.

\* Novela de Felix Dahn. [*N de la T.*]

<sup>234</sup> Ver sobre ello una nota de Gershom Scholem en las *Briefe*, 39, de Walter Benjamin: «Benjamin, (Herbert) Belmore, (Alfred) Steinfeld, Franz Sachs und Willi Wolfradt (der spätere Kunstschriftsteller), die alle Klassengenossen waren, hatten von 1908, als Walter Benjamin aus Hanbinda zurückkam und in die Kaiser-Friedrich-Schule wieder eintrat, bis zum Anfang des ersten Weltkrieges einen wöchentlichen Leseabend, in dem mit verteilten Rollen Stücke von Shakespeare, Hebbel, Ibsen, Strindberg, Wedekind u.a. gelesen wurden. Die Teilnehmer lasen sich auch Kritiken vor, die sie nach Theaterbesuchen schrieben, "die oft druckreif waren, aber nie gedruckt wurden" (Brief von Dr. Franz Sachs, Johannesburg).»

[Benjamin (Herbert) Belmore (Alfred) Steinfeld, Franz Sachs y Willi Wolfradt (posteriormente escritor), todos ellos compañeros de colegio desde 1908, año en que Walter Benjamin regresó de Hanbinda y volvió a incorporarse a la Kaiser-Friedrich-Schule, hasta comienzos de la Primera Guerra Mundial, celebraban semanalmente una velada de lectura en la que, repartidos los papeles, leían

Aún no me había lavado, pero ya estaba escribiendo en la mesa, cuando llegó Reich. Esa mañana, yo aún me sentía menos predispuesto que otras a ser sociable. No permití, por tanto, que me distrajera demasiado de mi trabajo. Pero cuando me disponía a salir, a eso de la una y media, y Reich me preguntó «adónde», supe que también él iba al teatro infantil al que Asia me había invitado. Así pues, todas las preferencias mostradas por mí se reducían a haber tenido que esperar ya, un día antes, media hora, en vano, delante de la entrada. No obstante, me fui delante para tomar algo caliente en el café de siempre. Pero también los cafés habían cerrado aquel día, y éste además estaba metido en reformas. Me fui, pues, lentamente por la Tverskaya en dirección al teatro. Luego llegó Reich, y después Asia en compañía de Manya. Al habernos convertido en un cuarteto, mi interés por aquel asunto era ya bastante escaso. De cualquier modo no podía quedarme hasta el final, porque a las tres y media debía encontrarme con Schick. No me esforcé tampoco en sentarme junto a Asia, sino que lo hice entre Reich y Manya. Asia le pidió a Reich que me tradujera lo que se decía. La obra parecía tratar de la creación de una fábrica de conservas y tener un fuerte matiz chovinista anglófobo. Me marché en el descanso. Asia me había llegado a ofrecer el sitio al lado suyo para que me animase a quedarme, pero no quería llegar demasiado tarde a casa de Schick, y, sobre todo, no agotado. Él no estaba aún del todo listo. En el autobús me habló de sus tiempos de París; de que, en una ocasión, había visitado a Gide, etc. La visita a Muskin mereció la pena. En realidad no vi nada más que un libro infantil interesante, un calendario suizo de 1837: un tomito delgado con tres láminas bellamente coloreadas, pero vi libros infantiles rusos más que suficientes para poderme hacer una idea del estado de la ilustración al respecto. Ésta depende en alto grado de la alemana. Las ilustraciones de numerosos libros han sido, incluso, realizadas en establecimientos litográficos alemanes. Se han copiado muchos libros alemanes. Las ediciones rusas del *Struwwelpeter*\* que

obras de Shakespeare, Hebbel, Ibsen, Strindberg, Wedekind y otros. Los participantes leían también en voz alta las críticas que escribían después de haber visto una obra de teatro y que "a menudo habrían podido dar directamente a imprenta, si bien nunca llegaron a imprimirse" (Carta del Dr. Franz Sachs, Johannesburg).]

\* Libro clásico infantil alemán de índole moralizante. [N. de la T.]

pude ver allí son bastante toscas y nada bonitas. Muskin puso en los distintos libros notas con los datos que yo le había dado. Es director del departamento de literatura infantil de la editorial estatal. Me enseñó algunos ejemplares de su producción, entre los cuales se encontraba un libro cuyo texto había escrito él mismo. Le expuse mi gran proyecto sobre la obra documental *Die Phantasie*<sup>235</sup>. No me pareció que entendiese mucho del asunto y, por lo demás, me causó una impresión de mediocridad. Fue una verdadera tortura ver cómo tiene la biblioteca. No había sitio para colocar debidamente los libros, que estaban hacinados, de cualquier manera, en unas estanterías que había en el pasillo. La mesa del té estaba muy bien surtida y yo comí bastante sin necesidad de que me animasen, pues aquel día no había almorzado ni cenado. Nos quedamos cerca de dos horas y media. Al final, todavía me dio dos libros de la editorial que yo prometí a Daga para mis adentros. Por la noche estuve en casa trabajando en Rilke y en el diario. Pero —al igual que en este momento— con un material para escribir tan malo, que no se me ocurría nada.

## 23 DE ENERO

(Hace mucho que no escribo el diario y tendré que resumir.)

Este día, Asia hizo todos los preparativos para dejar el sanatorio. Se fue a casa de Rachlin, y con ello, por fin, a un ambiente agradable. En el curso de los días sucesivos, yo pude darme cuenta de las posibilidades que se me habrían ofrecido en Moscú si se me hubiesen abierto antes las puertas de una casa como la suya. Pero ya era demasiado tarde para aprovechar cualquiera de esas posibilidades. Rachlin vive en el edificio del Archivo Central, en un cuarto espacioso y muy limpio. Está unida sentimentalmente a un estudiante que, al parecer, es muy pobre y no vive con ella por orgullo. Al día siguiente de conocernos —eso fue el miércoles—, ya me regaló un puñal caucasiense, un trabajo en plata, muy bello, aunque no de mucho valor y pensado para niños. Asia dijo que ese regalo se lo debía a ella. Pero en lo que se refiere

<sup>235</sup> Este proyecto no se llevó a cabo; hasta ahora, por lo menos, no se conoce ninguna obra de tales características. Tal vez Benjamin aspiraba a reunir una documentación más amplia de fenómenos tales como las «Phantasiesätzen, von einem elfjährigen Mädchen nach gegebenen Worten gebildet» (frases imaginarias de una niña de once años hechas con palabras dadas) (GS IV, 802-803).

a mis encuentros con Asia, los días de su estancia en casa de Rachlin no fueron tampoco mucho mejores que los del sanatorio. Pues siempre estaba presente un general del Ejército Rojo que, aunque hacía tan sólo dos meses que se había casado, no dejaba de hacerle la corte a Asia de todas las maneras imaginables, pidiéndole también que se fuera con él a Vladivostok, donde le habían destinado. A su mujer, dijo, la dejaría en Moscú. Uno de estos días —el lunes, para ser más exactos—, Asia recibió una carta de Astajoff, de Tokio, que Elvira había enviado desde Riga. El jueves, cuando dejamos juntos a Reich, ella me contó detalladamente su contenido, y ese día por la noche siguió hablando de ello conmigo. Parece que Astajoff piensa mucho en ella, y como ella le había pedido un chal con flores de cerezo, lo más probable —le dije yo— era que durante el medio año en Tokio no se hubiera dedicado a mirar otra cosa en los escaparates que chales con flores de cerezo. Ese día por la mañana estuve dictando la nota contra Blei y varias cartas. Por la tarde me sentí de muy buen humor; estuve hablando con Asia, pero ya sólo recuerdo que, cuando me disponía a salir de su habitación para irme a casa con su maleta, Asia volvió a salir a la puerta y me dio la mano. No sé qué esperaba de mí; tal vez nada en absoluto. Hasta el día siguiente no me di cuenta de que Reich había urdido toda una intriga para que fuese yo quien llevase la maleta, porque él no se sentía bien. Dos días después de la mundanza de Asia, él tuvo que meterse en cama en la habitación de Manya. Pero no tardó en reponerse de la gripe. En lo que se refiere a los asuntos de mi viaje de regreso, yo seguí dependiendo completamente de Basseches. Nos encontramos en la parada del autobús, una hora después de salir del sanatorio. Yo estaba citado por la noche con Gnedin en el Teatro Vajtangoff, pero antes tenía que pasarme con Reich por casa de su traductora para pedirle que me acompañase, si podía, a la mañana siguiente, a la proyección de las películas que me iban a mostrar en el cine estatal. El resultado fue positivo. A continuación, Reich me dejó en un trineo en el que me dirigí al Vajtangoff. Gnedin y su mujer llegaron un cuarto de hora después de comenzar la representación. Yo ya estaba a punto de tomar la decisión de marcharme definitivamente, y, al recordar lo sucedido el domingo anterior en el Teatro del Proletkult, me había empezado a preguntar si Gnedin no estaría loco. Ya no había entradas. Por último logró hacerse todavía con algunas; pero no pudimos sentarnos juntos, produciéndose a lo largo de los diferentes actos todas las permutacio-

nes imaginables entre nosotros, pues teníamos dos localidades juntas y una separada. La mujer de Gnedin era ancha de proporciones, amable y callada, y, a pesar de lo equilibrado de sus facciones, tiene también cierto encanto. Después del teatro, los dos me acompañaron aún hasta la Smolensk-Plóschtd, donde tomé el tranvía.

## 24 DE ENERO

Este día fue sumamente agotador y enojoso, a pesar de haber logrado alcanzar mis objetivos en casi todas partes. Comenzó con una espera interminable en el cine estatal: dos horas hasta el inicio de la proyección. Vi *Mati*<sup>236</sup>, *Potemkin* y una parte del *Proceso por tres millones*<sup>237</sup>. La cosa me costó un *chervonetz*, pues, por consideración a Reich, quería darle algo a la mujer que me había proporcionado, pero ella no me indicó cantidad alguna y, después de todo, había estado cinco horas a mi disposición. Fue bastante agotador tenerse que pasar tanto tiempo en aquella pequeña sala en la que, en casi todo momento, fuimos los únicos espectadores, viendo pasar ante nuestros ojos tantas cintas sin ningún acompañamiento musical. Me encontré con Reich en el Dom Gerzena. Él se fue a ver a Asia después de comer: yo esperaba que los dos vinieran luego para acompañarles a casa de Rachlin. Pero, en principio, sólo vino Reich. Entonces me fui a Correos, que está muy cerca, para recoger la carta con el dinero. Esto me llevó cerca de una hora. La escena que allí tuvo lugar merecería ser descrita. La funcionaria se comportó con aquella carta como si yo le quisiera quitar al hijo de sus entrañas, y de no haber llegado a la ventanilla, después de algún tiempo, una mujer que sabía algo de francés, me habría tenido que marchar sin lograr mis propósitos. Llegué al hotel rendido. Pasados unos minutos, partimos cargados con maleta, abrigos y manta a casa de Rachlin. Asia había ido directamente. Allí, pues, nos juntamos un grupo bastante numeroso, pues, además del general rojo, estaba también una amiga de Rachlin que quería darme un encargo para una amiga parisina, una pintora. La cosa siguió resultando

<sup>236</sup> *Mati: Mat (La madre)*, basada en la novela del mismo nombre de Gorki, de los años 1906-1907; dirección: Vsevolod I. Pudovkin (1926).

<sup>237</sup> *Proceso por tres millones*: Película soviética (comedia policiaca) de Yakov Protazanov (1926).

agotadora. Pues Rachlín —una persona no carente de simpatía— me estuvo contando muchas cosas; entretanto, yo noté vagamente el interés del general por Asia, por lo que todo el tiempo estuve pendiente de lo que ocurría entre ambos. A esto había que añadir la presencia de Reich. Tuve que renunciar a mis esperanzas de poder hablar unas palabras a solas con Asia; las pocas que intercambiamos al marcharme yo fueron intrascendentes. Acto seguido me pasé todavía un momento por casa de Basseches para comentar algunos aspectos técnicos relacionados con mi viaje, y luego, a casa. Reich durmió en la habitación de Manya.

#### 25 DE ENERO

La escasez de viviendas <sup>238</sup> tiene aquí un efecto curioso: cuando uno va de noche por la calle, a diferencia de lo que sucede en otras ciudades, ve, tanto en las casas grandes como en las pequeñas, casi todas las ventanas iluminadas. De no ser porque la luz que sale de estas ventanas es de distinta intensidad, se podría pensar en una iluminación decorativa. En los últimos días he notado también otra cosa: no es únicamente la nieve lo que podría hacerle a uno añorar Moscú, sino también el cielo. En ninguna otra gran ciudad se tiene tanto cielo sobre la cabeza. Esto se debe a la altura de las casas, con frecuencia muy bajas. En esta ciudad se siente siempre el amplio horizonte de la llanura rusa. Algo nuevo y regocijante fue el niño que vi en la calle transportando una tabla con pájaros disecados. Así pues, también se venden aquí esos pájaros en la calle. Todavía más curioso me resultó ese día encontrarme en la calle con un entierro «rojo». Tanto el ataúd como el coche y los jaecés de los caballos eran de color rojo. En otra ocasión pude ver un coche del tranvía pintado con propaganda política, pero, por desgracia, iba lleno, de modo que no pude distinguir los detalles. Sigue siendo asombrosa la cantidad de cosas exóticas que ofrece esta ciudad. Rostros mongoles ya veo cuantos me apetece todos los días en mi hotel. Pero hace poco vi frente a él, en la calle, a unos personajes con capas rojas y amarillas que, según me dijo Basseches, eran monjes budistas que en ese momento celebraban un congreso en Moscú. Las

<sup>238</sup> *La escasez de viviendas... en sus trineos* (marc.): Ver: *GS IV*, 330: «Die Schaffnerinnen - dem Schlitten»; 339: «Hin, und... sehen sind»; 344: «Sehnsucht nach... sich zu haben».

revisoras del tranvía me recuerdan, en cambio, a los pueblos primitivos del norte. Van de pie en su sitio del tranvía, cubiertas con sus pieles, como las mujeres samoyedas <sup>239</sup> en sus trineos. Ese día pude resolver favorablemente algunos asuntos. La mañana se me fue en preparativos para el viaje. Yo había cometido la estupidez de mandar que me sellaran las fotos del pasaporte, por lo que tuve que ir a hacerme otras a un fotógrafo de servicio rápido del bulevar Strasnoi. Luego, otras salidas. La noche anterior había llamado a Ilesh desde casa de Rachlín, quedando con él en pasar a buscarle hacia las dos al Narkompros. Le encontré, no sin algún esfuerzo. Perdimos mucho tiempo yendo a pie desde el Ministerio al cine estatal, donde Ilesh tenía que hablar con Panski. Poco antes se me había ocurrido la infeliz idea de conseguir a través del cine estatal fotos de *La sexta parte del mundo*, exponiéndole mi deseo a Panski. Me vi obligado a escuchar entonces las cosas más abstrusas: que aquella película no debía mencionarse para nada en el extranjero; en ella se habían insertado fragmentos de películas extranjeras; ni siquiera se sabía de cuáles en realidad, por lo que era de temer que surgieran contradicciones; en resumen: le dio mucho bombo al asunto. A ello se añadió su intento de conseguir por todos los medios que Ilesh se pusiera inmediatamente en camino con él por la cuestión del rodaje de «Atentado». Pero Ilesh perseveró cortésmente en su negativa, por lo que, finalmente, pude mantener en un café cercano (Lux) una conversación con él que dio el fruto apetecido: me proporcionó un esquema muy interesante de los grupos literarios que actualmente existen en Rusia, basado en la orientación política de los diferentes autores. A continuación me fui directamente a ver a Reich. Por la noche fui de nuevo a casa de Rachlín; Asia me lo había pedido. Yo me sentía sumamente agotado y cogí un trineo. Encontré arriba al inevitable Iliusha <sup>240</sup>, que había comprado un montón de dulces. Yo no había llevado el vodka que Asia me había pedido, pues ya no pude comprarlo, pero sí oporto. Aquel día y, sobre todo, el siguiente, sostuvimos largas conversaciones telefónicas muy semejantes a las de Berlín. A Asia le encanta decir cosas importantes por teléfono. Me dijo que quería vivir conmigo en Grunewald, sintiéndose muy desilusionada de que yo le dijera que la cosa no funcionaría. Esa noche

<sup>239</sup> Pueblo de la tundra y la taiga subártica de la Rusia europea y del noroeste de Siberia; grupo lingüístico urálico.

<sup>240</sup> Nombre del general rojo y galán de Asia.



fue cuando Rachlin me regaló el sable caucásico. Me quedé hasta que se fue también Iliusha: la verdad es que no me sentía demasiado contento; cuando más a gusto me sentí fue después, en el momento en que Asia se sentó junto a mí en un canapé de esos en los que cada uno se da la espalda. Pero ella se arrodilló en su sitio y se puso alrededor del cuello mi sobrecuello de seda de París. Por desgracia, ya había cenado en casa, de modo que no pude comer gran cosa de los muchos dulces que había sobre la mesa.

26 DE ENERO

Todos estos días estuvo haciendo un tiempo maravilloso. Moscú me vuelve a resultar más familiar. Tengo ganas de aprender ruso, al igual que durante los primeros días de mi estancia. Como hace calor y, por otra parte, el sol no deslumbra, puedo mirar mejor las calles y cada día me parece un doble y triple regalo por ser tan hermoso, porque ahora me siento con mucha más frecuencia unido a Asia y por habérmelo concedido a mí mismo alargando el tiempo de estancia previsto. Veo, pues, también muchas cosas nuevas. Sobre todo<sup>241</sup> vuelvo a ver a otros tipos de vendedores: a un hombre que lleva colgándole por delante, de los hombros, una gavilla de pistolas de juguete, haciendo sonar de vez en cuando una que sostiene en la mano y cuyo disparo resuena por toda la calle, atravesando el aire, tan diáfano. Y a muchos vendedores de cestos de mimbre con toda clase de cestos: de colores, semejantes a los que venden por todo Capri; cestos dobles con asas y minuciosas cenefas cuadradas, en el centro de las cuales aparecen sentadas cuatro figuras de colores. Vi también a un hombre con una gran cesta de viaje cuyo entramado aparecía recorrido por cintas de paja teñida de color verde y rojo; pero no era un vendedor. Esa mañana traté inútilmente de consignar mi maleta en la aduana. Como no llevaba el pasaporte (lo había entregado para solicitar el visado de salida), se hicieron cargo de la maleta, pero no la consignaron. Por lo mañana, por lo demás, no pude resolver nada: comí en la tabernita y por la tarde fui a ver a Reich, a quien llevé manzanas por deseo de Asia. A ella no la vi ese día, pero por la tarde y por la noche

<sup>241</sup> Sobre todo... figuras de colores (marc.): Ver: GSIV, 320: «Ein Korbverkäufer... im Innern».

mantuve con ella dos largas conversaciones telefónicas. Por la noche estuve trabajando en la réplica al artículo de Schmitz sobre el *Potemkin*<sup>242</sup>.

<sup>242</sup> La «Erwiderung an Oskar A.H. Schmitz», de Benjamin, fue publicada junto con el artículo de Schmitz en el *Literarische Welt* de 11 de marzo de 1927 con el título: «Eine Diskussion über russische Filmkunst und kollektivistische Kunst überhaupt» (ver: GS II, 751-755 y 1486-1489).

En la última página del manuscrito del diario se encuentra la primera versión de este artículo:

«Es gibt Erwiderungen, die beinahe eine Unhöflichkeit gegen das Publikum sind. Sollte man eine Argumentation mit derart scharfem Begriffen nicht am besten der Stellungnahme ihrer Leser überlassen? Sie brauchten ja wirklich nicht (wie zufällig der Schreiber dieser Zeilen) in Russland sie zu Gesicht zu bekommen, brauchten, um ihre Leerheit zu durchschauen, noch nicht einmal den «Potemkin» gesehen zu haben. Genau so wenig, wie Schmitz selber ihn gesehen zu haben brauchte. Denn soviel Material, wie er hier beibringt, könnte die erste beste Zeitungsmeldung ihm geliefert haben, nur wäre es ein exakteres. Aber das unterscheidet ja eben den Bildungsphilister von dem gewöhnlicher Spieser: Die lesen die Notiz in ihrem Blatt und halten sich für gewarnt. Er aber hat den Stolz der eigenen Meinung, geht hin und glaubt damit sich in den Stand zu setzen, seinen Verdruss in sachliche Erkenntnis umzuwandeln. Sachlich liesse sich über den «Potemkin» sowohl vom Standpunkt des Politikers wie von dem des Filmkenners reden. Schmitz tut aber keines von beiden. Er redet von seiner jüngsten Lektüre. Nun haben soziale Romane von Wassermann (oder von andern) mit dem sozialen Inhalt des «Potemkin» ganz genau soviel zu tun, wie eine Marine von Stöwer (oder von andern) mit den Manövern dieses Panzerkreuzers im Schwarzen Meere. Es kommt garnichts bei solchem Vergleich heraus. Der Einwurf «Tendenzkunst» ergibt da schon mehr. Denn, um es deutsch und deutlich auszudrücken: wäre es nicht hoch an der Zeit, mit diesem Popanz, diesem Bürgerschreck nun endlich aufzuräumen? Was soll der Jammer über die politische Entjungferung der Kunst, seitdem man alle Sublimierungen und Ödipuskomplexe, libidinösen Restbestände, infantile Regressionen in einer Produktion von zwei Jahrtausenden aufspürte. So aber ist die bürgerliche Theorie der Entartungsperiode: mag doch die Kunst in den verrufensten Gässchen sich auskennen, wenn sie nur in politisch die höhere Tochter bleibt, und sich vom Klassenkampf nichts träumen lässt. Es hilft nichts: sie liess es sich immer träumen. Wichtig ist nur, dass die sogenannte «Tendenz» mit dem Erwachen neuer Bewusstseinsregionen aus einem sehr verborgenen Element der Kunst zu einem gänzlich offenkundigen geworden ist. Und damit sind wir denn endlich beim Film.»

[Hay réplicas que casi constituyen una descortesía para con el público. ¿No sería mejor dejar que fuesen los lectores quienes tomasen postura, en vez de argumentar con criterios tan obtusos? Éstos no tuvieron que verlo en Rusia (como, casualmente, el autor de estas líneas), ni tampoco tuvieron siquiera que ver el *Potemkin* para percibir su vaciedad. Tan poco como necesitó verlo el propio Schmitz. Pues el material que éste ofrece se lo podría haber proporcionado igualmente cualquier noticia del periódico, e incluso de una forma más exacta. Pero eso es, justamente, lo que distingue al filisteo de la cultura del pequeño-burgués normal: éste lee la noticia en su diario y se considera avisado. En tanto que aquél se siente orgulloso de tener opinión propia, y va y cree estar en condi-

Sigo llevando el abrigo de Basseches. Éste fue un día importante. Por la mañana volví a ir al Museo del Juguete; parece que, por fin, existe la posibilidad de resolver el asunto de las fotografías. Vi los objetos que Bartram tiene en su despacho. Me llamó mucho la atención un mapa rectangular, estrecho y alargado, que representaba la Historia alegóricamente como una serie de ríos en distintas bandas de colores con muchas curvas. En el cauce de los ríos aparecían, respectivamente, los datos y los nombres en sucesión cronológica. El mapa era de principios del siglo XIX; yo lo habría situado ciento cincuenta años antes. Junto a éste había un interesante mecanismo: un paisaje colgado de la pared dentro de una caja de cristal. Estaba partido y también se había desprendido el reloj a cuyas campanadas se habían puesto en marcha, en otro tiempo, molinos de viento, norias, batientes de ventanas y personajes. A ambos lados, protegidos también por un cristal, había composiciones semejantes en relieve: el incendio de Troya y Moisés haciendo brotar agua de la roca. Pero no eran articuladas. Y además: libros infantiles, una colección de naipes y muchas otras cosas. El museo no abría ese día (jueves) y yo accedía a Bartram por un patio. Al lado hay una antigua iglesia particularmente bella. En lo que se refiere <sup>243</sup> a las torres

ciones de transformar su disgusto en datos objetivos. Sobre el *Potemkin* se podría hablar de un modo objetivo tanto desde la perspectiva del político como desde la del experto en cine. Pero Schmitz no hace ninguna de ambas cosas. Habla de su lectura más reciente. Ahora bien, las novelas sociales de Wassermann (u otros) tienen exactamente lo mismo que ver con el contenido social del *Potemkin* como una marina de Stöwer (y otros) con las maniobras de este acorazado en el Mar Negro. De tal comparación no se saca nada en claro. La acusación de «arte tendencioso» da ya mucho más de sí. Pues, por decirlo en buen alemán: ¿no va siendo ya hora de acabar de una vez por todas con ese espantajo, con ese asustaburgueses? ¿A qué lamentarse tanto del desfloramiento político del arte cuando ya hemos descubierto todas las sublimaciones y complejos de Edipo, remanentes libidinosos, regresiones infantiles de una producción de dos milenios? Pero ésa es la teoría burguesa de la fase de degeneración: no importa que el arte conozca las callejas de peor fama mientras siga siendo la hija buena *in politicis* y no se le pase por la imaginación la lucha de clases. Pero de nada le ha de servir, pues le ha pasado por la imaginación. Lo cierto importante es que, con el despertar de nuevas regiones de la conciencia, la llamada «tendencia», de ser un elemento muy escondido del arte se haya convertido en uno completamente evidente. Y con ello llegaremos por fin al tema del cine.]

<sup>243</sup> En lo que se refiere... *arquitectónicamente sobrio* (marc.): Ver: GS IV, 344: «die allerorten... ihr Inkognito»; 343: «Kirchen stehen Dorfplatz».

de las iglesias hay aquí una variedad estilística realmente sorprendente. Supongo que las estilizadas y gráciles, en forma de obelisco, deben de proceder del siglo XVIII. Estas iglesias se encuentran en los patios como las iglesias de los pueblos en medio de un paisaje arquitectónicamente sobrio. Acto seguido me fui a casa para deshacerme de una lámina muy grande: una hoja volante bastante singular, aunque deteriorada y, por desgracia, pegada sobre cartón, que Bartram me había regalado por ser un duplicado de su colección. Después, a ver a Reich. Se encontraban allí Asia y Manya, que acababan de llegar (a la encantadora Dascha, una judía ucraniana que esos días le preparaba la comida a Reich, no la conocí hasta mi visita siguiente). Me encontré con un ambiente tenso que sólo con esfuerzo pude evitar que se descargase sobre mí. Percibí los conatos, pero el asunto era demasiado banal como para que me apetezca recordarlo. Y, por lo mismo, no tardó en producirse el estallido entre Reich y Asia cuando ésta, mohína y enfadada, le estaba haciendo la cama. Por fin nos marchamos. Asia sólo pensaba en las diferentes gestiones que estaba realizando para conseguir trabajo, y estuvo hablando de ello durante el camino, que sólo recorrimos juntos hasta la parada más próxima del tranvía. Existía una cierta esperanza de vernos por la noche, pero esto lo debía decidir una conversación telefónica previa por la que sabría si había de quedar o no con Knorin. Yo ya me había acostumbrado a poner las menores esperanzas posibles en tales citas. Y cuando me llamó por la noche para decirme que se había disculpado con Knorin alegando que se sentía muy fatigada, pero que, inesperadamente, había recibido recado de la modista diciéndole que fuese esa misma noche a recoger su vestido, pues al día siguiente ya no habría nadie en el piso —la modista iba a ser ingresada en el hospital—, yo ya no me hice ningunas ilusiones de verla aquella noche. Pero las cosas sucedieron de forma muy distinta: Asia me pidió que nos encontrásemos frente a la casa de la modista y me prometió que luego iríamos juntos a algún sitio. Habíamos pensado en un local del Arbat. Llegamos casi al mismo tiempo a casa de la modista, que está junto al Teatro Revoluzie <sup>244</sup>. Allí tuve que esperarla cerca de una hora; al final, yo estaba casi convencido de haber perdido a Asia por haberme ausentado brevemente para mirar uno de los patios de la casa, que por lo menos tenía tres. Cuando ya llevaba diez minutos repitiéndome que mi espera era completamente

<sup>244</sup> «Teatro de la Revolución».

absurda, por fin apareció. Fuimos al Arbat en tranvía. Una vez allí, y tras un momento de vacilación, entramos en un restaurante llamado «Praga». Subimos por la amplia escalera que, describiendo una curva, conducía de la planta baja al primer piso, entrando en un salón muy iluminado y lleno de mesas, en su mayoría vacías. Al fondo, a la derecha, se alzaba un estrado de donde, con largos intervalos, nos llegaba música de orquesta, la voz de un animador o canciones de un coro ucraniano. Nada más llegar nos cambiamos de mesa; a Asia le apetecía sentarse junto a la ventana. Se sentía avergonzada de haber ido a un sitio tan «elegante» con los zapatos destrozados. En casa de la modista se había puesto el vestido nuevo, hecho de una tela negra, vieja y apolillada. Le sentaba muy bien; se asemejaba en todo al azul. Al principio hablamos de Astajoff. Asia pidió *shashlyk* y un vaso de cerveza. Estábamos sentados el uno frente al otro; pensamos varias veces en mi partida, hablamos de ello y nos miramos. Aquí fue donde Asia me dijo por primera vez, quizá, de forma rotunda, que durante algún tiempo le habría gustado casarse conmigo. Y que si no había sucedido, el que peor salía parado, en su opinión, era yo, no ella. (Tal vez no emplease exactamente una expresión tan fuerte: «salir peor parado»; ya no lo recuerdo.) Yo le dije que en ese deseo de casarse conmigo habían andado por medio sus demonios. Sí, ella ya había pensado en lo curioso que habría resultado aparecer ante mis amistades como esposa mía. Pero ahora, después de la enfermedad, ya no tenía demonios. Se sentía completamente pasiva. Pero en este momento ya no había ninguna posibilidad en este sentido. Le dije: Pero yo no puedo desprenderme de ti, y, si estás en Vladivostok, también iré a Vladivostok. ¿Es que también quieres seguir haciendo el papel de amigo de la casa en casa del general rojo? Si él es tan tonto como Reich y no te echa, yo no tengo nada en contra. Y si te echa, tampoco tengo nada en contra. En otro momento dijo: «Me he acostumbrado ya muchísimo [a ti].» Pero al final le dije: «En los primeros días nada más llegar aquí, te dije que me podría casar contigo de inmediato. Pero no sé si lo haría. Creo que no lo aguantaría.» Entonces, ella dijo algo muy bonito: ¿Y por qué no? Yo soy un perro fiel. Sé que me comporto de una forma muy bárbara cuando vivo con un hombre, y que eso está mal, pero no puedo evitarlo. Pero, si estuvieras conmigo, no conocerías toda esa angustia, o tristeza, que sientes tan a menudo. Y así seguimos hablando de muchas otras cosas. De si yo no quería estar siempre contemplando la luna y pensando en Asia mientras tanto. Le

dije que esperaba que las cosas fuesen mejor cuando nos viésemos la próxima vez. ¿Para pasarte, otra vez, las veinticuatro horas del día sobre mí? Le dije que no era en eso en lo que estaba pensando en ese momento, sino en estar más cerca de ella, en hablar con ella. Cuando estuviéramos más juntos sería cuando volvería aquel otro deseo. «Muy agradable», dijo. Esta conversación hizo sentirme muy inquieto todo el día siguiente, e incluso durante la noche. Pero mi voluntad de viajar era, sin duda, más fuerte que la atracción que sentía por ella, aunque, probablemente, por culpa únicamente de las numerosas trabas con que ésta se encontraba. Con las que todavía se sigue encontrando. La vida en Rusia, dentro del Partido, me resulta muy difícil y, al margen de él, con muy poco futuro y no menos dificultades. Ella, sin embargo, tiene muchos motivos para sentirse enraizada aquí, en Rusia. No hay duda de que también siente nostalgia de Europa, nostalgia muy vinculada con lo que ella pueda encontrar de atractivo en mí. Y el vivir con ella en Europa, si pudiese convencerla de ello, podría ser algún día lo más importante para mí, lo más lógico. Pero, en Rusia..., no lo creo. Fuimos a su casa en trineo, muy apretados el uno al otro. Estaba muy oscuro. Fue la única oscuridad que compartimos en Moscú: en plena calle y sentados en el estrecho asiento de un trineo.

## 28 DE ENERO

Salí temprano, con un maravilloso tiempo de deshielo, para conocer las calles del lado derecho del Arbat, tal como lo había planeado hacía tiempo. Llegué, pues, a la plaza donde en otros tiempos habían estado las perreras de los zares. La forman casas bajas, algunas de las cuales tienen soportales sostenidos por columnas. Pero en uno de los lados aparecen intercaladas casas altas y feas, de construcción más reciente. Aquí se encuentra el «Museo de Costumbres de los Años 40»; resumiendo: una casa baja de tres plantas con salas decoradas con muy buen gusto en el estilo de las viviendas de la alta burguesía de la época. Hay allí bellos muebles que recuerdan mucho el estilo Luis Felipe, cajitas, candelabros, *trumeaus*<sup>245</sup>, biombos (uno de ellos, muy curioso, tiene un grueso vidrio entre la armazón de madera). Todas estas salas aparecen dispuestas como si aún estuviesen habitadas:

<sup>245</sup> Espejo de pared, trumó.

sobre las mesas, o colgando de las sillas, hay papeles, notas, camisonas y chales. En cualquier caso, se ve todo muy deprisa. Me asombró<sup>246</sup> no ver ningún cuarto infantil (y, por lo mismo, tampoco juguetes); ¿será que no tenían ningún cuarto de juegos especial en aquellos tiempos?, ¿o sería que faltaba, o bien estaba, cerrada al público, en el piso superior? Seguí luego paseando por las calles laterales. Por último regresé al Arbat, en donde me detuve junto a un puesto de libros en el cual encontré uno de Victor Tissot del año 1882: *La Russie et les Russes*. Lo compré por 25 *kopeks*, pues, en cualquier caso, me ofrecía una posibilidad de averiguar algunos datos y nombres de utilidad para mi conocimiento de Moscú y para el artículo que pensaba escribir sobre esta ciudad. Dejé el libro en casa y fui a ver a Reich. Esta vez, nuestra conversación resultó mejor; yo me había propuesto firmemente evitar que se produjeran tensiones. Hablamos de *Metrópolis*<sup>247</sup> y del rechazo que esta película había provocado en Berlín, por lo menos entre los intelectuales. Reich trató de echarle toda la culpa del fracaso del experimento a las excesivas exigencias de los intelectuales, que incitan a tales osadías. Yo le rebatí. Asia no vino: no llegaría hasta última hora de la tarde. Pero durante un rato estuvo Manya con nosotros. En la habitación estuvo también Dascha, una pequeña judía ucraniana que vive allí y que ahora cocina para Reich. Me cayó muy bien. Las dos muchachas hablaron en yiddish, pero yo no entendí lo que decían. De nuevo en casa llamé a Asia pidiéndole que fuese a verme después de dejar a Reich. Y, en efecto, luego vino. Estaba muy cansada y se echó inmediatamente en la cama. Al principio me sentí muy cohibido, incapaz de decir siquiera una sola palabra por temor a verla marchar acto seguido. Fui por la lámina arratonada que Bartram me había regalado y se la enseñé. Luego hablamos también del domingo: le prometí acompañarla a ver a Daga. Nos volvimos a besar y hablamos de vivir juntos en Berlín, de casarnos, de viajar juntos al menos una vez. Asia dijo que nunca le había costado tanto despedirse de una ciudad como de Berlín: ¿no tendría que ver eso conmigo? Tomamos juntos un trineo para ir a casa de Rachlin. Pero ni siquiera había nieve suficiente en la Tverskaya como para permitirle al trineo un

<sup>246</sup> *Me asombró... en aquellos tiempos* (marc.): aparece, marcado en el manuscrito del diario, pero, al parecer, no se ha recogido en ninguno de los artículos fruto de su estancia en Moscú.

<sup>247</sup> Película dirigida en 1926 por Fritz Lang (1890-1976).

avance rápido. Mucho mejor pudimos avanzar por las calles laterales: tomó un camino que yo no conocía; pasamos junto a unos baños y vimos un rincón maravillosamente apartado de Moscú. Asia me habló de los baños rusos, que son los verdaderos centros de la prostitución, al igual que lo fueran en Alemania durante la Edad Media; yo ya lo había oído. Le hablé de Marsella. Al llegar nosotros, poco antes de las diez, en casa de Rachlin no había nadie de visita. Disfrutamos de una hermosa y tranquila velada. Ella contó toda clase de detalles referentes al archivo. Entre otras muchas cosas, que en los pasajes cifrados de las cartas de algunos miembros de la familia de los zares se había descubierto la pornografía más indescriptible. Conversación acerca de la conveniencia o no de publicarlas. Me di cuenta<sup>248</sup> de cuán acertada había sido la inteligente observación de Reich, quien había incluido a Rachlin y a Manya dentro de la categoría de los comunistas «moralistas» que siempre habrán de ocupar los puestos medios, sin que nunca se les haya de presentar la oportunidad de acceder a los realmente «políticos». Estuve sentado en el diván grande, muy cerca de Asia. Tomamos sémola con leche y té. Me fui hacia las once y cuarto. Por la noche también hizo un tiempo maravillosamente cálido.

#### 29 DE ENERO

El día resultó un fracaso en casi todos los aspectos. Hacia las once de la mañana me presenté en casa de Basseches; contrariamente a lo esperado, lo encontré ya despierto, trabajando. Pero, a pesar de ello, no pude librarme de la consabida espera. El retraso se debió en esta ocasión a que le habían extraviado el correo, y, hasta que lo encontraron, transcurrió media hora por lo menos. Después, aún tuvimos que esperar a que estuviera lista una copia a máquina, y en el *interin* me dieron para leer, como de costumbre, los manuscritos recién acabados de algunos editoriales. Resumiendo: las formalidades relativas al viaje de regreso, de por sí ya difíciles, todavía se hacen más penosas al tratar de resolverlas por esta vía. A lo largo de estos días se puso claramente de manifiesto cuán desacertado había sido el consejo de Gne-

<sup>248</sup> *Me di cuenta... maravillosamente cálido* (marc.): marcado en el manuscrito del diario, pero sin que, al parecer, se haya recogido en ninguno de los artículos fruto de su estancia en Moscú.

din de realizar los trámites aduaneros en Moscú. Y, al pensar en él, en medio de todas aquellas trabas y dificultades inimaginables a las que me veía expuesto por su culpa, tuve que reafirmarme más que nunca en mi vieja máxima de viaje: no seguir nunca el consejo de una persona que te lo da sin que se le haya preguntado. Y, naturalmente, de ello forma también parte la praxis de, una vez que uno ha puesto sus asuntos en manos de otra persona (como hice yo), seguir estrictamente sus consejos. Y así ocurrió que, finalmente, Basseches me dejó plantado el día último y decisivo de la partida, lo que me obligó, el 1 de febrero, pocas horas antes de la salida, a realizar un esfuerzo impropio para facturar la maleta con la ayuda de un sirviente. Aquella mañana no pudimos hacer casi nada. Fuimos a la milicia a recoger el pasaporte con el visado de salida. Yo caí demasiado tarde en la cuenta de que era sábado, por lo que las perspectivas de que la aduana estuviese abierta hasta después de la una eran muy escasas. Cuando llegamos, por fin, al Narkomindel<sup>249</sup>, ya eran las dos. Habíamos bajado paseando por la Petrovka con toda tranquilidad, luego habíamos entrado aún en el edificio de administración del Teatro Bolshoi, donde, por mediación de Basseches, me prometieron entradas para el ballet del domingo, y por último habíamos ido al banco estatal. Cuando llegamos, por fin, a la Plaza Kalanchevskaya, hacia las dos y media, nos dijeron que los funcionarios se acababan de marchar. Me subí a un coche con Basseches hasta una parada del tranvía para ir desde allí a casa de Rachlin. Habíamos quedado en que yo la iría a recoger a las dos y media para subir juntos a las montañas de Lenin. Ella y Asia estaban en casa. La noticia de que me iban a proporcionar entradas para el ballet no complació a Asia tanto como yo había esperado. Dijo que sería más importante conseguir las para el lunes. En el «Gran Teatro» ponían el *Revisor*. Yo me sentía tan agotado y nervioso después de los fracasos de la mañana, que no fui capaz de responder nada. No obstante, Rachlin me invitó a comer en su casa al regresar de nuestro paseo. Acepté la invitación y me aseguré de que Asia aún estaría allí. Pero la cuestión del paseo resultó de la siguiente manera: el tranvía se nos escapó en las proximidades de la casa, delante de nuestras narices. Seguimos a pie hacia la Plaza de la Revolución; Rachlin pensaba, tal vez, que esperásemos allí, donde tendríamos más líneas a

<sup>249</sup> Abreviatura de «Narodnii komissariat instrannykh del» = Comisariado del Pueblo para Asuntos Extranjeros = (Ministerio de Asuntos Exteriores).

nuestra disposición. Aunque no estoy seguro. Andar aquellos pocos pasos no me fatigó, ciertamente, pero sí lo hizo nuestra charla, con sus malentendidos y entendidos a medias, hasta el punto de que, cuando ella me preguntó si no deberíamos saltar a un tranvía que pasaba en aquel momento, yo le dije que sí de pura debilidad. Mi error había radicado ya en desviar su atención con mi mirada hacia aquel vehículo en el que, de lo contrario, seguramente ni se habría fijado. Cuando ella se subió a la plataforma y el tranvía aumentó, acto seguido, la velocidad, yo la seguí todavía unos pasos, pero no salté. Ella me gritó: «[Le] espero allí», y yo crucé despacio la Plaza Roja en dirección a la parada del tranvía que se encuentra en el centro del ésta. Ellá debió de esperar que yo llegase un poco antes, pues, al llegar allí, ya no estaba. Por lo que luego supe, me había estado buscando. Yo me quedé allí sin entender dónde podría estar ella. Finalmente llegué a la siguiente conclusión acerca de sus palabras: quería esperarme en la última parada del tranvía; me subí en el próximo vehículo de la línea en cuestión e hice el trayecto, de cerca de media hora, en línea bastante recta, atravesando la parte de la ciudad de la otra orilla del Moscova, en dirección a la última parada. Es posible que, en el fondo, me apeteciera aquel viaje en solitario. Lo que sí es cierto es que, probablemente, me hubiera resultado mucho menos placentero en su compañía, independientemente de adónde me hubiese podido conducir. Me sentía demasiado fatigado para eso. Pero en aquel momento, el viaje impuesto, y casi sin meta, a través de una parte de la ciudad que para mí era totalmente desconocida, me hizo sentirme muy feliz. Sólo entonces<sup>250</sup> me di cuenta de la total similitud de ciertos arrabales con las calles del puerto de Nápoles. Vi también la gran estación de radio de Moscú, de estructura muy distinta a la de las que yo conocía. La calzada por donde avanzaba el tranvía tenía, a la derecha, algunas casas señoriales, y, a la izquierda, casitas o cobertizos aislados, pero, en general, discurría por pleno campo. Todo lo que Moscú tiene de pueblo aparece de pronto enteramente al desnudo, y de una forma evidente y categórica, en las calles de las afueras. Tampoco existe, quizá, ninguna otra ciudad donde las inmensas plazas ofrezcan un aspecto tan informe como las de los pueblos, y siempre como descompuesto por el mal tiempo, el deshielo o la lluvia. En una de aquellas plazas,

<sup>250</sup> Sólo entonces... o la lluvia (marc.): Ver: GS IV, 343: «Mit Moskaus... geräumigen Siedlung».

que, sin embargo, no era ni urbana ni apenas tampoco aldeana, delante de una taberna, se encontraba el final de trayecto; como era lógico, Rachlin no estaba allí. Yo regresé de inmediato con la energía justa para volver a casa, en vez de dirigirme a la suya para corresponder a la invitación a comer que me había hecho. Y en lugar de un almuerzo me comí unas cuantas galletas estatales. Nada más llegar a casa, me llamó Rachlin. Yo estaba enfadado con ella, sin motivo, y adopté, en cierto modo, una actitud defensiva, viéndome, por lo mismo, doble y agradablemente sorprendido por sus palabras amables y contemporizadoras. Y, sobre todo, me permitieron inferir que aquel incidente no llegaría a oídos de Asia de una forma que me hiciera quedar en ridículo. Pero decliné la oferta de ir inmediatamente a su casa a comer; para eso, yo me sentía demasiado cansado. Quedamos en que iría a las siete. Recibí la agradabilísima sorpresa de encontrarme a solas con Asia y con ella. Ya no recuerdo de qué estuvimos hablando. Sólo sé que, al marcharme —Rachlin había salido de la habitación antes que yo—, Asia me mandó un beso con la mano. A continuación, intento, en vano, de comer algo caliente en un restaurante del Arbat. Yo quería pedir sopa y me trajeron dos lonchitas de queso.

30 DE ENERO

Añadiré <sup>251</sup> algunas cosas acerca de Moscú de las que no me había dado cuenta hasta ahora, aquí, en Berlín (donde acabo, con el día 29 de enero, las anotaciones iniciadas el día 5 de febrero). Para el que llega de Moscú, Berlín es una ciudad muerta. Las personas que van por la calle, le parecen a uno ir desconsoladoramente en solitario, a gran distancia las unas de las otras, y solas en mitad de un amplio trecho de la calle. Por otra parte, el lugar por el que tuve que pasar para ir de la Estación del Zoo a Grunewald me pareció muy limpio y reluciente, desmesuradamente pulcro y desmesuradamente confortable. Con la imagen de la ciudad y de la gente ocurre lo mismo que con la imagen de los estados del espíritu: la nueva óptica con la que uno las percibe es el resultado más incuestionable de la estancia en Rusia. Por muy poco que se le llegue a conocer este país, uno aprende a obser-

<sup>251</sup> Añadiré... llega un europeo (marc.): Ver: GS IV, 316-317: «Für einen... zu wählen»; 317: «Heimkenrend findet... um sich».

var y a enjuiciar a Europa con el conocimiento consciente de lo que acontece en Rusia. Esto es lo primero que le llega de Rusia a cualquier europeo inteligente. Por eso también, la estancia en Rusia es, por otro lado, una piedra de toque tan precisa para el visitante extranjero. Obligaré a cualquiera a elegir y precisar con toda exactitud su punto de vista, que, en general, será tanto más fértil en la producción de sus precipitadas teorías cuanto más alejado y circunscrito a la esfera personal y cuanto menos se adecúe al formato del acontecer ruso. Aquel que penetre en mayor profundidad dentro de la situación rusa se sentirá mucho menos impulsado a realizar las abstracciones a las que tan fácilmente llega un europeo. En los últimos días de mi estancia tuve la impresión de que los vendedores mongoles de artículos de papel de colores volvían a aparecer con más frecuencia. Vi a un hombre —aunque no mongol, sino ruso— que, además de cestos de mimbre, ofrecía también pequeñas jaulas hechas de papel brillante y con pajaritos de papel en su interior. Pero también descubrí un papagayo de verdad, un aro blanco: estaba en la Miasnitskaya, sobre un cesto en el que una mujer guardaba artículos de lencería para venderlos a los transeúntes. En otro lugar <sup>252</sup> vi columpios infantiles puestos a la venta en la calle. Puede decirse que Moscú se encuentra liberado del tañer de las campanas, que hace que las grandes ciudades se sientan invadidas, de costumbre, por una irresistible tristeza. Esto es también algo que sólo se nota y se aprende a estimar tras el regreso. Cuando llegué a la estación de Yaroslavski, Asia ya estaba allí. Me había retrasado por haber tenido que esperar un cuarto de hora el tranvía, y los domingos por la mañana no hay autobuses. Ya no nos quedaba tiempo para desayunar. El día, o, por lo menos, la mañana, transcurrió entre ataques de congoja. Sólo en el viaje de regreso del sanatorio pude disfrutar enteramente del maravilloso recorrido en trineo. Hacia una temperatura muy suave y nos daba el sol en la espalda; al poner la mano en la de Asia, pude incluso notar que calentaba. Nuestro *istvoschik* era hijo del hombre que solía llevar a Reich. Fue en esta ocasión cuando averigüé que las preciosas casitas por las que pasamos al principio no eran dachas, sino casas de campesinos acomodados. Asia se sintió muy feliz durante el viaje y, por lo mismo, aún más

<sup>252</sup> En otro lugar... irresistible tristeza: Ver: GS IV, 320: «Es gibt... der Kinder», «Ein Korbverkäufer... der Vogel»; 344: «Die Stadt... Traurigkeit verbreitet».

doloroso habría de ser el revés que sufrió al llegar. Daga no estaba fuera, con los otros niños que jugaban bajo el cálido sol, sobre la nieve en deshielo. Dentro la llamaron. Bajó al vestíbulo por la escalera de piedra con el rostro lloroso y las medias y los zapatos rotos, poco menos que descalza. Resultó que no había recibido el paquete con medias que se le había enviado y que, en los últimos catorce días, apenas se habían ocupado de ella. Asia estaba tan nerviosa, que apenas acertaba a hablar, y tampoco pudo enfrentarse con la médica tal como hubiera deseado. Se quedó casi todo el tiempo junto a Daga, sentada en un banco de madera de la entrada, cosiendo desesperadamente los zapatos y las medias. Pero también esto se lo estuvo reprochando luego a sí misma: el haber tratado de remendar los zapatos. Eran unas zapatillas totalmente deshechas que ya no podían abrigar a la niña. Y ella temía que se las volvieresen a poner en vez de dejarla correr en zapatos o en *valinki*. Teníamos pensado darnos un paseo de cinco minutos en trineo, con Daga, pero no pudo ser. Cuando ya hacía rato que éramos los últimos visitantes que quedaban, Asia aún seguía sentada cosiendo, y a Daga la llamaron para comer. Nos fuimos; Asia, desconsoladísima. Dado que llegamos justo a los pocos minutos de la salida de un tren, tuvimos que esperar casi una hora. Estuvimos jugando durante un rato a ver dónde nos sentábamos. Asia se empeñó en hacerlo en un sitio en el que yo no quería sentarme de ningún modo. Pero, cuando al fin cedió, yo me puse tozudo e insistí en quedarme en el sitio que había elegido ella. Pedimos huevos, jamón y té. En el viaje de vuelta estuve hablando del tema del drama que me había sugerido la obra de Ilesh: el montaje de la historia de un transporte de mercancías durante el tiempo de la revolución (un envío de víveres destinado a los prisioneros, por ejemplo). Desde la estación nos dirigimos en trineo a ver a Reich, que ya se había mudado a su nuevo alojamiento. Al día siguiente se mudó también Asia. Nos quedamos mucho tiempo arriba, esperando la comida. Reich me volvió a preguntar por el artículo sobre el humanismo, y yo le expliqué el porqué, en mi opinión, había que prestar una atención muy especial al hecho de que, con la victoria propiamente dicha de la burguesía y el derrumbamiento de la posición de los literatos coincidiera también la separación de estos dos tipos que en otro tiempo formaron una unidad (al menos en la figura del erudito): el literato y el erudito. Hay que insistir en que, en el tiempo en que se estaba gestando la revolución, los literatos más influyentes fueron, al menos, en la misma proporción eruditos y

escritores. Sí, e incluso es probable que fuesen los eruditos quienes tuvieran un papel preponderante. Empecé a sentir el dolor de espalda que empezó a importunarme en mis últimos días en Moscú. Por fin apareció la comida, que nos trajo una vecina. Estaba muy buena. Luego nos fuimos Asia y yo, cada uno a su casa, para encontrarnos por la noche en el ballet. Pasamos junto a un borracho que estaba tendido en la calle, fumando un cigarrillo. Dejé a Asia en el tranvía y me fui al hotel. Allí me dieron las entradas para el teatro. El programa de la noche consistía en: «Petruschka», de Stravinski; *Las sílfides*<sup>253</sup>; ballet de un compositor poco importante, y el *Capricho español*, de Rimski-Korsakoff. Llegué muy pronto y, mientras esperaba a Asia en el vestíbulo —con la conciencia de que aquélla era, de momento, la última noche en Moscú en la que podríamos hablar a solas—, mi único deseo era sentarme con ella en seguida en el teatro y esperar largo rato hasta que se alzase el telón. Asia llegó tarde, pero, a pesar de ello, aún pudimos ocupar nuestras localidades justo a tiempo. Detrás de nosotros estaban unos alemanes, y en nuestra misma fila un matrimonio japonés con sus dos hijas, con su brillante pelo negro peinado al estilo japonés. Nos encontramos en la fila siete de butacas. En el segundo ballet aparecía la famosa bailarina Gelzer<sup>254</sup>, ahora ya algo mayor, a quien Asia había conocido en Orel<sup>255</sup>. *Las sílfides* es un ballet a menudo insípido, pero que sirve para hacerse una idea excelente del estilo que en otro tiempo tenía este teatro. Esta obra data, tal vez, de la época de Nicolás I. Hay un divertimento que se asemeja muchísimo al de los desfiles militares. Finalmente, el ballet de Rimski-Korsakoff, maravillosamente estudiado y ejecutado a una velocidad vertiginosa. Hubo dos descansos. En el primero, yo me separé de Asia para tratar de conseguir todavía un programa delante del teatro. Al volver, la vi hablando con un hombre, de pie junto a la pared. Me dije a mí mismo con horror con cuánto descaro le había mirado cuando Asia me dijo que se trataba de

<sup>253</sup> *Las sílfides*; título original ruso: *Chopiniana*; coreografía: M. Fokine, Música: F. Chopin (la idea de Benjamin de que se trata de un «compositor poco importante» se debe quizá al hecho de que la música de Chopin fuese instrumentada por A. Glasunov).

<sup>254</sup> Ekaterina Vasilevna Geltser (1876-1962), famosa bailarina; galardonada en 1925 con el título de «Artista popular de la RSFSR».

<sup>255</sup> Los primeros experimentos de Asia Lacis dentro del ámbito del teatro infantil y de la pedagogía tuvieron lugar en 1918/19, en Orel, donde iba a trabajar como directora en el teatro municipal.

Knorin. Él se empeña siempre en tutearla y a ella no le queda más remedio que tutearle también. A su pregunta de si había ido sola al teatro, ella le había dicho que no, que había ido con un periodista de Berlín. Ya le había hablado de mí en otra ocasión. Asia llevaba aquella noche el vestido nuevo cuya tela le había regalado yo. [Se] cubría los hombros con el chal amarillo comprado en Roma y que yo le llevé a Riga. Dado que su rostro también tenía aquel día un tinte amarillento, en parte, natural y, en parte, debido a la enfermedad y a la excitación de aquel día, con el cual no se mezclaba la menor sombra de rojo, todo su aspecto constituía la frontera de tres tonalidades cromáticas muy próximas. Después del teatro no tuve sino el tiempo justo para quedar con ella en vernos la noche siguiente. Pues, como tendría que ausentarme todo el día si efectivamente quería hacer la excursión a Troitsa <sup>256</sup>, sólo disponíamos de la noche. Pero ella no quería salir de casa, ya que, al día siguiente, muy temprano, quería ir de nuevo a ver a Daga. Quedamos, pues, en que yo iría, con toda seguridad, por la noche, pero incluso esto lo acordamos a duras penas. Asia quiso saltar a un tranvía, en mitad de la conversación, pero luego desistió. Nos encontrábamos en medio del bullicio de la gran plaza del teatro. Los sentimientos de enojo y amor me invadían alternativamente, a velocidad de vértigo; por último nos despedimos [:] ella, desde la plataforma del tranvía y yo, en la calle, o, más bien, considerando si no debería seguirla, saltando yo también a él.

31 DE ENERO

Con la reserva de asiento que yo había dispuesto el día 30, mi viaje de regreso había quedado irrevocablemente fijado para el día 1. Finalmente logré despachar la maleta en la aduana. A las siete y cuarto llegué, pues, según lo convenido, a casa de Basseches para dirigirnos a la oficina de aduanas con el tiempo suficiente para llegar a la estación antes de la salida del tren, que [era] a las diez. Éste no salió, en realidad, hasta las diez y media. Pero esto no lo supimos lo bastante a tiempo como para haber podido aprovechar aún esa media hora. Aunque a ella le debimos el poder realizar siquiera nuestra excursión a Troitsa. Pues si

<sup>256</sup> Se refiere al monasterio de Troitse-Sergieva, de Sergiev (a partir de 1930: «Zagorsk»).

el tren hubiese salido, efectivamente, a las 10, ya no lo hubiéramos cogido. Las formalidades exigidas en la oficina de aduanas se prolongaron de un modo angustioso y ni siquiera pudimos acabarlas aquel día. Lógicamente tuve que volver a pagar un taxi. Todo aquel ajeteo resultó innecesario, pues ni se fijaron en los juguetes, y en la frontera seguramente tampoco les habrían interesado mucho más que aquí. Nos acompañó el sirviente para recoger allí mi pasaporte y dirigirse acto seguido al consulado de Polonia, a fin de conseguirme un visado. Así pues: no sólo cogimos el tren, sino que además tuvimos que esperar veinte minutos en el vagón a que saliera. Pero yo me dije para mis adentros, no sin enfado, que en ese tiempo habríamos podido acabar de resolver los trámites de la aduana. Si bien no lo dejé traslucir excesivamente, pues Basseches ya estaba lo bastante disgustado. El viaje resultó monótono. Yo me había olvidado de llevarme alguna lectura y pasé durmiendo una parte del trayecto. Llegamos al cabo de dos horas. Aún no le había hablado de mi intención de comprar allí juguetes. Temía que se le agotase la paciencia. Y sucedió que, cuando sólo habíamos andado unos pocos pasos, nos encontramos delante de un almacén de juguetería. Hice una alusión a él. Pero no podía pedirle que entrásemos de inmediato en el almacén. Frente a nosotros, subiendo un poco en cuesta, se encontraba el gran complejo del monasterio <sup>257</sup>, semejante a una fortificación. Su contemplación aún resultaba más impresionante de lo que yo me había imaginado. Por su enclaustramiento de recinto fortificado podía hacer pensar en Asís, pero, curiosamente, a mí me recordó, en un primer momento, a Dachau, donde la montaña con la iglesia se alza a modo de corona sobre la ciudad de manera semejante a como lo hacen aquí los largos edificios de viviendas, con la gran iglesia en el centro. Aquel día, todo estaba un poco muerto: los numerosos tenderetes de sastres, relojeros, panaderos y zapateros que se extienden al pie de la colina del monasterio estaban cerrados en su totalidad. También hacía aquí un hermosísimo y cálido tiempo invernal, aunque sin que en ningún momento se pudiera ver el sol. El descubrimiento del almacén de juguetería había hecho pasar a un primer plano mi deseo de comprar en él nuevos juguetes, y durante la visita al tesoro del monasterio ya empecé a impacientarme; yo tenía las manías de un tipo de viajero que, por lo demás, a nadie le podía resultar más odioso que a mí.

<sup>257</sup> Ver nota anterior.



Tanto más amable era nuestro guía, el director del museo en que había sido transformado el monasterio. Mis prisas se debían también, sin duda, a otras causas. En la mayoría de las salas, en las cuales se conservaban, dentro de vitrinas cuyas cortinas y paños iba retirando un empleado que nos precedía, tapices, utensilios de plata y oro, manuscritos y devocionarios de un valor incalculable; hacía un frío intensísimo y fue probablemente a lo largo de aquella hora de recorrido cuando cogí los gérmenes de un grave resfriado que se manifestó en Berlín, a mi regreso. Por último, toda aquella cantidad imprevisible de cosas preciosas, cuyo verdadero valor artístico en la mayoría de los casos sólo pueden conocerlo expertos muy especiales, produce un cierto embotamiento, fomentando, por así decirlo, una especie de brutalidad en su visita. Para colmo, Basseches tenía un afán increíble para pasar revista «completa» a todo lo que había que ver, y se hizo conducir incluso a la cripta, donde se encuentra, cubierto por un cristal, el esqueleto de San Sergio, fundador del monasterio. No me es posible enumerar, ni siquiera del modo más incompleto, todo lo que se podía ver allí. Apoyado contra un muro estaba el famoso cuadro de Rubloff que ha acabado por convertirse en emblema de este monasterio. Dentro de la catedral vimos luego también el lugar vacío del iconostasio donde había estado colgado y del cual se había retirado al objeto de su conservación. Los murales de la catedral se encuentran seriamente amenazados, pues, al no utilizarse la calefacción central, en primavera se produce un calentamiento repentino de los muros, dando lugar a que aparezcan en ellos quiebras y grietas por las que penetra la humedad. En un armario empotrado vi el gigantesco revestimiento de metal dorado, recubierto de piedras preciosas, donado más tarde para el cuadro de Rubloff. Sólo deja libre del cuerpo de los ángeles las zonas desnudas: el rostro y las manos. El resto queda cubierto por esa capa de oro macizo, y el cuello y los brazos, como comprimidos por pesadas cadenas metálicas cuando se coloca la plantilla sobre el cuadro, deben de dar a los ángeles un cierto aspecto de malhechores chinos expiando sus fechorías en el virote. La visita finalizó en la habitación de nuestro guía. El anciano estuvo casado, pues nos mostró los retratos al óleo de su mujer y de su hija, que colgaban de la pared de la habitación. Ahora vive solo en esta saia monacal, grande y clara, aunque no completamente apartado del mundo, pues son muchos los extranjeros que van a visitar el monasterio. Sobre una mesita había un paquete recién abierto de libros científicos llega-

dos de Inglaterra. Aquí también firmé en el libro de visitantes. Esta costumbre parece haberse conservado en Rusia, incluso entre la burguesía, durante mucho más tiempo que aquí, al menos si se me permite extraer una conclusión del hecho de que también en casa de Schick me presentasen uno de estos álbumes para que estampase mi firma. Pero no menos magnífico que todo lo que había en su interior era también el emplazamiento del monasterio. Antes de entrar en el espacioso lugar amurallado, nos habíamos detenido en el pórtico. A derecha y a izquierda había dos planchas de bronce con los datos imprescindibles que se conocen sobre la historia del monasterio. Más bellas y sobrias que la iglesia, de tonalidad salmón y de estilo rococó, que se alza en mitad del patio, rodeada de pequeños edificios más antiguos —entre ellos, el mausoleo de Boris Godunoff<sup>258</sup>—, más sobrias son las largas edificaciones destinadas a actividades domésticas y a vivienda construidas rectangularmente en torno a la inmensa plaza abierta. La más bella es el gran refectorio policromo. La vista desde sus ventanas da, ya a esa plaza abierta, ya a fosos, a pasillos entre los muros, un laberinto de parapetos de piedra a modo de fortificación. También hubo aquí un pasillo subterráneo que dos monjes hicieron volar por los aires para salvar al monasterio cuando se encontraba sitiado, pagándolo con su vida. Comimos en una *stolovaya* que está casi enfrente de la entrada al patio del monasterio. *Sakuska*, vodka, sopa y carne. Había varias salas grandes llenas de gente. Se veían verdaderos prototipos de la aldea rusa o de la ciudad de provincias: Sergeyevo ha sido declarada ciudad recientemente. Mientras estábamos comiendo llegó un buhonero que vendía estructuras de alambre que, en un abrir y cerrar de ojos, se podían transformar en tulipa para una lámpara, en un plato o en un frutero. Basseches dijo que esta artesanía procedía de Croacia. Al ver aquel divertimento, más bien feo, surgió en mí un viejo recuerdo. Cuando yo era niño, mi padre debió de comprar, en una ocasión, algo parecido durante un veraneo (¿en Freudenstadt?). Mientras comíamos, Basseches le preguntó al camarero por direcciones de jugueterías, e inmediatamente nos pusimos en camino. Pero aún no había-

<sup>258</sup> Boris Godunoff (1552-1605), zar ruso; confidente del zar Iván IV (el Terrible); elegido regente oficial en medio de la confusión creada por la muerte de Iván, y zar en 1598. Su lucha por el poder se convirtió en el tema de un drama de Pushkin (1825) y de una ópera de Mussorgskij (1874) adaptada por Rimski-Korsakov (1896).

mos avanzado nada más que diez minutos, cuando una breve información recabada por Basseches hizo que nos diéramos la vuelta para subir a un trineo que pasaba vacío en ese mismo momento. El andar después de la comida me había fatigado, de modo que ni siquiera pude preguntarle qué era lo que le había motivado, en realidad, a dar la vuelta. Lo que al menos parecía seguro era que en los almacenes cercanos a la estación existían las mejores posibilidades de realizar mi deseo. Los dos se encontraban muy próximos. En el primero había artículos de madera. Al entrar nosotros, encendieron la luz; ya estaba oscureciendo. Tal como me había imaginado, un almacén de juguetes de madera no podía ofrecerme demasiadas cosas desconocidas. Compré algunas piezas, más a instancias de Basseches que por decisión propia, pero ahora me alegro de haberlo hecho. También perdimos tiempo aquí; tuve que esperar mucho para que cambiaran un chervonetz en las cercanías. Yo estaba muerto de impaciencia por ver el almacén de juguetes de cartón piedra; temía que ya hubieran cerrado. Pero no fue así. Ocurrió, sin embargo, que, cuando nos encontramos felizmente allí, el interior de la casa ya estaba completamente a oscuras, y en el almacén no había ninguna clase de iluminación. Tuvimos que rebuscar al albur por las estanterías. De vez en cuando encendía una cerilla. Así cayó en mis manos alguna que otra cosa de gran belleza que, de lo contrario, no hubiera conseguido, pues, lógicamente, al hombre no pudimos hacerle entender qué era lo que yo buscaba. Cuando nos encontramos por fin en el trineo, cada uno de nosotros iba cargado con dos grandes paquetes; Basseches llevaba además un montón de folletos que había comprado en el monasterio para reunir material para un artículo. La larga espera en el sombrío restaurante de la estación la volvimos a abreviar con té y *sakuska*. Yo me sentía fatigado y empezaba también a encontrarme un poco mal. Ello se debía<sup>259</sup>, no en último término, a la angustia que me producía el pensar en las muchas cosas que aún me quedaban por resolver en Moscú. El viaje de regreso fue muy pintoresco. En el vagón había un farol encendido cuya estearina fue robada durante el trayecto. No lejos de nuestros asientos había una estufa de hierro. Bajo los bancos había grandes leños, desparramados de cualquier manera. De vez en cuando, alguno

<sup>259</sup> Ello se debía... más combustible: aparece marcado en el manuscrito del diario, pero, al parecer, no se incluyó en ninguno de los artículos fruto de su estancia en Moscú.

de los integrantes del personal se dirigía a un asiento, los alzaba y, de aquella especie de arcón en el que éste se convertía al abrirlo, sacaba más combustible. Cuando llegamos a Moscú eran las ocho. Era mi última noche; Basseches tomó un taxi. Le hice parar frente a mi hotel para, antes que nada, dejar allí los juguetes que había comprado y coger rápidamente los manuscritos que debía entregarle a Reich una hora después. En casa de Basseches, larguísima instrucciones al sirviente, al que prometí ir a buscar hacia las once y media. A continuación cogí el tranvía; por suerte acerté con la parada donde tenía que apearme para ir a casa de Reich, llegando antes de lo que había supuesto. Indudablemente habría preferido coger un trineo, pero me fue imposible: ni sabía el nombre de la calle donde vivía Reich ni tampoco encontré en el plano el de la plaza que está cerca de allí. Asia ya estaba en la cama. Me dijo que me había estado esperando mucho tiempo, pero que ya no contaba con que fuese. [Le] hubiera gustado salir inmediatamente conmigo para enseñarme una taberna que había descubierto casualmente cerca. También había unos baños no lejos de allí. Había dado con todo aquello al desviarse del camino y haberse metido en patios y calles laterales, hasta llegar a casa. Reich también estaba en la habitación; se estaba dejando crecer la barba. Yo me encontraba muy fatigado, hasta tal punto que, a una de las habituales preguntas angustiadas de Asia (dónde estaba su esponjita, etc.), le respondí de un modo bastante brusco, destacando expresamente mi gran cansancio. Pero en seguida quedó todo arreglado. Le hablé de mi excursión, abreviando lo más posible. Luego me dieron los encargos para Berlín: llamadas telefónicas a los más diversos conocidos. Reich salió después dejándome un rato a solas con Asia y escuché la retransmisión por radio de la representación del *Revisor*, interpretado por Chejov<sup>260</sup> en el Gran Teatro. Asia iba a la mañana siguiente a ver a Daga, por lo que tenía que contar con la posibilidad de no verla ya antes de mi partida. La besé. Cuando volvió Reich, Asia se fue a la habitación contigua a escuchar la radio. Yo ya no me quedé mucho tiempo. Pero, antes de marcharme, le enseñé aún las tarjetas postales que me había traído del monasterio.

<sup>260</sup> Mijail Aleksandrovich Chejov (1891-1955), actor, director y pedagogo teatral (emigrado en 1928).

Por la mañana volví a ir al café de siempre; pedí café y me tomé una empanada. Luego, al Museo del Juguete. No habían hecho todas las fotos que yo había pedido. Pero no me importó demasiado, pues, de esa manera, me encontraba con 10 *chervonetz* en el momento en que más falta me hacía el dinero. (Las fotografías, las había pagado ya.) No me entretuve mucho en el Museo del Juguete, sino que, por el contrario, me fui lo más deprisa posible al Instituto de la Kameneva, donde me despedí del Dr. Niemen. De allí, en trineo, a casa de Basseches. Y de allí, con el sirviente, a una oficina de viajes y luego, en coche, a la aduana. No se puede describir todo lo que hube de pasar de nuevo allí. Me hicieron esperar veinte minutos en una ventanilla de caja en la que en ese momento estaban contando billetes de mil. En toda la casa no había nadie que pudiera cambiarme cinco rublos. Era absolutamente necesario que aquella maleta, en la que no sólo iban los hermosos juguetes, sino también todos mis manuscritos, alcanzase el mismo tren para el cual tenía yo el billete. Pues, dado que no se podía consignar nada más que hasta la frontera, era imprescindible que yo estuviese allí en el momento de su llegada. Por fin lo logré. Pero una vez más hube de comprobar hasta qué punto tiene aquí la gente todavía el servilismo metido hasta los tuétanos. Tal era la indefensión de aquel sirviente frente a todas las vejaciones e indolencia de los funcionarios de aduanas. Respiré cuando pude despedirle con un *chervonetz*. El nerviosismo me había vuelto a producir dolores de espalda. Me sentía contento de poder disponer aún de unas horas de tranquilidad. Me fui caminando muy despacio a lo largo de la hermosa hilera de tenderetes de la plaza; volví a comprar una bolsa roja con tabaco de Crimea y pedí luego el almuerzo en el restaurante de la estación de Yaroslavski. Aún me quedaba también dinero suficiente para telegrafiar a Dora y para comprarle a Asia un dominó. Hice este último recorrido por la ciudad concentrando toda mi atención en ello; me produjo un gran placer, pues pude dejarme llevar mucho más de lo que había sido el caso durante el tiempo de mi estancia allí. Volví al hotel poco antes de las tres. El «suizo» me dijo que había ido a verme una señora. Había dicho que volvería más tarde. Me dirigí a mi habitación y, acto seguido, subí a pagar a administración. Hasta que no volví a bajar, no me di cuenta de que en el escritorio había una nota de Asia. Me había estado esperando, aún no había comido nada y

estaba en la *stolovaya* de al lado. Me decía que fuese a buscarla. Me apresuré a bajar a la calle y entonces la vi venir hacia mí. No había comido nada más que un trozo de carne, aún estaba hambrienta, y, antes de conducirla a mi habitación, volví a bajar a la plaza a comprar mandarinas y golosinas. Con las prisas me llevé la llave de mi habitación; Asia estaba en el vestíbulo. Le dije: «¿Por qué no has entrado? ¡La llave está puesta en la cerradura!» Me llamó la atención la rara amabilidad con que me sonrió al decirme que no. En esa ocasión, Daga se encontraba bien de ánimos y Asia había tenido unas palabras bien dichas con la médica, con buenos resultados. Una vez en mi habitación, se echó en la cama; se sentía cansada, pero bien. Yo me senté, bien a su lado, bien en la mesa, donde estuve escribiendo sobres con mi dirección, o me acercaba a la maleta para guardar los juguetes, mi compra del día anterior, mostrándoselos antes de hacerlo. Le gustaron muchísimo. Mientras tanto —debido, entre otras cosas, a mi gran agotamiento—, las lágrimas pugnaban por saltarse. Aún hablamos de algunas cosas. De cómo podía escribirle y de cómo no. Le pedí que me hiciera una bolsa para el tabaco. Que me escribiera. Finalmente, cuando ya sólo nos quedaban unos minutos, mi voz empezó a sonar vacilante y Asia se dio cuenta de que estaba llorando. Al final dijo: «No llores, pues, si no, yo también acabaré llorando, y cuando yo empiezo a llorar no acabo tan pronto como tú.» Nos abrazamos muy fuerte. Luego subimos a recepción, donde ya no tuvimos que hacer nada (pero yo no quería esperar al *sovietdushi*); entonces apareció la camarera, pero yo me deslicé hacia la puerta del hotel con mi maleta sin darle propina, y Asia me siguió con el abrigo de Reich bajo el brazo. Acto seguido llamé a un trineo. Pero, cuando fui a subirme a él, después de haberme vuelto a despedir, le pedí que me acompañase hasta la esquina de la Tverskaya. Allí se bajó y, cuando el trineo ya volvía a ponerse en marcha, tiré de su mano, en plena calle, y me la llevé a los labios. Ella se quedó aún parada un largo rato, diciéndome adiós. Yo le hice adiós desde el trineo. Primero pareció como si anduviese de espaldas; luego dejé de verla. Con mi voluminosa maleta sobre las piernas, me dirigí llorando a la estación a través de las calles, en las que ya empezaba a anochecer.

## APÉNDICE

10 de diciembre de 1926

Moscú

Querido Gerhard:

Aprovecho media hora, inesperadamente libre, para darte, por fin, nuevamente noticias mías. Creo que en estos momentos, y debido, por otra parte, a una singular casualidad, estoy compartiendo mi estancia en Moscú con tu hermano, que, según me dijeron ayer, es uno de los representantes de la «oposición» alemana invitados al congreso de la Komintern que se celebra aquí y cuya duración se ha prolongado. Te tranquilizaré inmediatamente diciéndote que no me encuentro aquí en misión oficial. Pero, como es lógico, me estoy enterando de muchas cosas cuyo conocimiento me resulta muy útil e interesante. Las informaciones principales proceden de un amigo de aquí, el Dr. Reich, que trabaja en esta ciudad desde hace un año de periodista, sobre todo en periódicos rusos y, principalmente, sobre cuestiones de teatro. Llegué el día 6, tras un viaje de dos días, y son tantas las cosas que veo y oigo a diario que por la noche caigo medio muerto en la cama. Lógicamente, ello se debe, en igual medida, a la intensidad de las impresiones recibidas, a mi desconocimiento del ruso y al frío. Aún no sé con exactitud cuánto tiempo me quedará. Pero, dado que mis libros no tardarán en editarse, por fin, en Rowohlt, no puedo ausentarme de Berlín por tiempo indefinido. (Para Navidades, sólo saldrá un tomo de la traducción de Proust, que inmediatamente se te enviará.) Me alegré mucho de que me enviaseis los artículos de tu mujer. Me gustaron muchísimo: tanto la hermosa y acertada crítica a la novela

como la nota sobre Dorothea Schlegel. En Berlín, antes de mi partida, tuve una breve conversación con Mirjam Höflich. De mi estancia aquí no espero todavía ninguna tentativa de relato. Hace muy poco que he llegado y aún hay demasiadas cosas que me causan dificultades. Lo mejor sería que nos viésemos, realmente, el año próximo en París; para hablar de todo esto y de muchas cosas más. Hasta entonces, sigue dándome noticias tuyas y envíame lo que publiques. Yo me presentaré próximamente con una pequeña nota: «Gruss in Marseille». Las cosas que publico en el «Literarische Welt» supongo que te llegarán; esto es, pues, Rusia auténtica. En medio de las difíciles y duras condiciones de vida de este invierno, uno no pierde la conciencia de que ésta es la única y verdadera gran ciudad en muchos kilómetros a la redonda (habitantes: entre 2½ y 3). Y este número de habitantes se manifiesta, sin duda alguna, desde el punto de vista político, como un factor increíblemente importante y dinámico; aunque, desde el punto de vista de la civilización, también como una fuerza natural difícil de dominar. La carestía de la vida es inimaginable y, para mí, que no presto oídos, por principio, a los relatos de los señores «Viajeros» e «Informadores», ha constituido una sorpresa realmente desagradable. Sabiendo algo de ruso y dedicando todo el tiempo a trabajar, se pueden obtener unos ingresos relativamente buenos. Como creo que ya te escribí, estoy colaborando con la Enciclopedia Soviética oficial y pienso abordar aquí, entre otras muchas cosas, algunos artículos destinados a ella. De momento no mandaré ninguna información a los periódicos. Si bien, Buber (!) me ha pedido una extensa reseña sobre Moscú para *Die Kreatur*. Sucedió que, en su última estancia en Berlín, me animó a colaborar con él y, por diversas consideraciones, acepté. Esto fue, más o menos, por *chanukah*. Espero que lo pasaseis bien. Dora y Stefan se encontraban muy bien en el momento de mi partida. De ella me imagino que no tardarás en tener noticia directa acerca de su marcha de Ullstein. Y de que la han nombrado redactora jefa de la *Praktische Berlinerin*, que ha sido comprada por otro consorcio. Yo hablé antea-yer aquí con Alexander Granovski, director de nuestro teatro judío. ¿Le conoces? Mañana tengo una entrevista con la Kameleva (la hermana de Trotski), encargada de asuntos extranjeros. Me quieren organizar una conferencia. Creo, incluso, que tienen la intención de entrevistarme para conocer mis «impresiones sobre Moscú». Todo esto se lo he de agradecer al frío, que actualmente está congelando un tanto la afluencia de intelectuales.

(Sobre la estancia de Toller aquí, con tan brusco final, he conocido algunos detalles muy curiosos.) ¿Qué hay de nuevo con Buch? Contéstame, por favor, a mi dirección de Berlín. Escríbeme también algo acerca de las perspectivas de tu viaje a París. Yo creo que estaré allí por marzo.

Saludos muy afectuosos para ti y para Escha.

Walter

[POSTAL]

Querido Sr. Kracauer:

Podría darle más de una razón para explicar mi largo silencio. Y ninguna mejor que la conclusión de su última carta: «Pero ¿para quién se escribe? ¿Conoce Vd. la respuesta?» Sobre una respuesta así, uno puede reflexionar, efectivamente, dos meses cumplidos sin dar con ella. Más cercano a la verdad es, sin embargo, el hecho de haber tenido que arreglármelas aquí, durante semanas, con el hielo exterior y el fuego interior; espero que no en vano. Pero apenas me quedaban fuerzas para el trabajo diario que he de realizar. Mi regreso es inminente. Escríbame, por favor, a Grunewald. En cualquier caso, de aquí no habría podido ofrecerle ninguna noticia sustancial, pues, hasta el último momento, he de observar y meditar para presentar al final un resumen de mi estancia medianamente transmitible; que, sin embargo, nunca podrá ser mucho más que un simple retratito de Moscú. Indudablemente, uno no se cansa tan pronto de ver la ciudad. ¿Ha hablado Vd. con Roth? Le habrá dado artículos para mí; le estaría muy agradecido si pudiera enviármelos a Grunewald. Esperando, entre otras cosas, encontrar allí también sus últimos trabajos (*Ornament der Masse*), reciba mis saludos más cordiales.

Walter Benjamin

Rte.: Dr. W. Benjamin  
Moscú  
Gost. «Tyrol»  
Sadovaya Triumfalnaya  
[Enero de 1927]

Su recensión sobre Kafka la conservo para leerla después de conocer la novela *El castillo*.

Querido Sr. Kracauer:

J'ai été un peu long à vous écrire. Pero también encontré mucho que resolver en mi pequeña redacción particular de juguete; entre otras cosas, una gripe. Desde hace varios días estoy trabajando en la clasificación de mi dossier «Moscú». Quizá se encuentre con algunas reseñas menores en el *Literarische Welt*. Ahora ya le habrá llegado a casa, a Francfort, una bonita colección de fotos (juguetes de procedencia rusa). Se las he ofrecido a la *Illustriertes Blatt*; yo le habría encargado esta gestión a Vd. (que, virtualmente, ya estará viendo ante sus ojos el texto escrito por mí para estas fotos) mejor que a nadie, de no ser porque, à l'improviste, un amigo me llevó a casa de Otten, que se ha ocupado de enviar las cosas a Francfort. Por último tengo también la intención de escribir una «síntesis» de Moscú. Pero, como suele suceder tratándose de mí, ésta quedará fraccionada en notas especialmente pequeñas y dispares, y dependerá del propio lector el poderle sacar el mayor partido. Con independencia de lo que resulte y de lo mucho o poco que me sea posible transmitir a los amigos, en lo que a mí se refiere, estos dos meses han sido una experiencia absolutamente incomparable. El volver enriquecido, no teóricamente, sino sólo como observador fue la meta propuesta y, por lo mismo, lo considero muy provechoso. Compruebo cuán involuntariamente me aproximo así a una de las características de sus notas sobre París, que, de hecho, me parecieron magníficas. Puedo decir que mis «observaciones» parisinas se corresponden en esencia con las suyas. «La gloria por encima de los enredos» es una definición excelente de aquello que hace que las cosas y la vida en esa ciudad parezcan hermosas, incluso después del análisis más despiadado. No sé si Vd. habrá seguido en el NRF el diario de Gide de su viaje por África. Pero ¡no es de extrañar que el embajador francés tuviese que dimitir por causa de lo que en él se contaba (y además ¡de qué manera más auténtica y ponderada!) sobre los horrores de las colonias francesas! Trate Vd. de construir el caso paralelo alemán. O mejor dicho: fijese en los hechos empíricos y muéstreme, desde la elección de Hindenburg, un proceso por malos tratos a niños, en Alemania, en el que la condena no haya consistido en una multa o en

catorce días de arresto. Espero que muy pronto podamos hablar de algunas cosas a este respecto. Pues a mediados de marzo quiero ir unos días a Francfort. Me gustaría mucho encontrarle allí. Precisamente por eso no le escribo hoy de forma más detallada. Acabará con la relación de escritos de entre los «libros recibidos» cuya recensión me interesaría. Se trata de: Hamann, *Die Überseele - Grundzüge einer Morphologie der deutschen Literaturgeschichte*; Larissa Reissner: *Oktober* (ambos en el n.º 6), y la biología del romanticismo berlinés editada por Helmut Rogge (en el n.º 7); también debería llegar en los próximos días el libro de Paul Hankamer: *Die Sprache, ihr Begriff und ihre Deutung im XVI. und XVII. Jahrhundert*, anunciado en el n.º 8. Por encontrarse muy próximos a mi campo de trabajo, sería muy importante para mí y daría un valor especial a poderlos anunciar. Por favor, dígame algo al respecto. Si viese a Ernst Bloch, le rogaría le dijera que me han sido devueltas dos cartas que le envié desde Moscú y que me envíe, a la mayor brevedad, sus noticias y dirección.

Con afectuosos saludos,

Walter Benjamin

23 de febrero de 1927  
Berlín-Grunewald  
Delbrückstr. 23

[Los originales de las cartas de Benjamin a Kracauer se encuentran en el Deutsches Literaturarchiv/Marbach.]

A. Lunačarskij  
Carta a la redacción de la *Gran Enciclopedia Soviética*

29 de marzo de 1929

Estimados camaradas:

Les ruego disculpen el que no haya respondido, en tanto tiempo, ni a su carta ni al material que me enviaron sobre Goethe. Hasta ahora no me ha sido posible darles una cierta valoración al respecto.

Estoy totalmente conforme con la caracterización del artículo

de Benjamin contenida en la carta al redactor jefe. No se trata de que el artículo sea inadecuado por su carácter no enciclopédico (*po svoej «neënciklopedičnosti»*). Denota mucho talento y contiene a veces observaciones asombrosamente acertadas, pero no extrae ningún tipo de conclusión. Por otro lado, ni explica el lugar que Goethe ocupa dentro de la historia de la cultura europea, ni su lugar entre nosotros, en —por decirlo así— nuestro panteón cultural. A ello se añade el hecho de que el trabajo contenga algunas tesis sumamente dudosas.

No sé si Vds. desean hacer uso de este artículo, pero, sea como fuere, quisiera hacer algunas observaciones personales. Lo que aparece en las páginas tercera y cuarta, entre paréntesis, debe omitirse. No se deben admitir las frases que aparecen en la página cinco: «Los revolucionarios alemanes no eran ilustradores; los ilustradores alemanes no eran revolucionarios.» Esta afirmación, completamente equivocada, es rebatida, más adelante, por el propio autor al hablar de la firme conciencia de clase de Lessing, que, naturalmente, fue un ilustrador. La manifestación contra toda clase de revolución y contra el Estado, en la misma página, es muy difusa, y tampoco se menciona, en ningún momento, la motivación más profunda de la antipatía de Goethe por la visión materialista del mundo de Holbach. En la página sexta se cuestiona el que la protesta de Goethe surgiera, en gran medida, de la clara concepción de la vida dentro de la naturaleza que le era propia, concepción que guarda un extraordinario parentesco con la interpretación dialéctica. El contenido de los paréntesis de las páginas 8 y 19 debería omitirse; de paso he ido corrigiendo diversas faltas ortográficas y de otra índole. La idea expresada en el interior del paréntesis de la p. 59 es muy poco clara. En la p. 2 del segundo apartado es difícil poder coincidir con la opinión del autor en el sentido de que las conversaciones de Goethe con Eckermann constituyen una de las mejores obras de la literatura del siglo XIX. En la página sexta, el traductor ha olvidado, evidentemente, poner algo; este pasaje debe ser completado.

Por lo demás, vuelvo a aconsejar que no se imprima el artículo de Benjamin.

Menos adecuado es todavía el artículo de Oskar Walzel. Resulta sumamente difícil comprender una vida tan problemática y polifacética como la de Goethe de modo que, por un lado, se haga justicia a toda esa variedad de facetas y, por otro, se ponga de manifiesto la profunda unidad que subyace en Goethe, su vida y sus obras poéticas y científicas. Con independencia de que

Walzel opine que su artículo es, por decirlo así, una prolongación de la obra de Gundolf, con algunas correcciones, su trabajo no sólo es inaceptable para una enciclopedia marxista, sino, además, completamente incoherente.

Desagradable.

No puedo hacer nada al respecto. La *Enciclopedia Literaria* quería confiarme el artículo de Goethe y yo fui lo bastante débil como para aceptar. Pero he llegado a la conclusión de que sería sencillamente irresponsable por mi parte, dado mi excesivo trabajo, abordar una tarea que conlleva tanta responsabilidad<sup>1</sup>.

Ahora bien, la bibliografía adjunta al artículo de Walzel es, ciertamente, muy valiosa y puede utilizarse, sin duda, con éxito.

Comisariado del Pueblo de Instrucción.

[A. Lunačarski]

---

<sup>1</sup> El artículo sobre Goethe del tomo 16 de la *Gran Enciclopedia Soviética* (1929) se compone de varias partes. Los autores: W. Benjamin, V. K. Ikov, B. I. Purísev, V. P. Zubov, S. L. Sobol', A. A. Tumerman. El artículo sobre Goethe para la *Enciclopedia Literaria* (Vol. 2, M., 1930), lo escribió B. I. Purísev. [Nota del editor.]

[La carta de Lunačarski ha sido traducida de la primera publicación en ruso en *Literaturnoe nasledstvo*, t. 82, Moscú, 1970, pp. 534-535.

Traducida al alemán por Paul G. Rühl].

## NOTA EDITORIAL

El presente texto es la transcripción de las anotaciones del diario de Moscú de Walter Benjamin que se encuentran en el Benjamin-Archiv, Francfort del Main. Lo constituyen 56 páginas (formato: 21,0 cm 13,4 cm), entre las cuales hay casi dos vacías (pp. 39-40); ver nota 206: «[continuación]». El papel es de escasa calidad; la tinta que Benjamin utilizó en Moscú es de color violeta; la empleada en Berlín es, sin embargo, negra (se trata de las anotaciones que comienzan con el 29 de enero de 1927). El amplio margen y el espacio, relativamente amplio, en la parte superior e inferior del texto que se encuentra en las primeras páginas desaparece muy pronto en las páginas siguientes, donde la escritura de Benjamin empieza a hacerse cada vez más pequeña. A partir de la página 11 faltan por completo los espacios libres. Con ello, la cantidad de palabras por hoja aumenta, de unas 518 en las primeras tres páginas, a 1.151 en las tres últimas. Los pliegos utilizados por Benjamin se encuentran repartidos en cuatro páginas y numerados sucesivamente. 41 pasajes aparecen marcados con lápiz; evidentemente, con el fin de destacarlos para su posterior tratamiento. (Ver nota 18.) A la hora de editarlo, se ha atendido, sobre todo, a respetar la forma originaria del diario, dado que no existía la intención de publicarlo. Por lo mismo, no se ha variado la puntuación elegida por Benjamin, ni siquiera cuando es inusual o no responde a las reglas actualmente vigentes. Las faltas ortográficas menores se han corregido sin mencionarlo expresamente. Entre ellas se encuentran, por ejemplo, la escritura incorrecta de nombres no rusos, tales como *Wörrishöfer*, en lugar de la forma correcta: *Wörishöffer*. Asimismo se han unificado los nombres de acuerdo

con su escritura más frecuente. En caso de anacoluto o de cambios en la construcción de la frase mediante tachaduras en los que Benjamin no modificó el inicio, se ha omitido, sin destacarlo, alguna palabra superflua. Por el contrario, las palabras o sílabas omitidas en tales casos han sido suplidas y marcadas con el símbolo [ ]. En el caso de adiciones más amplias, éstas se han comentado expresamente. Se ha conservado la transcripción de nombres rusos realizada por Benjamin, a pesar de que, en ocasiones, sólo responde a una reproducción fonética aproximada. En las notas se ha utilizado la transcripción científica.

En las notas y en el apéndice se ha intentado contrastar todos los escritos disponibles relacionados con el viaje a Moscú, poniendo así de manifiesto las diferencias lingüísticas, estilísticas y de contenido; las cartas ya publicadas no se han contrastado. Además del diario, este volumen contiene una serie de escritos de Benjamin hasta ahora desconocidos: el primer esbozo de su réplica a Oscar A. H. Schmitz; cartas enviadas desde Moscú y Berlín a Rudolf Grossman, Siegfried Kracauer y Gershom Scholem. En el apéndice se encuentra también una carta de Anatolij Lunacarskij a la redacción de la *Gran Enciclopedia Soviética*.

El editor debe un especial agradecimiento a Karla Hielscher, Winfried Menninghaus, Gershom Scholem y Rolf Tiedemann por la ayuda y el apoyo prestados a la edición del texto. La responsabilidad de los posibles errores es, sin embargo, del editor.

GARY SMITH



## ÍNDICE ONOMÁSTICO

Astajoff, 128, 136  
Astrajoff, véase *Ostraúchov*

Bartram, N., 53, 134, 135, 138  
Basseches, Nikolaus, 51, 54, 88, 89, 91, 92, 95, 97, 113-117, 122, 123, 128, 130, 134, 139, 140, 146-152  
Benjamin, Dora Sophie, 42, 89, 119  
Benjamin, Stefan, 24, 27, 68  
Bezjmenski, Aleksandr, 20  
Birse, 53  
Biely, Andrei, 82  
Blei, Franz, 125, 128  
Bloch, Ernst, 35, 98  
Bloch von Stritzki, Else, 98  
Brecht, Bertolt, 14  
Bronnen, Arnolt, 70  
Bujarin, Nikolai, 50  
Bulgakoff, Mijail, 32

Casella, Alfredo, 22  
Cézanne, Paul, 53, 54  
Chaplin, Charlie, 71  
Chejov, Mijail A., 151

Degas, Edgar, 54  
Dostoyevski, Fedor, 100

Ermolaeva, Nina, 41  
Esquilo, 57

Fauconnier, Henri, Le 109  
Fröhlich, Paul, 18  
Frunze, Mijail, 16

Gauguin, Paul, 109  
Gelzer, Ekaterina, 145  
Gerstäcker, Friedrich, 125  
Giotto, 120  
Gnedin, Evgeni, 81, 106, 107, 111, 113, 121, 128, 139  
Godunoff, Boris, 149  
Goethe, Johann Wolfgang, 19, 49, 102, 103, 122  
Gogol, Nikolai, 14, 43, 100  
Goncharova, Natalia, 96  
Gorodecki, Serget, 78, 85  
Granovski, Aleksandr, 19, 25, 34, 85  
Grommer, Jakob, 20  
Grosz, George, 57

Heinle, Else, 119  
Hessel, Franz, 74, 107  
Hoffmann, Franz, 125

Ilinski, Igor, 68, 71  
Illésh, Béla, 28, 34, 63, 77, 86, 131, 144

Jacobsen, Jens Peter, 18

Kalinin, Mijail, 65  
Kameneff, L., 32  
Kameneva, Olga, 14, 18, 19, 22, 24, 30, 38, 50, 91, 152  
Keller, Philipp, 60, 61  
Kindermann, Karl, 34, 35  
Kisch, Egon Erwin, 31  
Knorin, Vilis, 30, 135, 146  
Kogán, Petr S., 15, 22, 40, 53, 70, 82, 91  
Koonen, Alicia, 72  
Korsh, Fedor, 48  
Kraft, N., 30  
Kraus, Karl, 61  
Krilenko, Nikolai, 34  
Krilenko, Sophia, 34, 35  
Kulishoff, L., 36

Lacis, Daga, 24, 36, 39, 52, 58, 73, 74, 103, 104, 106, 127, 138, 144, 146, 151  
Larionoff, Mijail, 96  
Laurencin, Marie, 109, 110  
Lecocq, Alexandre Charles, 100  
Legrand, Louis, 54  
Lélevich, Grigori, 16, 20, 21  
Lenin, Vladimir I., 15, 41, 49, 62, 64-66, 79, 83, 84, 88, 107, 123  
Levidoff, Mijail, 82  
Libedinski, Juri, 70  
London, Jack, 36  
Ludwig, Emil, 40  
Luis Felipe, 137  
Lukács, Georg, 103  
Lunacharski, Anatoli, 81

Matisse, Henri, 109  
May, Karl, 125  
Mayakovski, Vladimir, 82  
Memling, Hans, 109  
Meyerhold, Vsevolod E., 14, 16, 26, 40-42, 51, 66, 70, 74, 75, 78, 81, 82, 92, 95, 101  
Monet, Claude, 54  
Müller-Lehning, Arthur, 119  
Münchhausen, Thankmar von, 110  
Muskin, 124, 126, 127

Nicolás I, 145

O'Neill, Eugene, 72  
Ostraúchov, Ilya, 182  
Ostrovski, Aleksandr, 100

Panski, 34, 36, 41, 72, 122, 131  
Parvus (Alesandr Gelfand), 81  
Pedro el Grande, 85  
Pelshe, Robert, 81  
Picasso, Pablo, 109  
Pissarro, Camille, 54  
Pleyanoff, Georgi, 28, 48  
Poelzig, Hans, 117  
Proust, Marcel, 22, 49, 55, 70, 99, 118, 120, 124

Rachlin, 127-131, 138-142  
Radek, Karl, 102  
Raich, Zinaida, 16  
Rasumofski, Andrei K., 85  
Redon, Odilon, 54  
Renoir, Auguste, 54  
Rilke, Rainer Maria, 125, 127  
Rimski-Korsakoff, Nikolai, 23, 145  
Roth, Joseph, 37, 38, 40  
Rousseau, Henri, 109  
Rubloff, Andrei, 148  
Rykov, Aleksei, 65, 116

Schedrin, Silvestr, 100  
Scheerbart, Paul, 40, 104, 110, 115  
Schick, Maximilian, 114, 122, 123, 126  
Schmitz, Oskar A. H., 122, 133  
Schukin, Sergei I., 108, 109  
Shakespeare, William, 70, 121  
Shestakoff, Viktor, 16  
Sinovieff, Grigori, 21  
Stalin, Josif, 15, 16  
Staniskavski, Konstantin, 15, 23, 31  
Staruchin, V. S., 28  
Stone, Sasha, 17, 59  
Stravinski, Igor, 145

Tairoff, Alexandr, 51, 72, 89, 100  
 Tissot, Victor, 138  
 Toller, Ernst, 18, 23  
 Tolstoi, Aleksei, 100  
 Trotski, Leon, 16, 21, 28

Vajtangoff, Evgeni, 121, 128  
 Van Dongen, Kees, 109  
 Vereschaguin, Vasili, 100

Wagner, Richard, 58  
 Walzel, Oskar, 70, 122  
 Werner, Paul, véase *Paul Fröhlich*  
 Wiegand, Willy, 119  
 Wörishöffer, Sophie, 125  
 Wrangel, Piotr, 28

Yelovia, Fanny, véase *Ermolaeva*

## ÍNDICE

PRÓLOGO ..... 7

### EL DIARIO DE MOSCÚ

(9 de diciembre de 1926 - 1 de febrero de 1927) ..... 13

### APÉNDICE

Walter Benjamin a Gershom Scholem, 10 de diciembre de 1926 ..... 157

Walter Benjamin a Siegfried Kracauer, enero de 1927 ... 159

Walter Benjamin a Siegfried Kracauer, 23 de febrero de 1927 ..... 160

Anatotij Lunacharskij a la redacción de la Gran Enciclopedia Soviética, 29 de marzo de 1929 ..... 161

NOTA EDITORIAL ..... 165

ÍNDICE ONOMÁSTICO ..... 167



Esta obra, fruto de la estancia de su autor en Moscú desde el 6 de diciembre de 1926 hasta finales de enero de 1927, constituye un documento personal revelador de los debates interiores de Walter Benjamin entre sus proyectos creativos y su adecuación al entorno ideológico. Es también un testimonio de las tensiones en la política cultural soviética, nueve años después de la Revolución de Octubre, plasmado en las observaciones sobre la vida moscovita vertidas por un espectador de excepción. Y al mismo tiempo *Diario de Moscú* arroja nueva luz sobre el influjo que su vinculación amorosa a la actriz y directora teatral Asia Lacis pudo haber ejercido en ciertas orientaciones de su pensamiento.

**Filosofía**

